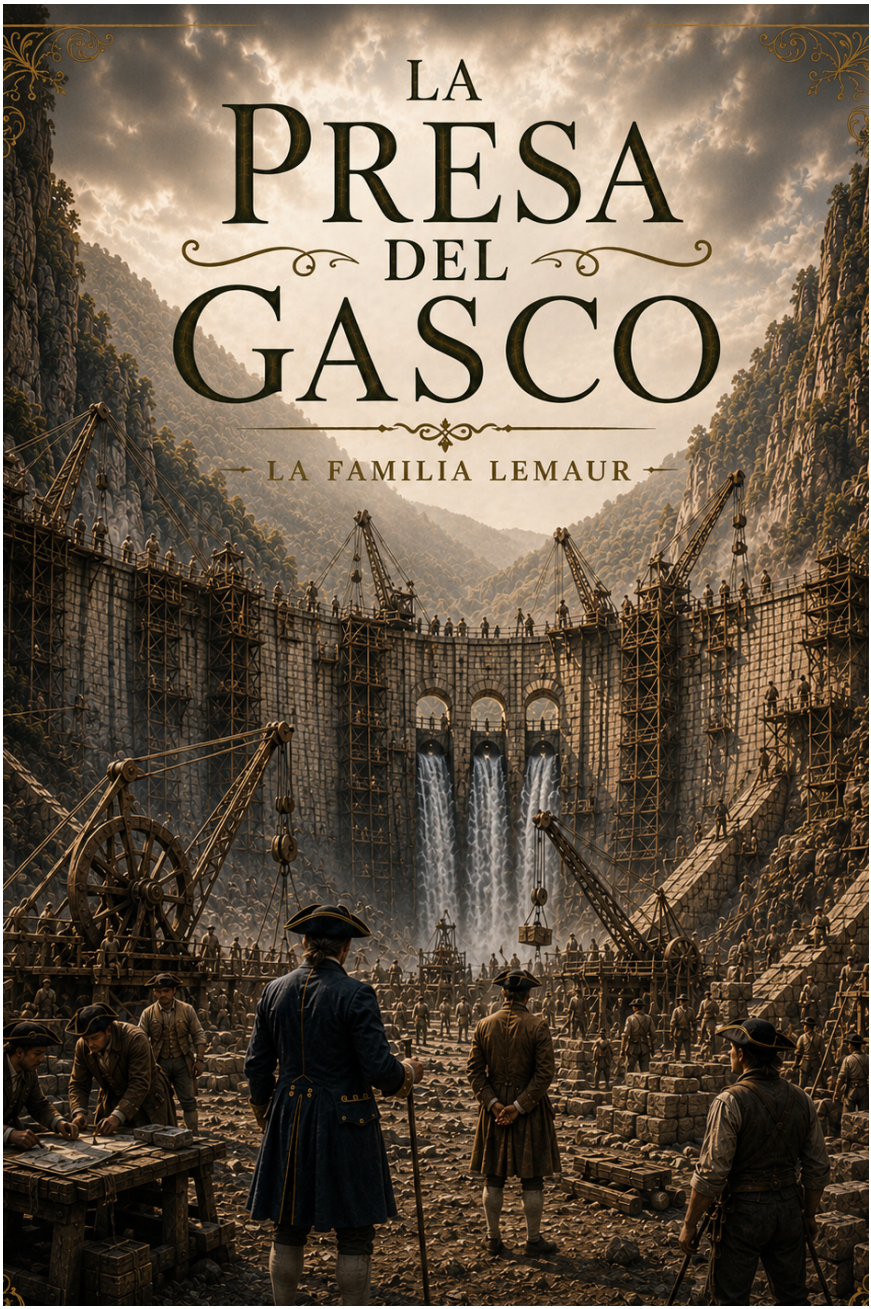
LA
PRESA
DEL
GASCO
LA FAMILIA LEMAUR

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de los hechos. Conviene decir cuáles son esos hechos y dónde termina su alcance.

Lo que es histórico

Carlos Lemaur, Manuel Lemaur y su padre, Carlos Lemaur padre, existieron. Fueron ingenieros militares del Real Cuerpo de Ingenieros, de origen francés, al servicio de la Corona española durante el siglo XVIII. El padre proyectó el Canal de Guadarrama y la presa del Estrecho de Peña, y murió en 1785 en circunstancias que los documentos de la época no aclaran del todo. Sus hijos continuaron la obra. La presa alcanzó los cincuenta y tres metros de altura, convirtiéndose en la estructura hidráulica más alta levantada hasta ese momento. El 14 de mayo de 1799, durante una tormenta, el paramento sur cedió. La presa se derrumbó.

Fernando de Gaver existió. Fue arquitecto de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y autor de informes técnicos sobre la obra que contribuyeron a la paralización de los fondos. Juan de Villanueva, director de la Academia, estuvo igualmente implicado en ese proceso. El Banco de San Carlos financió el proyecto y experimentó las dificultades financieras descritas en la novela, agravadas por la depreciación de los Vales Reales durante la guerra con Inglaterra. Los presidiarios trabajaron en la obra. La Inquisición vigiló los libros de los ingenieros.

Las ruinas de la presa siguen en pie en el Estrecho de Peña del río Guadarrama, a cuarenta kilómetros de Madrid.

Lo que es ficción

Catalina no existió. Es un personaje inventado, construido sobre las mujeres que vivieron en el poblado del Gasco durante los años de la obra y de quienes no ha quedado rastro nominal en ningún archivo. Sus cartas son ficción. Su manera de ver los hechos es ficción. Su diagnóstico, sin embargo, está construido sobre lo que los documentos sí dicen.

Tomás Nates no existió con ese nombre. Los canteros maestros que trabajaron en la obra están documentados colectivamente pero no individualmente en los archivos accesibles. Nates es la síntesis de lo que esos hombres sabían y de lo que los documentos técnicos sugieren que fue ignorado.

Leandro Oquendo y Rodrigo de Montoya son personajes ficticios construidos sobre los cargos reales del Banco de San Carlos y sobre la lógica que los documentos de la época permiten reconstruir. Sus nombres son inventados; sus razonamientos, no.

La nota anónima que Carlos recibe sobre la muerte de su padre es ficción. Las circunstancias reales de la muerte de Carlos Lemaur padre no han sido aclaradas por la historiografía. La novela no propone una explicación, sino una pregunta.

Una última precisión

El informe de Gaver sobre el uso de arcilla expansiva en los rellenos interiores es el elemento más delicado de esta novela. Los documentos de la época registran el fallo del relleno como causa del colapso. Lo que la ficción añade es la cadena de decisiones que llevó a ese relleno a estar donde estaba: quién lo propuso, con qué lenguaje, con qué consecuencias. Esa

cadena está reconstruida con base documental pero es, en último término, una interpretación. El lector que quiera profundizar en el estado actual de la historiografía sobre la Presa del Gasco encontrará en los trabajos de los investigadores del patrimonio hidráulico español un punto de partida más riguroso que estas páginas.

Federico Muñoz

I. La Geometría del Sueño .

Octubre de 1798

Los planos no mentían. Eso era lo primero que Carlos Lemaur se decía cada mañana cuando los extendía sobre la mesa de trabajo, y lo último que pensaba cada noche antes de doblarlos con el cuidado con que otros hombres guardaban las cartas de sus amantes. Los planos no mentían porque los números no mentían, y los números eran lo único que había heredado de su padre sin que nadie pudiera arrebatárselo.

Aquella mañana de octubre, los números traían malas noticias.

Carlos leyó la carta del Banco de San Carlos por tercera vez, sosteniéndola cerca de la lámpara aunque la luz del amanecer ya entraba oblicua por la ventana. La letra del escribiente era clara, casi despiadada en su claridad: los fondos correspondientes al tercer trimestre quedarían retenidos hasta

nueva inspección técnica. Firmaba don Rodrigo de Montoya en nombre de la Junta de Dirección. No había explicación adicional. La ausencia de explicación era, en sí misma, toda la explicación.

Carlos dobló la carta. La colocó encima del taco de facturas pendientes, en la esquina derecha de la mesa, donde los problemas que no podía resolver esperaban su turno. Luego se quedó de pie frente a los planos durante un rato largo, mirando la sección transversal de la presa.

Noventa y tres metros proyectados. Cincuenta y tres construidos, después de once años y de lo que él calculaba en más de ochenta millones de reales. Cuarenta metros más por delante. Con los fondos fluyendo, podría completarlos en dos años. Quizá tres si el invierno era duro. Quizá nunca, si el Banco seguía encontrando razones para retener los pagos.

Tomó el compás y trazó una línea en el plano, a la altura de los cincuenta y tres metros actuales. La línea dividía la sección en dos: lo construido, abajo; lo proyectado, arriba, que existía únicamente en el papel y en su cabeza.

Salió cuando el sol acababa de despegar de la cresta de la sierra.

El poblado del Gasco a esa hora tenía un ruido particular, un ruido que Carlos había aprendido a leer como otros hombres leen el cielo antes de una tormenta. El traqueteo metálico de las cadenas, el golpe seco de los mazos en el granito, el silbido agudo de los capataces organizando las brigadas del día. Lo que Carlos escuchaba también, y que tardó años en aprender a separar del ruido general, era el tono: si los hombres hablaban

o callaban, si los soldados caminaban despacio o con prisa, si los capataces gritaban las órdenes o las mascullaban entre dientes.

Aquella mañana el tono era de lunes pesado. Cansancio de hombres que llevan meses trabajando en una sierra que en octubre ya empieza a recordarles que el invierno está cerca.

Carlos bordeó el tajo por el camino alto, el que los canteros habían tallado en zigzag en la roca viva para el transporte de los sillares. Cada tramo lo conocía de memoria: dónde la piedra era resbaladiza cuando llovía, dónde había que pegarse a la pared para dejar pasar las poleas cargadas, dónde el viento venía de costado con fuerza suficiente para desequilibrar a un hombre. Once años dejaban esa clase de memoria en el cuerpo.

A mitad del camino se detuvo. Desde allí podía ver la cara sur del muro en su totalidad. Cincuenta y tres metros de granito gris oscuro, coronados por la línea irregular de la última hilada puesta en septiembre. El mortero de esa hilada todavía no había fraguado del todo: las juntas nuevas eran más claras, casi blancas. Las de los primeros años habían oscurecido hasta volverse casi del mismo color que el granito. El muro tenía su propia estratigrafía, visible solo si se sabía mirarla: once años de inviernos y primaveras escritos en el color de las juntas, desde el gris casi negro del fondo hasta el blanco reciente de la cima.

Subió hasta la coronación.

Desde arriba, el Guadarrama discurría por el fondo con el color verde oscuro de octubre, más lento que en primavera

pero con una densidad que hablaba del caudal subterráneo que traía de la sierra. A la derecha, aguas arriba, el futuro embalse. A la izquierda, aguas abajo, la garganta hacia Las Rozas y de allí hacia Madrid, invisible al fondo del valle, a cuarenta kilómetros en línea recta.

Carlos miró hacia Madrid.

Escuchó pasos en el camino y se giró. Era Manuel, su hermano, que subía con la chaqueta desabrochada a pesar del frío, sosteniendo dos tazas de café con la concentración de quien cruza un río en equilibrio sobre una piedra.

—He leído la carta —dijo Manuel sin preámbulos, entregando una taza.

—Ya me lo imaginaba.

—¿Qué piensas hacer?

Carlos tomó el café. Estaba demasiado cargado, como siempre que lo preparaba Jacinto, que tenía la teoría de que el café débil era una señal de carácter débil.

—Lo que siempre. Seguir.

Manuel miró el muro antes de responder. Era dos años más joven que Carlos y tenía la cara más abierta, más dispuesta al mundo, aunque la sierra también le había tallado sus propias líneas. Llevaban once años compartiendo esto, desde la muerte del padre: informes, presupuestos, visitas al Banco, tormentas de verano y heladas de enero.

—En algún momento tendremos que hablar de lo que pasará si el Banco decide no liberar los fondos antes de noviembre. Con el invierno encima, si paramos ahora…

—No pararemos.

—Carlos.

—He dicho que no pararemos.

Manuel bebió su café sin insistir. Sabía cuándo insistir con su hermano y cuándo no.

Durante un rato los dos miraron el valle en silencio. Abajo, en el tajo, el ruido de los mazos había aumentado de cadencia.

—¿Has visto a Nates esta mañana? —preguntó Carlos.

—Estaba en la hilada nueva cuando bajé. Dice que quiere hablar contigo.

—¿Dijo sobre qué?

—No. Solo que quería hablar contigo, no conmigo.

Carlos asintió. Tomás Nates era el mejor cantero maestro que había tenido en once años de obra: manos precisas y ojos capaces de leer la piedra antes de tocarla. No era hombre de pedir reuniones sin razón.

—Lo buscaré esta tarde.

Bajaron juntos por el cami, sorteando una partida de penados que subía con un sillar grande suspendido de poleas de madera. El sillar oscilaba levemente. Carlos calculó su peso casi sin pensar: cuatro toneladas, quizás cuatro y media. Buena piedra.

El resto de la mañana Carlos la pasó en la casa del ingeniero, revisando las facturas de los últimos tres meses y preparando la respuesta al Banco. Escribió dos versiones. La primera era la que quería enviar: directa, técnica, con los números del avance como argumentos en un proceso, demostrando que la

retención de fondos era injustificada. La segunda era la que enviaría: más cautelosa, más deferente, pidiendo con la moderación que exigía el trato con una institución de la que dependía la supervivencia del proyecto.

Odió la segunda versión. La copió en limpio y la selló.

Carlos firmó la orden de materiales el doce de noviembre, un martes por la tarde, con el viento golpeando las contraventanas y el río sonando alto en el cauce.

La orden decía: *para el relleno de las celdas de los tramos quince a diecinueve, se autoriza el uso de tierra extraída de los cortes norte y oeste del Estrecho, en sustitución de la partida de cascote de La Cabrera, cuya entrega queda pendiente de nueva autorización de fondos.*

Lo había calculado. El peso de la tierra local, su compacidad en seco, el coeficiente de gravedad que aportaba al conjunto de la celda. Los números salían. La tierra local pesaba ligeramente menos que el cascote de granito, pero el margen de seguridad del diseño absorbía esa diferencia.

Firmó. Dobló la orden. La entregó a Varela.

Varela la copió en el registro de materiales con su letra de sobreestante, grande y sin adornos, y el registro quedó en el archivador junto a todos los demás, con la fecha del doce de noviembre y la firma de Carlos y ninguna indicación de que aquella decisión fuera diferente de cualquier otra de los once años anteriores.

A media tarde Carlos encontró a Nates en la base del muro, limpiando sus herramientas con un trapo que había sido blanco en algún momento remoto de su historia.

—Nates.

El cantero levantó la vista. Era un hombre de hombros anchos y pocas palabras, con las manos permanentemente manchadas de cal.

—Ingeniero. —Señaló el paramento sur con el mentón.— Las juntas de la zona cuatro. ¿Las ha mirado esta semana?

—Las miré el martes.

—¿Y?

Carlos vaciló un segundo. Solo un segundo, pero Nates lo notó.

—El fraguado va con retraso. Es normal con las temperaturas de octubre. Para la primavera...

—No es solo el fraguado, ingeniero. —Nates se puso de pie y se acercó al paramento. Puso la palma de la mano sobre la piedra, plana, como si escuchara. Era un gesto que Carlos le había visto hacer cientos de veces: esa manera de conocer el muro completamente ajena a los planos y los cálculos, completamente física.— Hay movimiento en las juntas de los muros transversales. Zona central. No es mucho, pero está ahí.

Carlos miró el punto que señalaba Nates. Desde afuera, el paramento era impenetrable a la vista. Lo que Nates describía estaba dentro, en el corazón de celdas rellenas el mes anterior con tierra del Estrecho.

—¿Grietas?

—Capilares. Todavía. Pero con el primer deshielo de primavera, con el agua que entrará por las juntas superiores si no...

—Están en mi lista —dijo Carlos.

Lo estaban. En su cuaderno de campo, con fecha de agosto, había una anotación sobre las juntas de los muros transversales en la zona central. *Prioridad media.* Las prioridades altas eran la terminación de las hiladas superiores antes del invierno y la respuesta al Banco.

Nates lo miraba. No decía nada más. Esa era su manera: decía lo que tenía que decir, una vez, con la precisión de quien no tiene costumbre de desperdiciar las palabras, y luego esperaba.

Carlos no dijo nada más. Nates tampoco. El silencio duró lo suficiente para que los dos supieran que ninguno de los dos había dicho lo que tenía que decir.

El cantero recogió sus herramientas y se alejó sin responder. Carlos se quedó solo frente al muro hasta que la luz empezó a fallar.

Era noche cerrada cuando volvió a la casa del ingeniero. En la mesa, junto a los planos y la carta del Banco, había un sobre sin sello que no había estado allí por la mañana. Lo abrió con la distracción mecánica de quien espera encontrar otra factura.

Dentro había un papel doblado en cuatro. Una sola frase, escrita con una letra que no reconoció:

Su padre no murió de sus males. Pregunte quién firmó el certificado de defunción.

Carlos leyó la frase dos veces. Luego una tercera. El papel no tenía firma ni fecha. La letra era educada, de alguien que

había recibido instrucción, pero sin los rasgos particulares que habrían permitido identificar una mano concreta.

Se quedó de pie en medio de la habitación. Luego dobló el papel, lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta, apagó la lámpara y salió.

Caminó hasta el pie del muro y apoyó la mano en el paramento sur, en el mismo punto donde Nates la había apoyado por la tarde. La piedra estaba fría. Solo fría.

Volvió a la casa. Puso el papel en el cajón de los planos del padre, donde guardaba las pocas cosas que quedaban de él: el compás de punta seca con el mango de madera gastada, un cuaderno de cálculos con la letra tan apretada que parecía temor al espacio en blanco, y la carta que le había enviado desde Madrid la semana antes de morir, que hablaba de la obra con la misma claridad de siempre y no decía nada de estar enfermo.

Metió el papel nuevo hasta el fondo, debajo de todo.

Esa noche no subió al muro. Era su costumbre de los martes: una inspección rápida del paramento sur al caer la noche, la palma sobre la piedra para sentir si había humedad nueva, los nudillos en las juntas recientes para oír si el fraguado progresaba. Pero esa noche se quedó sentado ante la mesa con el cajón cerrado. Dibujó tres círculos concéntricos en el margen de un plano sin darse cuenta de que lo hacía.

El martes siguiente tampoco subió.

II. Los Números No Mienten

Madrid, septiembre de 1785

———————————————————

La antecámara del rey olía a cera de velas y a algo más difícil de nombrar: la tensión particular de los hombres que llevan horas esperando que les digan que pueden pasar. Carlos Lemaur llevaba, en su percepción, tres días de pie junto a su padre en aquella sala de techos altos, aunque en realidad solo habían llegado esa mañana. Era la forma en que el tiempo funcionaba en Palacio: se dilataba hasta llenarlo todo, y uno aprendía a esperar como si hubiera nacido esperando.

Su padre, en cambio, no esperaba. Estaba de pie junto a la ventana con los planos enrollados bajo el brazo y la mirada puesta en el jardín, y Carlos sabía —lo sabía desde niño, desde antes de saber leer planos— que esa postura no era impaciencia sino concentración. El padre estaba calculando. Siempre estaba calculando. En el fondo de sus ojos había siempre una columna de números que el mundo exterior interrumpía a veces pero nunca detenía del todo.

Habían salido de la posada de la calle del Arenal antes del amanecer. El padre había insistido en eso: llegar antes que nadie, esperar el tiempo que hiciera falta, no ceder nunca la ventaja de la primera impresión. *El trabajo empieza antes de que el trabajo empiece* , decía. *Cuando el otro llega, tú ya llevas una hora dentro.*

—¿Estás nervioso? —preguntó el padre sin volverse.

—No —dijo Carlos.

El padre lo miró entonces, brevemente, con esa media sonrisa que tenía cuando sabía que su hijo mentía pero consideraba que la mentira era razonable.

—Bien. Entonces finge que lo estás un poco. A los reyes les gusta que los hombres que les piden dinero parezcan conscientes de lo que piden.

Carlos no respondió. Estaba mirando los planos: los tubos de madera que los contenían enrollados, el cuero gastado de los estuches. Dentro de esos tubos estaba la cosa más ambiciosa que había visto en sus años de formación en París y en sus dos años trabajando junto a su padre en España. Noventa y tres metros. Un embalse de veintidós millones de metros cúbicos. Un canal que uniría la sierra con Madrid, Madrid con el Tajo, el Tajo con el Atlántico. Cuando su padre se lo había explicado por primera vez, desplegando los planos sobre la mesa de la posada en Galapagar, Carlos había sentido algo que tardó días en identificar: no admiración, sino vértigo. La clase de vértigo que produce la escala cuando la escala es mayor que el ojo puede abarcar de una sola vez. No el vértigo de quien teme caer, sino el de quien mira un abismo y comprende, por primera vez, que alguien podría cruzarlo.

Los llamaron al mediodía.

Carlos recordaría después muy pocas cosas de la sala en sí. Lo que recordaría con precisión era la manera en que su padre entró: sin apresurarse, sin encogerse, como si la sala fuera un lugar al que había ido muchas veces aunque fuera la primera, y cómo colocó los planos sobre la mesa que le habían

dispuesto con los movimientos exactos de alguien que ha hecho eso mismo cien veces en habitaciones menores. Había en esos movimientos algo que Carlos intentó aprender durante años y que nunca terminaría de aprender: la capacidad de hacer que un espacio ajeno pareciera propio sin reclamar nada, solo por la certeza con que uno se movía dentro de él.

El Rey escuchó. Cuando el padre habló de la altura del muro, el Rey frunció el ceño levemente. Cuando habló del volumen del embalse, asintió. Cuando describió el canal con esa voz que tenía para las cosas que le parecían inevitables —no entusiasmada, simplemente certera, como quien describe algo que ya existe y solo falta construir—, el Rey miró los planos durante un momento largo antes de hablar.

—¿Y si el agua no es suficiente? —preguntó—. ¿Si la sierra no da lo que promete?

El padre no dudó.

—La sierra da, Majestad. El caudal del Guadarrama en el estrecho de Peña es suficiente incluso en los años secos. Tenemos las mediciones.

—¿Y si el dinero no es suficiente?

—El dinero —dijo el padre con una calma que Carlos siempre envidiaría— es siempre suficiente cuando el proyecto lo merece.

Hubo un silencio. El Rey miró a su padre durante ese silencio con una expresión que Carlos no supo leer entonces y que pensaría durante años sin llegar a descifrarla del todo: no era exactamente aprobación, pero tampoco era duda. Era la mirada del hombre que calibra, no los números, sino al

hombre que los sostiene.

Luego el Rey asintió y llamó a su secretario.

En el camino de vuelta, ya fuera de Palacio, el padre se detuvo en medio de la plaza y miró el cielo de Madrid. Ese octubre tenía ese azul seco y limpio que solo se ve en la meseta cuando el verano se ha ido del todo y el frío todavía no ha llegado.

—¿Qué piensas? —le preguntó a Carlos.

—Que sí —dijo Carlos—. Que lo aprobará.

—Ya lo ha aprobado. Lo aprobó antes de que entráramos. —El padre empezó a caminar de nuevo, con el mismo paso tranquilo con que lo hacía todo—. Lo que le llevábamos hoy no era el proyecto. Era la confirmación de que había tomado la decisión correcta.

Carlos anduvo a su lado durante un rato sin decir nada. Pensó en la garganta del Guadarrama, en el estrecho de Peña, en los sillares que todavía no existían pero que su padre ya había contado y pesado y colocado en sus planos con una precisión que no era arrogancia sino la consecuencia natural de entender algo mejor que nadie en el mundo. Cada vez que lo pensaba hacía lo mismo: apretaba un poco más el paso.

—¿Y si algún día los números no son suficientes para convencerlos? —preguntó.

El padre se detuvo. Lo miró de la misma manera en que miraba un sillar complicado: con atención, sin prisa, buscando la línea exacta por donde había que trabajarlo.

—Los números siempre son suficientes —dijo—, si los

números son los tuyos y tú los entiendes mejor que nadie. Si alguna vez dudas, vuelve a los números. Los números no mienten.

Carlos guardó esa frase. La guardó en el mismo lugar donde guardaba los principios de cálculo que su padre le había enseñado antes que a hablar bien el español, en ese fondo quieto de la memoria donde las cosas no se recuerdan sino que simplemente están, disponibles como el filo de una herramienta que uno no usa siempre pero sabe que está ahí cuando la necesita.

No preguntó más. Siguieron caminando.

Madrid, octubre de 1785

La sala del Consejo de Castilla era más pequeña de lo que Carlos había imaginado. Una habitación rectangular con mesa larga, seis sillas ocupadas por consejeros de expresión cautelosa, y una ventana alta que daba a un patio donde no pasaba nada. La noche antes, en la posada de la calle Atocha, el padre había repasado los cálculos. No había hablado de cálculos.

—Hay un hombre en la Academia de San Fernando que lleva meses haciendo preguntas sobre el proyecto —había dicho, sin levantar la vista de los planos—. Preguntas técnicas, correctas, sin nada que objetar. El tipo de preguntas que hace alguien que está construyendo un argumento, no alguien que quiere entender. Mañana estará en el Consejo. Quiero que lo observes.

—¿Para qué?

—Para que sepas cómo es. Los enemigos de un proyecto no se

anuncian como tales. Los que se anuncian son los menos peligrosos.

Hubo una pausa. La vela chisporroteó una vez.

—Si algo me pasa —dijo el padre entonces, sin levantar la vista—, termina el canal. No por mí. Por la idea.

Carlos lo miró fijamente. El padre levantó los ojos. Tenía la mirada tranquila, la misma de siempre.

—Los proyectos grandes tienen enemigos. No siempre son los que parecen. Y yo he aprendido que la segunda generación termina lo que la primera empieza. —Recogió los papeles.— Duerme, Carlos. Mañana hay que estar despejado y hay que mirar al hombre del fondo de la sala.

Al día siguiente, Carlos lo buscó desde el momento en que entró en la sala. Había seis consejeros. Cinco escuchaban con la atención protocolaria de quien sabe que su opinión importa menos de lo que su posición sugiere. El sexto, en el extremo derecho, escuchaba de manera diferente.

Era un hombre de unos cuarenta años, bien vestido con esa sobriedad calculada que distingue al que puede permitirse la ostentación y ha decidido no usarla. Tomaba notas en un cuaderno pequeño con una caligrafía perfecta, apretada, sin márgenes. No levantaba los ojos del cuaderno excepto en momentos específicos: cuando el padre describía el sistema de celdas internas, cuando mencionaba la altura proyectada, cuando señalaba en el plano el punto exacto donde el muro cerraría la garganta. En esos momentos miraba los planos con una expresión que Carlos intentó clasificar y no pudo del todo. No era admiración. No era escepticismo. Era la mirada del

hombre que busca el punto débil de una construcción, no para reforzarla sino para saber exactamente dónde apretará cuando sea el momento.

El padre lo notó también. Carlos lo supo porque en un momento de la presentación el padre hizo una pausa muy breve y su mirada cruzó la sala hacia el hombre del cuaderno antes de volver a los planos.

Al terminar, cuatro consejeros hicieron preguntas de gestión, plazos, costes. El padre las respondió con precisión. El hombre del cuaderno no hizo ninguna pregunta. Cuando los consejeros se levantaban, se acercó al padre con la naturalidad de quien sabe exactamente el espacio que ocupa en cualquier habitación.

—Don Fernando de Gaver —dijo—. Academia de Bellas Artes de San Fernando. —Miró el plano de la sección transversal, todavía desplegado sobre la mesa.— Audaz, don Carlos. Muy audaz.

El padre sonrió con la sonrisa que usaba cuando alguien decía algo que podía interpretarse de dos maneras y él elegía la más generosa.

—La audacia, don Fernando, es solo otro nombre para los cálculos que funcionan.

Gaver asintió. Era un asentimiento pequeño, casi imperceptible, el tipo de gesto que no confirma ni niega sino que registra. Sus ojos fueron hacia Carlos un momento, brevemente, sin interés aparente. Luego dejaron de estar en él.

—Si alguna vez desean una segunda opinión técnica —dijo—, la Academia está a su disposición.

Se retiró antes de que el padre pudiera responder. No miró hacia atrás.

Carlos lo siguió con la vista hasta que desapareció por la puerta. Luego miró a su padre. El padre estaba recogiendo los planos con los mismos movimientos exactos de siempre, pero había algo distinto en la manera en que doblaba el primero: una fracción de tensión en la muñeca, apenas perceptible, del tipo que Carlos había aprendido a leer antes de aprender a leer planos.

No dijo nada. Ayudó a recoger.

Madrid, febrero de 1799

El coche de postas hizo la subida desde el Gasco en algo menos de seis horas. Carlos había repasado los números durante el camino: doce hiladas en el paramento norte desde octubre, cincuenta y tres metros construidos, en primavera posibilidad de ganar otros ocho. El mortero de las hiladas superiores iba con retraso de fraguado, pero eso era el invierno. La humedad en tres puntos del paramento sur era la naturaleza del granito en febrero. Todo verificable. Todo documentado.

Llegó a la posada de la calle del Arenal antes de las tres. Se lavó, se mudó de ropa. Puso los planos sobre la mesa y los revisó una vez más, no porque hubieran cambiado sino porque revisarlos era prepararse: era llegar antes de que llegara el otro, como el padre le había enseñado. *El trabajo empieza antes de que el trabajo empiece.*

Los números eran correctos. Eso debería ser suficiente.

La reunión con Montoya duró menos de veinte minutos. Los fondos del tercer trimestre quedaban retenidos hasta nueva inspección técnica. La Academia de San Fernando había solicitado formalmente la revisión. Los nombres de los firmantes eran materia de procedimiento interno.

Carlos recogió los planos. Los enrolló. Los ató con la cinta de cuero.

En el pasillo del Banco encontró a Gaver.

Caminó durante una hora por Madrid sin rumbo fijo. No era su costumbre, pero tampoco era su costumbre que le retuvieran los fondos y encontrarse a continuación con el hombre que había solicitado la inspección en el pasillo del Banco, con aquella sonrisa que no era una sonrisa sino una declaración de guerra en el único idioma que los dos entendían con precisión.

Madrid en febrero de 1799 era una ciudad que había aprendido a moverse despacio. El año anterior habían subido el precio del pan por tercera vez desde el verano. Hacía once meses que Godoy había caído y nadie sabía muy bien lo que eso significaba para el reino.

La segunda vez que le habían preguntado si tenía parientes entre el enemigo fue en 1793, en el Gasco, y fue Manuel quien respondió por él con las manos todavía blancas de cal: que el ingeniero don Carlos Lemaur había nacido en España, servido al Rey durante veinte años, y dedicado los últimos seis a construir la obra hidráulica más ambiciosa del reino. Que sus parientes eran los que Su Majestad tuviera a bien reconocerle. El oficial anotó algo, dobló el papel y se fue. Carlos no miró a

Manuel. Manuel no miró a Carlos. Los obreros continuaron cargando piedra.

Carlos se detuvo frente a la puerta de una iglesia. Entró. Permaneció de pie junto a la entrada unos minutos. Pensó en Gaver. Pensó en el inspector que vendría al Gasco, en el informe que produciría. Pensó en el paramento sur y en los puntos donde rezumaba humedad en enero. No eran nada. Era la naturaleza del granito en febrero. Pero un inspector que llega buscando defectos encuentra defectos en cualquier muro del mundo.

Salió a los veinte minutos.

El camino de vuelta lo hizo por la calle Mayor. Pasó por delante de una tienda de estampas cuyo interior mostraba una imagen de Bonaparte a caballo, grabada en París y vendida aquí sin rótulo. Cinco años atrás ese grabado habría sido motivo de denuncia. Lo que sí sabía, porque lo había escuchado en el viaje, era que en Francia el nuevo hombre fuerte había reorganizado el cuerpo de ingenieros bajo la escuela politécnica fundada en 1794: técnicos que servían al Estado, con sueldo fijo y carrera garantizada. A Carlos esa noticia le produjo algo que no supo si era envidia o tristeza o simplemente el reconocimiento de lo que había sospechado durante doce años: que en España el ingeniero no era nunca el dueño de su obra. Era el custodio de la obra de otro.

En la posada, pidió papel y tinta. Escribió lo esencial: los fondos retenidos, la nueva inspección, lo que había que preparar antes de que llegara el inspector. Los registros de las últimas tres campañas, los libros de mezcla, los partes de

temperatura al momento del fraguado. Todo en orden, todo verificable.

No escribió nada sobre Gaver. No escribió nada sobre el pasillo del Banco ni sobre la frase que había dicho. Algunas cosas no se escriben en cartas porque las cartas las leen manos que no deberían leerlas.

Selló la carta. Apagó la vela.

La obra seguía en pie. Eso era lo que importaba. El muro tenía cincuenta y tres metros de altura y en primavera podían ganar otros ocho, y ningún inspector del mundo podía cambiar eso con un informe. Un informe no derriba un muro de granito.

Carlos lo sabía. Y sabía también que un informe sí podía cortar los fondos que necesitaban para seguir levantándolo.

No era lo mismo. Esa noche, en la posada de la calle del Arenal, con el frío de febrero filtrándose por las juntas de la ventana, Carlos lo calculó de todas las maneras posibles. El resultado era siempre el mismo. No era lo mismo. Y sin embargo el peso era el mismo.

III. Cinco Mil Almas

Octubre de 1798

———————————————

El primer sonido del día no era el río. Era el hierro.

El clanc-clanc de las cadenas en la revista de grilletes empezaba antes del amanecer, cuando el cielo sobre el

estrecho de Peña todavía era negro sin matices, y el frío de la sierra se metía por las rendijas de los barracones con la misma indiferencia con que se mete en los huesos de los muertos. Tomás llevaba siete años despertándose con ese sonido y todavía no se había acostumbrado. No era que le molestara, exactamente. Era que cada vez que lo escuchaba pensaba, sin querer, en lo que significaba: que había hombres a los que otros hombres revisaban las cadenas cada mañana para asegurarse de que seguían siendo suyos.

Se incorporó en el catre, se puso las botas y salió al patio antes de que la brigada de los penados empezara a moverse hacia el tajo. El aire olía a humo de encina y a orín y a la cal que impregna todo en el Gasco, la ropa, el pelo, la piel bajo las uñas, y que Tomás ya no distinguía como olor separado sino como parte de lo que era el aire en ese lugar, distinto del aire de Trasmiera, donde había nacido, donde el aire olía a mar y a hierba mojada y a la piedra gris de los muros que sus abuelos habían levantado con las mismas manos que él usaba ahora para levantar este muro que no era de ninguna villa sino del Rey.

Se acercó al paramento sur en la oscuridad. Lo hacía cada mañana, antes de que hubiera suficiente luz para ver. Era un ritual que se había inventado solo: poner la palma de la mano en la piedra a la altura del pecho y quedarse quieto. La piedra hablaba, pero no con palabras. Hablaba con temperatura, con humedad, con la vibración casi imperceptible que recorría el muro cuando el río crecía. Un sillar bien trabado era como una mano firme que te devuelve el apretón. Un sillar con la junta floja cedía un milímetro antes de lo que debía, y ese

milímetro lo notaba Tomás en la palma como otros hombres notan la lluvia en el dolor de la rodilla.

Aquella mañana de octubre el muro estaba frío y quieto. Bien.

Quedó un momento con la mano apoyada de todas formas. Ese segundo extra era suyo, lo único que nadie podía reclamarle antes de que empezara la jornada. El muro olía a humedad y a la cal vieja de las hiladas bajas. Aquellas juntas habían salido bien al final. Las de este año, más arriba, todavía estaban fraguando. Todavía eran vulnerables.

Retiró la mano. Se limpió los dedos en el delantal de cuero y subió al tajo.

La brigada primera ya estaba en posición cuando llegó. Cien hombres distribuidos en cuatro escuadras, cada una con su cabo al frente: tres cabos libres y El Gato, que era penado pero hacía tiempo que el sargento Cienfuegos lo había puesto al mando de los veinticinco más difíciles, los que llegaban nuevos y no sabían cómo funcionaban las cosas en el Gasco. El Gato era delgado y tenía unos ojos muy quietos que lo veían todo, y Tomás no sabía si confiar en él pero tampoco lo necesitaba para eso, solo para que sus veinticinco hombres pusieran las piedras donde había que ponerlas sin que nadie saliera herido.

Esa mañana tenían que terminar el aparejo de la hilada nueva en la zona central. Era trabajo de precisión: los sillares de esa hilada iban a recibir el peso de las siguientes, y si el ajuste no era perfecto, si quedaba un milímetro de holgura en alguna junta, eso era un punto débil que el tiempo amplificaría con paciencia de agua.

—Nates.

Era el sobreestante Varela, que bajaba por el camino con su cuadernillo bajo el brazo. Hombre meticuloso y honesto que anotaba todo con una fidelidad que Tomás respetaba. El problema no era su honestidad. Era que sus anotaciones subían hasta el ingeniero Manuel Lemaur, que las leía, asentía, y muchas veces no hacía nada con ellas.

—Don Miguel —dijo Tomás.

—¿Cómo va la zona central?

—Si nos dejan trabajar, bien. —Señaló el cielo.— Con esta luz y sin viento el aparejo está para el mediodía.

Varela anotó algo en el cuadernillo y siguió hacia la oficina del sobreestante.

—Vamos —dijo Tomás.

El trabajo de aparejo era silencioso comparado con el resto del tajo. La piedra que picaban los barrenistas en la cantera alta tronaba de vez en cuando con un sonido sordo que rebotaba en las paredes del estrecho. Después venía el silencio del polvo, la nube grisácea que tardaba varios minutos en asentarse, y luego otra vez los mazos, el clanc rítmico del metal contra el granito, el sonido del trabajo sin adornos.

Los hornos de cal, al sur de la presa, echaban humo desde el amanecer. El olor llegaba hasta el tajo en rachas, acre, y los hombres habían aprendido a girarse y respirar de lado con la boca cerrada hasta que cambiaba el viento. Todos llevaban las manos agrietadas por la cal. Tomás tenía las suyas tan curtidas que ya no las sentía cuando las sumergía en agua fría.

El horno norte llevaba seis días apagado.

No había leña, que los arrieros habían traído verde de algún corte reciente y ardía con más humo que calor, y eso que salía de los hornos no era cal de junta sino cal de obra ordinaria, que para las hiladas bajas sirve pero para lo que venía arriba no servía, y Tomás lo sabía porque su padre le había partido una piedra por la mitad cuando tenía once años en la cantera de Liérganes, el interior blanco y el exterior grisáceo, y le había dicho: la piedra que engaña no es la que miente de cara sino la que miente por dentro.

Esa mañana, preparando la mezcla para las juntas de la hilada nueva, Tomás apretó entre los dedos una porción de cal recién apagada. Se soltaba. Más ligera, más arenosa de lo que debía.

Puso la mezcla en la junta. La extendió con la paleta.

Era lo que había.

A media mañana, cuando el sol había subido lo suficiente para calentar la piedra y los hombres habían encontrado el ritmo, Tomás escuchó un sonido que no encajaba. No era el traqueteo de los mazos ni el chirrido de las poleas. Era otro sonido, más sutil, que venía del interior del muro.

Se quedó quieto. Los dos canteros que trabajaban a su lado también se pararon, porque sabían que cuando Tomás se quedaba quieto era porque escuchaba algo.

El sonido duró menos de un segundo. Un crujido muy leve, como cuando una viga de madera se asienta al cambiar el peso sobre ella. Pero no había vigas en ese muro.

Tomás fue hasta el paramento y le puso las dos manos, una a

cada lado de la junta que le preocupaba desde hacía semanas. Cerró los ojos. Sintió el frío de la piedra, la rugosidad leve del mortero, y debajo de todo eso, muy profundo, un algo que no sabría llamar de otra manera que tensión. Como cuando una cuerda está demasiado tirante y todavía no ha cedido pero ya se sabe que cedará.

Abrió los ojos.

—Moradillo. El puntero fino y el mazo chico.

Moradillo fue a buscar las herramientas sin preguntar. Tomás aprovechó para mirar la junta de más cerca. A simple vista no se veía nada. Lo que buscaba no se veía, se sentía.

Cuando Moradillo volvió, Tomás aplicó el puntero a la junta sin golpear todavía, solo apoyando la punta donde el mortero se unía con el granito. Dio tres golpecitos suaves.

Un sillar bien trabado devuelve un golpe seco, limpio, que resuena en la piedra como la nota de un instrumento afinado. Un sillar con la junta comprometida devuelve algo más apagado, más blando, un sonido que tiene algo de sordo porque el mortero ha perdido adherencia.

El segundo sonido. No el primero.

Tomás se incorporó.

—Anota esto. Junta transversal, zona central, tramo cuatro, a tres metros de altura. Mortero con adherencia reducida. Posible movimiento diferencial entre el muro transversal y el paramento exterior.

Moradillo anotó con la concentración de quien sabe que está copiando algo importante aunque no entienda del todo lo que

significa. Tomás lo dejó escribir. Lo que Moradillo no necesitaba entender era lo que Tomás ya entendía: que un muro transversal que se mueve respecto al paramento es un muro que ha empezado a dejar de ser parte de la estructura para convertirse en algo que la estructura ya no puede sujetar.

—¿Se lo digo al sobreestante? —preguntó.

—Ya se lo diré yo —dijo Tomás.

Se lo diría a Varela esa tarde. Varela lo anotaría. La anotación subiría a Manuel Lemaur. Manuel quizá se lo diría al ingeniero Carlos. Esa era la cadena. La conocía bien: cuántos eslabones tenía y lo que podía perderse entre el primero y el último. No la primera vez. No las urgencias que gritan. Las otras, las que uno dice y el siguiente lo apunta y el de después lo pasa arriba y arriba lo reciben cuando ya tienen otro papel encima.

Volvió al trabajo.

Al mediodía sonó el cuerno del rancho y los hombres bajaron de los andamios con ese silencio colectivo del hambre, que no tiene nada de angustia, solo el pragmatismo de un cuerpo que ha gastado sus reservas y exige reponerlas. El rancho era olla de garbanzos con tocino y el pan de munición de siempre, denso y oscuro.

Tomás se sentó aparte, como solía. No por soberbia sino porque entre los libres y los penados había una separación que no era de regla escrita sino de costumbre, y entre los canteros maestros y los jornaleros había otra más sutil. Tomás no había creado esas separaciones. Simplemente existían, como las grietas en el muro, y lo que uno podía hacer era reconocerlas

y no tropezar.

Comió deprisa.

Sacó del bolsón de cuero el trapo de limpiar las herramientas, buscando el puntero fino para revisarlo antes de la tarde. La mano encontró debajo del trapo algo de tela. No lo sacó. Lo dejó estar y cerró el bolsón.

Fue a ver a Varela.

El sobreestante estaba en su choza, comiendo de un plato con más carne que el de los canteros. Era un hombre de cuarenta y tantos años, calvo por las sienes, que tenía la virtud de escuchar sin interrumpir y el defecto de no actuar hasta que la cosa se volvía urgente de una manera que no dejara dudas.

—Hay algo que ha de ver, don Miguel.

Varela dejó el tenedor. Señaló el taburete frente a la mesa.

Tomás le explicó lo que había encontrado. La junta de la zona central. El sonido apagado del puntero. La sensación de tensión en las palmas. Varela escuchaba y anotaba.

—¿Cuántas juntas? —preguntó al terminar.

—Esa la he visto yo. Si hay una habrá más. Déjeme revisar el tramo entero.

—Mañana a primera hora. Dos horas.

—Tres.

—Dos y media.

Tomás aceptó. Varela anotó la autorización en el cuadernillo y Tomás salió al sol frío de octubre.

Esa tarde el ingeniero Carlos Lemaur bajó al tajo. Tomás lo

vio pasar junto al paramento sur con esa atención concentrada suya que no era como la de ningún otro hombre que hubiera visto inspeccionar una obra: no miraba el muro como se mira algo construido sino como se mira algo que todavía se está pensando. Como si el muro, para él, siguiera siendo más plano que piedra.

Tomás fue a hablar con él. Le dijo lo que le había dicho a Varela, con menos palabras y más directamente.

Carlos lo escuchó. Un segundo de vacilación. Solo uno, pero Tomás lo notó.

—Están en mi lista —dijo el ingeniero.

Y se fue hacia la casa.

Tomás se quedó mirando su espalda hasta que desapareció por el recodo del camino. Era un buen ingeniero. Tomás lo había pensado muchas veces y lo seguía pensando. Sabía cosas que nadie en el Gasco sabía, cosas de números y de ángulos y de lo que soporta el granito según cómo se carga. Lo que no sabía hacer era escuchar la piedra con las manos, y ese no saber no era culpa de nadie, era la diferencia entre un hombre que ha aprendido en los libros y un hombre que ha aprendido en la cantera, y las dos clases de aprender sirven, solo que para cosas distintas, y el problema era que en esta obra las decisiones las tomaba uno solo.

Recogió sus herramientas, las limpió una a una con el trapo y las guardó en el bolsón de cuero. Las herramientas de un cantero eran tan suyas como sus manos. Más, en cierto sentido, porque las manos cambian con los años y las buenas herramientas, si uno las cuidaba, duraban lo que la vida.

Antes de marcharse pasó otra vez por el paramento sur. Puso la palma, como por la mañana. La piedra seguía fría y quieta.

El sonido apagado del puntero en la junta lo llevó consigo hasta el catre, y lo tuvo en la cabeza después de que la oscuridad se cerrara sobre el Gasco y el río volviera a ser lo único que sonaba con claridad.

Afuera, el río sonaba igual que siempre.

IV. La Primera Carta El Gasco.

Noviembre de 1798

———————————————————

Querida Inés:

Te escribo con los dedos entumecidos porque la lumbre de esta habitación no da para más que para que el café no se enfríe del todo, lo cual ya es un logro considerable dado que estamos en noviembre y la sierra de Guadarrama tiene sus propias opiniones sobre el frío que no coinciden con las de ningún almanaque que yo haya consultado. Miguel dice que en diciembre será peor. Le creo sin dificultad.

Han pasado ya tres años desde que llegué aquí siguiendo a tu cuñado, y debo decirte que el Gasco sigue siendo exactamente lo que era cuando te escribí la primera vez: una grieta en la montaña con pretensiones de capital de provincia. Han construido más barracones, han ensanchado el camino que baja al río, y el año pasado llegó un médico que viene dos veces a la semana desde Galapagar, lo cual representa un

avance notable respecto a la situación anterior, en que el recurso disponible era un sargento retirado que había estudiado un año de medicina en Salamanca y lo recordaba con una imprecisión que yo calificaría de creativa. El médico nuevo se llama Herrera, tiene buenas manos y la costumbre admirable de lavárselas antes de tocar a los enfermos, que parece una obviedad pero aquí es casi una excentricidad.

Te cuento cómo es esto por si algún día se te ocurre visitarme, que sería un milagro que agradecería con toda el alma pero que no espero.

Hay una cosa del Gasco que no te he contado todavía y es el olor. Esta sierra huele a cal. No de manera esporádica ni solo cuando se trabaja cerca de los hornos, sino permanentemente, en todo: en la ropa, en el pelo, en las sábanas después de lavarlas, en el pan si lo dejas cerca de la ventana. Es un olor seco y mineral que al principio resulta agresivo y que con el tiempo deja de percibirse porque se ha convertido en el fondo sobre el que perciben todos los demás. El café de la mañana huele a café-con-cal. Los libros que traje de Madrid huelen ahora igual que los libros de aquí. Cuando vuelva a Madrid, si vuelvo, probablemente me pase semanas oliendo cal donde no hay ninguna.

Miguel dice que en Despeñaperros, cuando trabajó en el camino, le pasó lo mismo con el polvo de la roca. Que tardó un año en dejar de notarlo. Miguel tiene la virtud de adaptarse a las cosas sin dramatizarlas, que es una cualidad que admiro en él cuando me resulta útil y que encuentro levemente exasperante cuando lo que yo necesito es que alguien admita que algo no va bien.

El poblado se divide en cuatro mundos que coexisten sin mezclarse demasiado. En el primero viven los ingenieros y sus familias: la casa del ingeniero Lemaur es la única de piedra con dos pisos, tiene cortinas en las ventanas y una mesa de trabajo que ocupa la mitad de la planta baja, cubierta de planos enrollados y libros abiertos por la mitad. En el segundo mundo viven los canteros y operarios libres, en barracones de madera con ventana y tarima. En el tercero, los presidiarios, que duermen en tablados corridos sin ventana y con grilletes que no se quitan ni de noche. A los presidiarios los veo cada mañana cuando pasan en fila camino del tajo. Algunos son muy jóvenes. Eso me cuesta más que las cadenas. El cuarto mundo son los soldados de escolta, que tienen sus propias tiendas y se relacionan con el resto principalmente a través de órdenes y silbatos.

Yo vivo entre el primer mundo y el segundo, que es el sitio más incómodo para instalarse pero el más útil para observar (suficientemente cerca de los ingenieros para saber qué les preocupa, suficientemente lejos para que a veces lo olviden y hablen delante de mí con la franqueza con que los hombres hablan cuando creen que no hay nadie importante escuchando, lo cual dice algo sobre cómo me clasifican, pero a mí me resulta útil así que no lo corrijo).

Te cuento algo sobre lo que esta obra le ha hecho a Torrelodones. Cuando llegué, hace tres años, era una villa del Camino Real con catorce mesones y cincuenta y pocos vecinos. La obra trajo cinco mil hombres a cinco kilómetros de distancia y lo que esos cinco mil hombres hacen con una villa de Camino Real es lo mismo que hace una riada con un vado:

lo atraviesan y lo dejan distinto. El pan, que antes estaba a diez cuartos la hogaza, anda ahora por trece. Los alcaldes pedáneos intentan poner orden con la autoridad que les da el cargo, que no es mucha cuando enfrente tienes al director de la obra y detrás al Duque del Infantado y por encima de todos la Corona.

Lo que me llega del primer mundo estos días no es tranquilizador. El Banco de San Carlos ha retenido los pagos del trimestre. Miguel no me lo ha dicho directamente —nunca me dice las cosas directamente, que es una de sus virtudes como marido y uno de sus defectos como interlocutor—, pero lo he deducido de que lleva dos semanas con esa expresión suya de hombre que tiene que firmar papeles que no le gustan. Cuando hay dinero, Miguel tiene cara de hombre que firma papeles que no entiende. Cuando no hay dinero, tiene cara de hombre que firma papeles que no le gustan. La diferencia es sutil pero llevo cuatro años estudiándola.

El ingeniero Lemaur subió ayer a la corona del muro al atardecer con su hermano Manuel y estuvieron allá arriba hasta que oscureció. Lo sé porque el muchacho que les llevó el café volvió con las dos tazas vacías y cara de haber subido cincuenta metros de granito en vano: al parecer los ingenieros no se habían percatado de su presencia. Lo cual dice algo sobre el estado de la conversación que estaban teniendo.

Te cuento lo que más me ocupa estos días, que es la escuela.

Llevo dos años enseñando a leer a los hijos de los jornaleros libres del poblado: once niños de cinco a doce años que tienen en común que nadie les ha enseñado a sentarse quietos más de

diez minutos, lo cual hace que mis mañanas de martes y jueves sean una negociación permanente. El aula es un barracón con corriente de aire y el material didáctico son tres cartillas y un pizarrín que comparte más niños de los recomendados por cualquier tratado de pedagogía.

El más listo es Perico, de ocho años, que lleva cuatro meses con nosotros y ya lee mejor que su padre. La semana pasada me preguntó por qué el río no sube cuando llueve en el poblado pero sí sube cuando llueve arriba en la sierra. Estuvimos veinte minutos hablando de cuencas hidrográficas. No aprendió la palabra, pero entendió la idea.

El más difícil es Andrés, de doce, que tiene la concentración de un gato al que le interesa más la ventana que lo que hay dentro. Su madre me lo trajo diciéndome que era muy listo pero muy malo, que en su experiencia suelen ser la misma cosa. Tenía razón en las dos partes. Hasta Andrés ha aprendido ya a escribir su nombre, lo cual le tiene tan sorprendido que a veces lo escribe en cualquier superficie disponible: en la madera del barracón, en el barro del camino, en el margen de la cartilla. La semana pasada lo encontré escribiendo en la pared del barracón de la cal con un trozo de carbón. Le reñí. Me miró con una expresión que decía claramente que el aprendizaje y la obediencia son cosas distintas y que él había llegado a un acuerdo con la primera pero que con la segunda seguía en negociaciones.

Los padres me miran con una mezcla de agradecimiento y desconfianza que entiendo perfectamente. Yo los tranquilizo diciéndoles que solo les enseño a leer, no a pensar. Que es mentira, claro. Pero es una mentira gentil y nadie ha venido a

contradecirme.

Ahora te cuento algo que me lleva dando vueltas desde la semana pasada.

Hay un cantero que se llama Nates y que tiene fama de ser el mejor en lo que hace. El otro día vino a buscarme para preguntarme si podía enseñarle a leer mejor: sabe leer lo suficiente para sus cartas pero no para los documentos técnicos que a veces le piden que firme. Me lo preguntó con la economía de palabras con que, según me han dicho, hace todo: una frase, directa, sin preámbulos. Le dije que sí. Empezamos el lunes.

Lo que no te he dicho es por qué me parece importante. No es solo por él. Es porque en las últimas semanas Nates tiene una cara que no me gusta (y yo me he especializado en leer caras como quien lee el barómetro, que no te dice qué tiempo hará pero sí si ha cambiado la presión): la cara del hombre que sabe algo que nadie quiere escuchar. He visto esa cara antes, en Toledo, en mi padre cuando había un problema en la botica que los clientes no querían admitir. El problema con esa cara es que suele tener razón.

Miguel, cuando le pregunto qué pasa con el muro, me dice que todo va bien. Quizás.

Y ahora la parte que dejé para el final.

Esta mañana han llegado dos soldados nuevos al destacamento de escolta. Llegan de vez en cuando, cuando hay relevo, y normalmente no me fijo. Pero estos dos no traen el uniforme habitual del destacamento de obras. Miguel, cuando se lo señalé, dijo que era de campaña. Le pregunté

para qué necesitaba una presa un uniforme de campaña. Me dijo que era protocolo habitual en destacamentos de cierta envergadura. Los otros soldados no llevan pistola al cinto además del fusil. Estos dos, sí.

Escríbeme pronto. Cuéntame cómo está la ciudad. Cuéntame cómo está madre. Cuéntame algo que no huela a cal.

Te quiere, Catalina

P.D.: He vuelto a releer esta carta y me parece excesivamente dramática para lo que probablemente es una situación perfectamente ordinaria. La envío igualmente porque si espero a tener certezas nunca te escribo.

V. El Hombre de los Planos

Diciembre de 1798

———————————————————

La nota había estado en el cajón cuarenta días antes de que Carlos volviera a abrirlo.

No la había olvidado. Pero abrirla era empezar algo, y Carlos tenía la costumbre de no empezar cosas que no podía terminar dentro de una jornada.

El cajón era el cajón de las cosas sin terminar. Tenía uno en cada etapa de su vida. Ahora era un cajón de la mesa de trabajo. Cuarenta días sin abrirlo; cuarenta días pasando la mano por encima de la madera sin tirar del pomo, con la misma destreza con que un hombre aprende a no mirar la

ventana cuando sabe que afuera nieva y el trabajo no puede detenerse. Esta mañana la alternativa era seguir mirando los planos de la coronación, y los planos no iban a cambiar.

Lo abrió.

Su padre no murió de sus males. Pregunte quién firmó el certificado de defunción.

Diciembre había entrado en la sierra con la brusquedad que tenía en esa altitud: no como una transición desde noviembre sino como una sustitución. Un día gris que amaneció con tres centímetros de nieve en la coronación del muro y que dejó claro desde primera hora que las reglas del invierno eran otras. Los hornos de cal seguían ardiendo, pero el trabajo en la coronación había parado. El mortero no fraguaba con temperaturas bajo cero. Lo sabía Carlos, lo sabía Nates, lo sabía cualquiera que hubiera pasado un invierno en la sierra. Lo que no sabían era qué decirle al Banco de San Carlos cuando preguntara por qué el avance del mes de diciembre era de cero metros.

Carlos abrió el cajón esa mañana porque la alternativa era seguir mirando los planos de la coronación, que no iban a cambiar por mucho que los mirara.

Sacó la nota. La leyó de nuevo. No cambió nada en las palabras.

Debajo de la nota estaban los planos del padre. El compás de mango gastado. La carta de octubre de 1785, la última, que hablaba de la obra con la claridad de siempre y no decía nada de estar enfermo.

Y debajo de la carta, doblado en un papel diferente, más fino

y más amarillo, estaba el certificado de defunción.

Carlos no lo había buscado. Estaba allí desde hacía años, junto con los demás papeles del padre, porque en algún momento alguien lo había metido en el sobre y él nunca lo había separado porque nunca había tenido razón para hacerlo. Un certificado de defunción es un papel que se guarda donde se guardan los papeles importantes y que no se vuelve a abrir porque no hay nada que leer en él que no se supiera ya.

Lo abrió.

El certificado tenía fecha del 25 de noviembre de 1785. Causas: insuficiencia cardíaca sobrevenida. El padre tenía sesenta y cuatro años y Carlos no había sabido nunca que tuviera problemas de corazón. Eso no significaba que no los tuviera. Había hombres que morían de eso sin aviso.

El médico que firmaba se llamaba Martín de Ariza. Carlos leyó el nombre dos veces, buscando algo que le resultara familiar. No lo encontró.

Cerró el certificado. Lo devolvió al cajón, encima de la nota, encima del compás de mango gastado. Cerró el cajón.

Fue hasta la ventana. La nieve seguía cayendo sobre la coronación, silenciosa, con esa paciencia de saber que al final cubre todo. Abajo, en el tajo, no había nadie. En diciembre el tajo vacío tenía algo de anatomía expuesta: la estructura que solo se ve con claridad cuando lo que normalmente la cubre se ha retirado.

Fue a la cocina a por café. Estaba frío pero lo bebió igualmente, de pie junto a la ventana, mirando la nieve caer sobre el muro.

La nota decía que preguntara. Carlos llevaba cuarenta días sin preguntar porque había algo en la pregunta que daba miedo, no tanto por la respuesta que podía obtener sino por la que no podía descartar. El nombre del médico estaba en el certificado. El nombre del médico podía no significar nada. Y si significaba algo, ese algo no tenía forma de traducirse en ninguna acción que no destruyera lo único que quedaba: los planos en la mesa, el muro en la garganta, once años de trabajo que seguían en pie mientras todo lo demás se hundía. Eso era lo que el cajón guardaba. No una respuesta sino la pregunta que no podía permitirse hacer porque hacerla era elegir entre su padre y la obra de su padre, y Carlos ya sabía qué elegiría si se lo preguntaban, y prefería no preguntárselo.

Cerró el cajón.

VI. La Voz del Río

Enero de 1799

El frío entró el día de Reyes y no se fue.

No era el frío habitual de enero en la sierra, ese frío seco y limpio que baja de noche y cede a mediodía cuando el sol da en la roca. Era un frío húmedo, de niebla baja pegada al cauce del río, que llegaba antes del amanecer y se quedaba hasta bien entrada la tarde, y que metía los dedos entre las juntas del granito con la paciencia de algo que sabe que al final siempre gana. En tres semanas, la coronación llevaba diez días

sin poder trabajarse. El mortero no fraguaba. El hielo entraba en las juntas recién abiertas y las ensanchaba desde dentro, que es exactamente lo contrario de lo que necesita una junta de mampostería para hacer su trabajo.

Tomás lo sabía y no podía hacer nada con saberlo excepto registrarlo.

Lo que sí podía hacer, mientras el frío paralizaba el trabajo en la coronación, era revisar lo que había debajo. Llevaba once días haciéndolo: bajaba al tajo a primera hora, recorría el paramento sur palmo a palmo desde la base hasta donde sus brazos llegaban, y luego subía por el camino al nivel siguiente y repetía. Llevaba el compás de punta, la cinta de medir, el cuadernillo con lápiz atado con un cordel, y la bolsa de cal para marcar. Era el equipo de un hombre que hace un trabajo que nadie le ha pedido.

Nadie le había pedido ese trabajo. Era el que Tomás se pedía a sí mismo porque era el único que podía hacer sin depender de órdenes ni de presupuestos. Anselmo le había preguntado el tercer día si podía acompañarle. Tomás le había dicho que no: una revisión de este tipo se hace solo o no se hace. Con otro hombre al lado el ojo empieza a mirar al otro en vez de mirar la piedra.

El muro le iba hablando.

No de golpe, no con la elocuencia de algo que cae o explota. Con la parsimonia de la piedra, que dice las cosas una sola vez y muy despacio. Tomás había aprendido esa escucha de su padre en las canteras de Trasmiera, y su padre la había aprendido del suyo. Lo que el muro del Gasco le decía en

enero de 1799 no era tranquilizador.

El quinto día encontró la primera grieta nueva. Estaba en la zona norte del paramento, a unos veinte metros de altura, en el punto de encuentro entre uno de los muros transversales internos y la cara exterior. Era una grieta capilar, del grosor de una uña, que descendía en diagonal unos treinta centímetros antes de desaparecer entre los sillares. Tomás la midió, anotó la posición en el cuadernillo y marcó el punto con cal blanca. La cal sobre el granito oscuro era visible desde lejos: la señal que usaban los canteros para marcar los puntos que necesitaban atención sin necesidad de papel ni de palabras.

El séptimo día encontró la segunda. Estaba en la zona central, a treinta y cinco metros, en el mismo sector donde había detectado movimiento en octubre. La nueva era diferente: no diagonal sino vertical, perfectamente recta desde una junta horizontal hasta la siguiente. Una grieta diagonal habla de asentamiento, de la piedra que se acomoda a su propio peso. Una grieta vertical perfecta habla de algo que empuja desde dentro con una regularidad que el mortero ya no puede contener.

El noveno día encontró la tercera, y la tercera le hizo detenerse más tiempo.

Estaba en la zona sur, a cuarenta metros, en la parte superior del paramento, donde las hiladas de septiembre con mortero de fraguado insuficiente daban paso a las de octubre, las últimas antes de que el invierno paralizara la obra. La grieta era ancha: no de una uña sino de dos dedos en el punto más

amplio, y descendía casi un metro por la junta vertical entre dos sillares grandes antes de bifurcarse en dos ramas que se perdían en sentidos distintos.

Tomás pasó la mano por ella despacio, con la palma plana, siguiendo el recorrido completo desde arriba hacia abajo, sintiendo cómo el ancho cambiaba. Luego introdujo el índice y el corazón en el hueco mayor, con cuidado. Había espacio dentro: entre los dos sillares había un hueco que no debería estar ahí, no el pequeño vacío normal que deja el mortero al carbonatarse, sino algo más amplio, algo que había sido empujado desde dentro.

Se quedó quieto con los dedos en la grieta y el río sonando abajo y el frío de enero mordiéndole las orejas.

Retiró los dedos. Los limpió en el pantalón. Marcó la grieta con cal: una raya horizontal arriba, una raya horizontal abajo, y una vertical entre las dos. La señal que había inventado para las grietas que le preocupaban más que las otras.

Tres grietas nuevas en nueve días. Más las dos de agosto, que seguían. Más el movimiento en la zona central que nadie había registrado. El muro no estaba cayendo. Pero estaba hablando, y Tomás llevaba meses siendo el único que lo escuchaba.

Eso tenía que cambiar.

El Gato lo encontró esa tarde en el barracón de los libres, cuando Tomás estaba copiando las medidas del cuadernillo a un papel más limpio para poder enseñárselas al ingeniero sin parecer un hombre que trae garabatos.

—Cantero.

Tomás levantó la vista. El Gato tenía esa manera de entrar en los espacios, silenciosa y sin anuncio, que probablemente había aprendido en años de tener que moverse sin que los capataces le vieran. Se sentó en el banco de enfrente sin que nadie le hubiera invitado.

—¿Qué?

—La semana pasada dos hombres intentaron fugarse. Por el camino del norte. Los cogieron en el collado antes del amanecer.

—Ya lo sé. Los vi cuando volvieron.

—Lo que no sabes es por qué lo intentaron.

Tomás dejó el papel. Miró al Gato.

—¿Por qué?

El Gato se encogió de hombros con esa economía de gestos que tenía para lo que no quería decir directamente.

—Uno de ellos llevaba seis meses sin intentar nada. Hombre tranquilo, trabajador, contaba los días. No es el tipo que se fuga. —Pausa.— A no ser que tenga una razón nueva para querer salir.

—¿Qué razón?

—Eso es lo que me pregunto yo. —El Gato bajó la voz, que era su registro natural para las cosas que importaban.— Hay hombres en las cuadras que dicen que el muro llora por las noches. Que se escucha un ruido que no estaba antes.

Tomás no dijo nada.

—Yo no lo he oído —continuó El Gato—. Pero los que lo

dicen no son hombres de imaginación. Son hombres que llevan años en obras y saben distinguir el ruido del agua del ruido de la piedra.

—¿Qué clase de ruido?

El Gato lo pensó un momento.

—Como cuando alguien aprieta una tabla de madera verde. Ese sonido de algo que cede un poco pero no del todo. Cada noche, dicen. En la zona alta.

Tomás conocía ese sonido. Lo había escuchado en canteras, en los momentos previos a una fractura. No era el sonido de algo que cae de golpe. Era el sonido de algo que lleva tiempo cediendo.

—Cuando los presos quieren irse, cantero, es que algo huele. Los presos huelen las cosas antes de que nadie las diga.

Tomás dobló el papel con las medidas y se lo guardó en el bolsillo. Miró al Gato.

El Gato le sostuvo la mirada con esa ecuanimidad suya de hombre que no debe nada a nadie porque nunca ha prometido nada a nadie. Era posible que lo que decía fuera verdad. Era posible que tuviera otra razón para decirlo que Tomás no veía. Con el Gato siempre eran las dos cosas a la vez.

—Voy a hablar con el ingeniero —dijo Tomás.

El Gato asintió. Como si ya lo supiera, o como si le diera lo mismo.

La casa del ingeniero tenía luz a esa hora. Tomás llamó con los nudillos, dos veces, con el golpe seco y medido que usaba cuando quería que se le tomara en serio.

Abrió Manuel Lemaur.

Tomás había esperado encontrar a Carlos. La decepción fue breve pero real. Manuel era un hombre razonable que escuchaba con atención y decía las cosas adecuadas en el momento adecuado. El problema era que entre escuchar y actuar solía interponer una distancia que Tomás nunca había conseguido medir.

—Nates. —Manuel abrió la puerta del todo.— Entra, hace frío.

Tomás entró. La mesa estaba cubierta de papeles: cifras en columnas, presupuestos, la letra de alguien que está cuadrando cuentas que no cuadran.

—Necesito hablar con el ingeniero —dijo Tomás.

—Carlos está en Madrid. Vuelve pasado mañana. —Manuel señaló la silla junto a la mesa.— ¿Qué pasa?

Tomás se sentó. Sacó el papel con las medidas y lo extendió sobre la mesa, apartando con cuidado dos de los folios de presupuesto.

—Tres grietas nuevas en nueve días —dijo—. Aquí, aquí y aquí. —Señaló las posiciones en el papel.— Más las dos de agosto que siguen. En la zona alta, zona sur, el mortero de las hiladas de septiembre tiene un hueco entre dos sillares que no debería estar. Y hay ruido en la zona alta por las noches. Lo dicen los hombres de las cuadras.

Manuel miró el papel con atención. Frunció el ceño ante el tercer punto marcado.

—¿Cuándo encontraste esto?

—Esta mañana. El hueco lo noto desde hace días pero esta

mañana puse los dedos dentro. Dos dedos. Donde debería ser sólido.

Manuel asintió despacio. Tomó el papel y lo releyó.

—Se lo diré a Carlos en cuanto llegue. —Devolvió el papel.— ¿Tienes copias de estas medidas?

—Las tengo en el cuadernillo.

—Bien. Déjame este papel y tú guarda las del cuadernillo. —Pausa.— Ha hecho bien en venir.

Tomás recogió el abrigo y se levantó. En la puerta se detuvo.

—¿Puedo preguntarle algo, don Manuel?

—Claro.

—Cuando llegue el ingeniero. ¿Se lo dirá antes de que haga otra cosa?

Manuel lo miró. Había en esa pregunta algo que iba más allá de la cortesía y los dos lo sabían.

—Se lo diré esa misma noche —dijo Manuel.

Tomás asintió. Salió a la oscuridad y al frío.

Subió por el camino hacia el barracón con las manos en los bolsillos y el cuadernillo apretado bajo el brazo. Se detuvo antes de entrar. Miró el muro en la oscuridad: solo el bulto oscuro del granito contra el cielo negro de enero. Pero sabía exactamente dónde estaban las tres rayas de cal que había dibujado esa semana. Las tenía en la memoria con la misma precisión con que tenía la cara de su hija: sin necesidad de verlas para saber que seguían ahí.

Entró. Bermejo roncaba. Anselmo dormía con la boca abierta.

El fuego era pequeño pero suficiente para que el frío de enero se quedara fuera, al menos por esa noche.

Tomás se tumbó con el cuadernillo en la mano. Pensó en Manuel diciendo *se lo diré esa misma noche* con la voz tranquila del que dice lo que hay que decir para cerrar una conversación. Era la voz correcta. El problema era que Tomás conocía la diferencia entre la voz correcta y la voz urgente, y Manuel había usado la primera.

Guardó el cuadernillo bajo la almohada. Cerró los ojos.

El río sonaba afuera. Igual que siempre. Eso era lo que le molestaba.

VII. El Tercer Dictamen

Febrero de 1799

———————————————————

El coche de postas tardó algo menos de seis horas en cubrir las seis leguas que separan el Gasco de Madrid. La primera, por el camino de servicio de la obra, fue la más lenta: una hora entre carros de bueyes cargados de sillares que ocupaban el centro con la indiferencia de lo que pesa demasiado para apartarse. Carlos miraba por la vidriera ese tráfico al revés —piedra que bajaba hacia la presa mientras él subía hacia Madrid— con la sensación de estar cruzando la obra desde fuera por primera vez en meses.

En Torrelodones el coche hizo parada para cambiar los tiros.

Carlos bajó a estirar las piernas. Notó las miradas: esa manera de leer la casaca y el sombrero de tres picos antes de leer la cara. En el Gasco era el ingeniero. Aquí era el forastero de la obra. Lo registró con la misma precisión con que registraba una junta floja: algo que valía la pena anotar y que no iba a cambiar por nombrarlo.

Abrió el cuaderno sobre la rodilla pero no escribió nada en toda la jornada. Miraba el paisaje y pensaba en el paramento sur tal como lo había visto al amanecer: gris, silencioso, rezumando humedad en tres o cuatro puntos. El muro estaba bien. Estaba exactamente donde debía estar. Y sin embargo él viajaba a Madrid para convencer al Banco de que era así.

La ciudad le llegó por el olfato antes que por los ojos. El humo de los braseros, el estiércol de los corrales en los arrabales, el olor denso de demasiadas personas en poco espacio. Llevaba seis meses sin pisar Madrid.

Se alojó en la posada de la calle del Arenal donde siempre se alojaba, la misma donde había dormido con su padre en 1785 antes de la presentación ante el Consejo. Se lavó, se mudó de ropa. Revisó los números: la obra avanzaba, la obra resistía, la obra no había dado ninguna señal que justificara la paralización de fondos. Pero alguien había solicitado una nueva inspección técnica. Alguien cuyo nombre Carlos conocía aunque Montoya no lo hubiera escrito en su carta.

Don Rodrigo de Montoya apareció puntual a las diez con un fajo de papeles en la mano. Era un hombre de constitución sólida, con el pelo completamente blanco y unos ojos pequeños y oscuros que leían los documentos con el mismo

desapego con que un sacerdote lee el breviario. Se habían visto nueve veces en diez años.

—Don Carlos —dijo Montoya, con una cordialidad que no incluía ningún calor—. Gracias por el viaje.

—El viaje forma parte del trabajo, don Rodrigo.

La sala era pequeña y fría. Carlos dejó los planos sobre la mesa. Montoya los miró un momento.

—He recibido sus informes de enero —dijo—. Son satisfactorios.

—El avance es de doce hiladas en el paramento norte desde octubre. Estamos a cincuenta y tres metros. En primavera podemos ganar otros ocho. —Carlos había desplegado uno de los planos sin que nadie se lo pidiera, el hábito de mostrar lo que existía y no solo describirlo.— El sistema de celdas mantiene la integridad prevista.

Montoya miró el plano. Era evidente que no lo entendía. Era igualmente evidente que eso no le importaba.

—Sí, sí —dijo, y Carlos entendió que los datos no eran el asunto.

Hubo una pausa.

—Don Carlos —dijo Montoya—. Ha habido una solicitud. La Academia de San Fernando ha pedido formalmente que se lleve a cabo una nueva inspección técnica antes de que el Banco libere los fondos del tercer trimestre.

Carlos no respondió de inmediato.

—¿En qué se funda esa solicitud? —preguntó.

—En la naturaleza del proyecto. En su escala. En la

conveniencia de verificar periódicamente que las obras avanzan conforme a lo proyectado. —Montoya hablaba como si estuviera leyendo el texto de la solicitud de memoria.— Procedimiento rutinario, don Carlos.

—¿Quién ha firmado la solicitud?

Montoya dudó un momento. Era una duda calculada, de las que sirven para recordarle al interlocutor que hay límites en lo que se puede decir.

—La solicitud lleva el sello de la Academia. Los nombres de los firmantes son materia de procedimiento interno.

Carlos miró los planos sobre la mesa.

—Don Rodrigo. Esta es la segunda inspección extraordinaria en menos de dos años. La primera paralizó las obras cuatro meses en la temporada de 1797. El mortero de cal aérea necesita temperatura por encima de los cinco grados para fraguar. De noviembre a marzo no podemos trabajar en alturas superiores a los cuarenta metros. Cada inspección que se prolonga hasta el otoño nos roba una temporada entera. El efecto no es una demora. Es una ruptura del ciclo de la obra.

Montoya escuchó todo esto sin apartar los ojos de Carlos. No interrumpió. Dejó que terminara.

—Lo sé, don Carlos.

Cuatro palabras. Carlos las oyó con la precisión de quien lleva horas preparando una argumentación y entiende, en el momento en que le responden, que era inútil desde el principio. No porque fuera incorrecta. Sino porque la persona sentada al otro lado ya había tomado la decisión antes de que

él empezara a hablar.

—¿Y el Banco tiene intención de autorizar esta inspección?

—El Banco tiene obligación de atender las solicitudes de la Academia.

—¿Y los fondos?

—Los fondos del tercer trimestre quedan retenidos en espera del resultado de la inspección.

Carlos asintió.

—Dígame. ¿Cuánto dura la retención?

—El tiempo que requiera la inspección.

—¿Semanas o meses?

—Eso dependería de las circunstancias.

Carlos recogió los planos. Los enrolló con cuidado y los ató con la cinta de cuero. Miró a Montoya a los ojos.

—Don Rodrigo. Usted sabe tan bien como yo quién ha firmado esa solicitud.

Montoya no respondió. Sostuvo la mirada con la ecuanimidad de quien lleva décadas manejando conversaciones que se dicen a medias y se entienden enteras.

—Buenas tardes, don Carlos —dijo.

El pasillo del Banco olía a cera de velas y a papel sellado. Carlos caminaba hacia la salida con los planos bajo el brazo y el pensamiento fijo en los números: fondos retenidos, obras paralizadas, mortero que no puede mezclarse en invierno, hiladas que no pueden colocarse sin mortero.

Lo vio antes de que Gaver lo viera a él.

Fernando de Gaver estaba de pie junto a la puerta de un despacho lateral, hablando en voz baja con un hombre al que Carlos no reconoció. Llevaba la levita de paño oscuro que era su uniforme habitual. Era un hombre bien plantado, de esos que ocupan el espacio con una clase que no se aprende ni se compra.

Gaver levantó la vista. Los ojos de ambos se encontraron por un instante, y en ese instante Carlos supo que Gaver lo había visto llegar, que había calculado exactamente cuándo alzar la vista para que el encuentro no pareciera buscado.

—Don Carlos —dijo Gaver, separándose del otro hombre con la facilidad de quien cierra una conversación sin interrumpirla —. Qué coincidencia encontrarle aquí.

—Don Fernando.

Se estrecharon la mano. La de Gaver era firme y seca.

—¿Tiene buen invierno en la sierra? —preguntó Gaver, con el tono de quien pregunta por la salud de un conocido que no le importa demasiado.

—El invierno es frío en la sierra. Como todos los inviernos.

—Claro, claro. Y la obra, ¿sigue adelante?

—La obra sigue adelante.

Gaver asintió lentamente. Luego sonrió. Era una sonrisa sin hostilidad visible, que era precisamente lo que la hacía difícil de sostener.

—Don Carlos. ¿No le parece que hay cierto heroísmo en saber cuándo retirarse?

Carlos dejó pasar tres segundos, contándolos con la misma

precisión con que contaba las hiladas en el paramento.

—La obra sigue en pie, don Fernando —dijo Carlos—. Cincuenta y tres metros. A dos metros por año y con los fondos fluyendo, terminaría en 1806. Los números están en los planos.

Gaver no respondió. Asintió levemente, con ese asentimiento que no confirmaba ni negaba, el mismo de 1785.

—Buenas tardes, don Carlos.

El pasillo quedó en silencio. No era el silencio del escándalo sino el de las cosas que se han dicho y ya no pueden no haberse dicho. El hombre con quien había estado hablando Gaver miraba hacia otro lado. El portero al fondo había dejado de moverse.

Gaver no retiró la sonrisa. La mantuvo exactamente como estaba, lo que era más desconcertante que si hubiera cambiado de expresión. Inclinó la cabeza levemente.

—Buenas tardes, don Carlos.

—Don Fernando.

Carlos salió a la calle de Alcalá. El aire de febrero le golpeó en la cara.

Caminó durante una hora sin rumbo fijo. Madrid en febrero de 1799 era una ciudad que había aprendido a moverse despacio. Pasó por delante de una tienda de estampas cuyo interior mostraba una imagen de Bonaparte a caballo, grabada en París y vendida aquí sin rótulo. Cinco años atrás ese grabado habría sido motivo de denuncia. Siguió caminando.

En algún momento se detuvo frente a la puerta de una iglesia.

Entró. Permaneció de pie junto a la entrada unos minutos sin rezar nada, mirando las velas. Luego salió.

En la posada pidió papel y tinta. Escribió lo esencial: los fondos retenidos, la nueva inspección, lo que había que preparar antes de que llegara el inspector. Los registros de las últimas tres campañas, los libros de mezcla, los partes de temperatura al momento del fraguado. Todo en orden, todo verificable.

No escribió nada sobre Gaver. Algunas cosas no se escriben en cartas porque las cartas las leen manos que no deberían leerlas.

Selló la carta. Apagó la vela.

Se quedó sentado con las manos sobre la mesa, en la posada de la calle del Arenal, la misma posada de 1785. Afuera el frío de febrero filtraba por las juntas de la ventana. El muro seguía en pie. Y él había firmado la orden de materiales del doce de noviembre, y Gaver había soreído en el pasillo, y la posada era la misma posada. Los números no mienten. Era lo que el padre había dicho. Carlos miró la vela. No los números.

Si algo me pasa, termina el canal. No por mí. Por la idea.

Los números no mienten. Era lo que el padre había dicho.

Carlos recogió los papeles. No los ordenó.

VIII. Lo que Pregunta el Fraile

Marzo de 1799

El forastero llevaba dos días en el Gasco cuando llegó al tajo.

No bajó por el camino principal sino por el sendero lateral que usaban los canteros para acceder al paramento norte sin pasar por la explanada: un camino estrecho, tallado en la roca por los mismos hombres que después habían tallado los sillares, que no estaba señalado en ningún sitio y que un viajero de paso no habría encontrado sin preguntarlo antes. Que el forastero lo encontrara solo era ya una información, aunque no de las que uno podía usar para nada concreto.

Tomás lo vio llegar desde el andamiaje de la hilada cuarenta y seis. Era un hombre de mediana edad, con hábito de viaje encima de lo que debajo parecía un hábito religioso —la tela oscura, el corte— y un cuadernillo de campo que llevaba en la mano izquierda con la naturalidad de quien lo lleva siempre, no de quien lo ha sacado para la ocasión. Miraba el muro. No miraba el camino ni la ladera ni el río. Miraba el muro con la atención de quien sabe lo que está mirando.

Tomás bajó del andamiaje.

No era su costumbre hablar con los forasteros que llegaban al Gasco, que eran pocos y cuya presencia él registraba como registraba las variaciones de humedad en la piedra: con atención pero sin intervención inmediata. Sin embargo algo en la manera en que aquel hombre miraba le hizo bajar.

—Buenos días —dijo Tomás, desde dos metros.

El forastero se volvió sin sobresaltarse, como si hubiera escuchado los pasos y hubiera decidido no reaccionar hasta que la distancia fuera la correcta. Tenía una cara sin rasgos

memorables, de las que se olvidan al momento, que era quizás su rasgo más notable. Las manos, en cambio, eran las de alguien que escribe mucho: el índice derecho tenía el callo del plumín en el sitio exacto donde lo tenía Inés cuando pasaba a limpio las cartas para los niños de la escuela.

—Buenos días, amigo. —Su tono era el de alguien que ha practicado durante años la amabilidad con desconocidos y ya no le cuesta esfuerzo.— Vine con la esperanza de ver el muro de más cerca. He oído hablar mucho de él.

—¿Dónde oyó?

—En el mesón de Torrelodones. —Una pausa breve.— Soy naturalista. Estoy estudiando la flora de la vertiente. Pero una obra así… uno no puede pasar sin mirar.

Tomás lo miró. Miró el cuadernillo. El cuadernillo no tenía prensadas flores ni bocetos de plantas. Tenía números. Tomás no leía bien, pero los números los reconocía: eran cifras, varias columnas.

—¿Qué anota?

El forastero bajó el cuadernillo con la misma naturalidad con que lo había sostenido.

—Dimensiones aproximadas. La altura, el ancho de coronación. —Señaló hacia el paramento norte.— ¿Eso es granito de la zona o traído de más lejos?

—De La Cabrera, en su mayor parte.

—Buen granito el de La Cabrera. —No había duda en la afirmación, lo que indicaba que ya lo sabía.— ¿Cuántos hombres trabajan en un turno completo?

Era la segunda pregunta sobre la obra, no sobre la flora. Tomás respondió.

—Doscientos, en campaña. Ahora menos, que el invierno está cediendo todavía.

—Mucho trabajo para un solo ingeniero.

—Son dos ingenieros. Hermanos.

—Ah, sí. Los Lemaur. —El forastero lo dijo como había dicho lo de La Cabrera: sin sorpresa, como confirmando algo ya sabido.— El padre construyó la concepción del diseño, entiendo. Una lástima lo que pasó.

Tomás no respondió. El padre Lemaur había muerto antes de que él llegara al Gasco. Lo que había pasado era lo que pasaba siempre: la gente moría.

—¿Los hombres están conformes con el trabajo? —preguntó el forastero. Miraba el paramento norte mientras preguntaba, como si la pregunta fuera sobre el muro y no sobre los hombres.

—Los penados no están conformes con nada. Los libres cobran.

—¿Y los ingenieros? ¿Hay buen trato?

Era la tercera pregunta sobre personas, no sobre piedra. Tomás lo registró de la misma manera en que registraba las grietas: sin decirlo en voz alta, sin sacar conclusiones todavía, anotándolo en la parte de la cabeza donde guardaba las cosas que no sabía todavía qué significaban.

—El ingeniero dirige bien —dijo, que era verdad y no era todo lo que podría haber dicho.

El forastero asintió. Cerró el cuadernillo. Miró el muro una última vez, de abajo arriba, con una lentitud que no era admiración sino inventario.

Antes de irse, se santiguó. No hacia la presa ni hacia el cielo: hacia el Este, despacio, con el gesto automático de quien lo hace veinte veces al día y ya no lo piensa. Luego guardó el cuadernillo en el bolsillo interior de la levita, en el sitio donde los hombres de iglesia guardan el breviario.

Se fue por el mismo sendero lateral por el que había llegado.

Tomás lo vio alejarse.

Anselmo, que había estado trabajando en la junta de la hilada cuarenta y siete sin decir nada, se asomó desde el andamiaje.

—¿Quién era?

—Un naturalista —dijo Tomás.

Anselmo asintió y volvió a la junta.

Tomás permaneció donde estaba un momento. El forastero había desaparecido ya por el recodo del sendero. Sus preguntas habían sido amables, sin borde, del tipo que se olvida en cuanto se responde. Pero había algo en el orden en que las había hecho —primero las dimensiones, luego los hombres, luego los ingenieros— que no era el orden de la curiosidad sino el de la metodología. La curiosidad salta. La metodología avanza en línea.

Esa noche, al final del turno, fue a buscar a El Gato.

—El viajero que anda por el Gasco desde el lunes —dijo.

—Lo he visto —dijo El Gato.

—¿Ha estado en los barracones?

Una pausa.

—Ayer por la tarde estuvo un rato cerca de la entrada. No entró. Habló con dos o tres hombres afuera.

—¿Penados?

—Uno libre. Dos penados. Luego se fue.

—¿Qué preguntaba?

El Gato lo miró. Era la primera vez que Tomás le hacía esa pregunta sobre un forastero.

—Lo mismo que les pregunta a todos: cómo va el trabajo, si cobran a tiempo, si los ingenieros son justos. —Pausa.— Y si los ingenieros leen muchos libros.

Tomás no dijo nada durante un momento.

—¿Si leen libros?

—Eso dijeron los hombres. Que preguntó qué clase de libros tenía el ingeniero en la casa.

—Anota si vuelve —dijo Tomás.— Y lo que pregunta.

—¿Para qué?

—No lo sé todavía.

El Gato lo miró con esa expresión que ponía cuando la respuesta le parecía incompleta pero suficiente para actuar.

—De acuerdo —dijo.

El forastero se fue dos días después. No dijo adónde iba y nadie le preguntó.

La mañana siguiente, Tomás subió a la coronación antes de que empezara el turno. Desde arriba el muro era otra cosa: no

la suma de sus juntas y sus hiladas y sus grietas marcadas con rayas de cal, sino una sola cosa enorme que cerraba la garganta del río con la solidez de algo que lleva mucho tiempo donde está. En ese momento era difícil creer que hubiera nada malo en él.

Esa misma tarde vio a Carlos cruzar el patio con los planos bajo el brazo y la cara que tenía desde que volvió de Madrid. Tomás no le conocía bien: lo suficiente para entender que era un hombre al que las cosas se le veían en la postura antes que en la cara. Esa tarde la postura decía lo mismo que llevaba diciendo tres semanas: que el ingeniero cargaba algo que los planos no podían resolver.

Le dijo lo que pensaba. No sobre el forastero ni sobre sus preguntas: eso no era asunto de Tomás todavía, o no sabía todavía si lo era. Le dijo lo que le parecía que el forastero entendía y que Tomás había entendido también sin que nadie se lo explicara.

—Mientras la obra esté en pie, nadie le toca, ingeniero. Usted es útil.

Carlos se paró. No era su costumbre pararse cuando alguien le decía algo: su costumbre era escuchar sin dejar de caminar, procesar, responder sobre la marcha. Que se parara fue suficiente.

Lo miró. Tomás aguantó la mirada, que era lo que hacía con la piedra cuando le devolvía algo que no esperaba.

—¿Quién le ha dicho eso? —preguntó Carlos. No era una pregunta hostil. Era la pregunta de un hombre que acaba de escuchar algo que había pensado pero no había dicho en voz

alta.

—Nadie me lo ha dicho. Lo he visto.

Carlos asintió. Era el asentimiento del que registra un dato y lo coloca junto a otros que ya tenía. Luego siguió hacia la casa con los planos bajo el brazo.

Tomás volvió al tajo. Recogió el puntero, la cinta, el cuadernillo.

Pasó junto al paramento sur antes de subir. Puso la palma en la piedra, como siempre. La piedra estaba fría y húmeda en las juntas altas. No más que ayer. Eso era algo.

El río sonaba abajo. El muro aguantaba.

IX Barro y Tinta

El Gasco, Marzo de 1799

———————————————————

Querida Inés:

Hace seis días que llevo la pluma en la mano y la poso, la cojo y la poso de nuevo, porque no sé bien por dónde empezar ni estoy segura de que escribirte sirva de algo más que de alivio propio, que ya es bastante aunque no sea la razón más noble del mundo. Miguel dice que escribo demasiado y que las cartas cuestan dinero. Tiene razón en todo eso y lo ignoro con la misma tranquilidad con que ignoro sus opiniones sobre el tiempo, los canteros, el precio del aceite y la conveniencia de que yo no siga enseñando a leer a los hijos de los jornaleros porque los niños que saben leer se ponen impertinentes. Pero

esto no es lo que quería contarte.

Lo que quería contarte es el viajero.

Pero antes déjame decirte que marzo en el Gasco huele de una manera que no huele ningún otro sitio. Cuando sube la temperatura después del invierno y las piedras empiezan a recibir el sol, la cal que lleva toda la temporada seca en los sacos cobra un olor que es entre polvo y lluvia y algo mineral que no sé nombrar bien, y ese olor sube por la ladera y se cuela por las ventanas antes de que nadie haya abierto nada. Los niños lo conocen ya y cuando lo huelen saben que la obra va a volver a ponerse en marcha.

Yo enseño a leer a seis niños los martes y los jueves: tres hijos de jornaleros, dos del sobreestante Varela, y uno del cabo de vara al que llaman el Gato, un niño de siete años con más memoria que todos los demás juntos y que algún día será algo que todavía no se ve venir. Los enseño porque si espero a que lo haga otro voy a esperar sentada el resto de mi vida.

Llegó hace cuatro días a lomos de una mula de aspecto respetable y con un hatillo de cuero atado al lomo de manera tan ordenada que parecía que alguien lo había pensado mucho antes de hacerlo. Se presentó como naturalista. Dijo llamarse don Aurelio de Sancho, de Salamanca, y explicó que andaba recorriendo la sierra en busca de plantas medicinales para un trabajo sobre la flora de la vertiente sur del Guadarrama. Nadie le pidió papeles. En el Gasco se reciben pocos viajeros y los que llegan son siempre un poco de fiesta.

Yo lo vi desde la ventana cuando llegó. Inés, te lo digo: las plantas no le importaban lo más mínimo. Pasó la primera

tarde de aquí para allá por el camino principal, haciéndose el distraído frente a la bocana del tajo. Sus ojos no miraban la ladera. Miraban el muro. Es la misma mirada que pone Carlos cuando llega a una parte de la obra que lleva tiempo sin ver: ese inventario silencioso que hacen los que saben calcular lo que están mirando. El naturalista de Salamanca calculaba. Solo que no calculaba raíces ni tallos.

Al día siguiente se acercó a la cocina de la casa grande con el pretexto de pedir agua caliente para una infusión, y allí estuvo casi una hora conversando. Le seguí la corriente con toda la paciencia del mundo. Le hablé de la obra como habla cualquier esposa de sobreestante: que es muy grande, que hay mucho ruido, que los hombres vuelven del tajo llenos de cal. Y mientras yo hablaba de esas cosas sin importancia, él tomaba notas en un cuadernillo pequeño que sacaba y guardaba con la misma naturalidad con que otros hombres se soplan las manos en invierno.

Era un conversador extraordinario. Sabía escuchar, que es la cosa más rara en un hombre y la más útil en alguien que quiere obtener información sin que nadie note que la está obteniendo. Hacía las preguntas con una aparente distracción, mientras miraba por la ventana o revolvía su infusión, de modo que cuando la respuesta llegaba parecía que no era él quien la había buscado sino que había venido sola. Supongo que eso se aprende. Yo tomé nota de la técnica.

Lo que anotaba en el cuadernillo no eran nombres de plantas. Vi escribir números. Vi una palabra que no pude leer entera pero que empezaba por p y tenía cinco o seis letras. Vi trazar lo que me pareció un esquema, aunque rápidamente lo

cubrió con la mano.

Sus preguntas eran demasiado precisas para ser las de un botánico. Me preguntó cuántos hombres trabajaban en el tajo. Si el ingeniero director vivía en la obra o viajaba a Madrid con frecuencia. Y me preguntó, aquí ya tuve que controlar el gesto, si la obra había tenido accidentes en los últimos meses, si algún tramo había dado problemas, si los hombres hablaban de la solidez del muro. Todo envuelto en esa amabilidad que tienen los hombres cultos cuando quieren que no notes lo que en realidad están preguntando.

Le respondí con la misma amabilidad y le dije que no sabía gran cosa de las obras, que eso era asunto de los ingenieros, que yo me ocupaba de los niños y de las cartas y de que Miguel tuviera la cena caliente. Se fue satisfecho con su cuadernillo lleno de lo que sea que escribía.

No sé quién es, Inés. Pero sé que no es naturalista.

Con afecto y con la sospecha de que esto no ha terminado,

Catalina

***

Marzo de 1799

Querida Inés:

El naturalista se llama fray Cipriano de la Cruz. No es naturalista.

Me lo dijo Remedios, la mujer del cabo de guardia, que lo supo de su marido, que lo supo de un arriero que había parado en el Mesón de la Solana la noche en que el hombre

llegó a Torrelodones. Estas cosas se saben en los mesones del Camino Real: un hombre que come solo su guiso y hace preguntas demasiado precisas es un hombre que se recuerda. El arriero lo recordó. Y le oyeron rezar completas en voz alta y en latín antes de acostarse, que es hábito de dominico, y alguien que conocía la casa de Valladolid lo reconoció. Calificador del Santo Oficio. Hombre de letras. No de los que queman en plaza pública: de los que redactan los informes que deciden qué se quema y qué no. Que es, si me permites la opinión, una forma más fría del mismo oficio.

Cuando se lo dije a Miguel me respondió que no fuera a imaginar conspiraciones donde solo hay un hombre de Dios que camina por la sierra, y que si empezaba a ver Inquisición en cada viajero con cuadernillo íbamos a estar muy cansadas las dos, refiriéndose a él y a sí mismo. No creo estar equivocada.

¿Qué hace un calificador del Santo Oficio en el Gasco? Los hombres como fray Cipriano van adonde hay algo que examinar. Y lo que hay aquí para examinar son los Lemaur: Carlos y Manuel, ingenieros de origen francés, hijos de un ingeniero francés, que llevan doce años construyendo la obra del Rey con planos diseñados según principios que vienen de París. Desde que esfalló la cosa en Francia y Floridablanca puso el cordón sanitario en la frontera, todo lo que huele a francés huele también a sospechoso.

Lo que me preocupa no es que exista la Inquisición: existe desde antes de que naciéramos. Lo que me preocupa es que ha cambiado de forma. Ya no persigue brujas ni judaizantes: vigila libros, ideas, tertulias, cartas. No necesita

hoguera para hacer daño: le basta con un expediente abierto, con un nombre en una lista, con la sospecha suficiente para que un hombre pierda un encargo o una plaza. Es una máquina de producir incertidumbre. Y aquí hay un hombre que lleva doce años dependiendo de que el poder confíe en él.

Carlos tiene libros, Inés. Los he visto pasar por la casa: tratados de hidráulica, de mecánica, de filosofía natural. Algunos en francés, que aquí nadie lee excepto él y Manuel y de vez en cuando yo, que aprendí el francés con las monjas de Santa Clara aunque nunca lo he reconocido delante de nadie porque no es información que convenga airear. Uno de esos libros, con tapas azules, tenía el lomo escrito en una letra que reconocí porque lo había visto citado en una carta de tu hermano Rafael: Rousseau. El cordón sanitario existe precisamente para que libros así no lleguen. Que circulen de mano en mano y aparezcan en los escritorios de ingenieros militares de la sierra es exactamente el tipo de cosa que justifica la existencia de un calificador con cuadernillo y buena memoria.

No sé si fray Cipriano lo vio. No sé si tenía acceso a la casa. Pero estuvo tres días y miró bien todo lo que había que mirar.

Y también sé, Inés, que Tomás el cantero me dijo algo esta semana que no se me va de la cabeza.

Me lo encontré el lunes en el camino de bajada al río. Llevaba las manos sucias de una manera distinta a como suelen llevarlas los canteros: no era la cal blanca del sillar sino una especie de lodo pardo oscuro metido entre los pliegues de

los nudillos. Me preguntó dónde estaba el ingeniero. Le dije que en la casa, aunque Carlos llevaba días con una cara que no invitaba a llamar a su puerta sin motivo urgente. Tomás asintió como si eso confirmara algo que ya sabía. Y luego, antes de seguir su camino, me dijo, con la misma tranquilidad con que podría haber dicho que iba a llover, que el paramento sur llevaba semanas llorando barro. Que no era humedad de temporada. Que era otra cosa.

No me explicó qué otra cosa. Pero la manera en que lo dijo —sin alarma, con esa gravedad tranquila que tienen los hombres que conocen bien lo que les preocupa— me dijo más que cualquier explicación técnica.

Se lo dije a Miguel esa misma tarde. Me respondió que los canteros ven fantasmas.

Quizás. Pero los fantasmas de Tomás están hechos de granito.

Y si el paramento sur llora barro y nadie escucha a Tomás, y si un calificador del Santo Oficio ha pasado tres días aquí tomando notas, y si Carlos acaba de volver de Madrid con una cara que no le he visto antes —esa cara de quien ha recibido una noticia que esperaba y cuya llegada no la hace más fácil de cargar—, entonces yo, Inés, tengo la sensación de que hay varias cosas moviéndose a la vez y que ninguna se mueve en la buena dirección.

Lo de la cara de Carlos lo observé la tarde que llegó del viaje. Bajé a la cocina de la casa grande y le vi cruzar el patio con los planos bajo el brazo. No me saludó: estaba en otro sitio completamente. Manuel, que le seguía a dos pasos, me

miró al pasar. No dijo nada. A veces eso es suficiente. Me metí en la cocina. No pregunté nada, porque en este Gasco hay preguntas que nadie contesta y la única manera de enterarse es esperar a que las cosas lleguen solas.

Dicen que vendrá un inspector de la Academia de San Fernando para verificar el estado de la obra antes de que el Banco suelte los fondos. No sé si eso es bueno o malo. Sospecho que depende de quién sea el inspector.

Díme que me equivoco. Necesito que alguien me diga que me equivoco.

Tuya como siempre,

Catalina

Posdata: He guardado la carta tres días antes de enviarla porque quería que se me pasara la alarma y resultara que estaba siendo alarmista. No se me ha pasado. La envío.

X. Lo que el Horno No Dice

Marzo de 1799

———————————————

Querida Inés:

El frío ha pasado, o casi. Enero fue el peor que recuerdo desde que estoy aquí, no por la temperatura sino por esa helada húmeda que metía los dedos en todo: en la ropa, en la madera de las ventanas, en las juntas del muro, que es donde más daño hace aunque eso lo sé de oírlo decir y no de entenderlo.

Hay un cantero que se llama Nates —lo conoces de mis cartas del año pasado, el de hombros anchos y pocas palabras— que desde enero tiene una manera de mirar las juntas nuevas que yo no le había visto antes. No es la mirada del hombre que comprueba. Es la mirada del hombre que confirma algo que ya sabía.

Nates no me lo ha dicho. No diría estas cosas a la mujer del sobreestante. Pero yo leo caras, Inés, que es lo mismo que leer piedra pero con más información disponible.

Miguel me diría que exagero. Lo cual ha resultado ser, a lo largo de cuatro años de matrimonio, la manera más consistente de tener razón que he encontrado.

Escríbeme. Cuéntame algo de la ciudad.

Tu hermana que te quiere, Catalina

P.D.: He preguntado a Herrera, el médico, si el mortero con cal mal cocida tiene consecuencias para la estructura. Me ha mirado con esa expresión de los hombres que saben algo que no saben si decirte. Luego ha dicho que él entiende de huesos, no de piedras. Puede que sea verdad. Puede que sea la respuesta más honesta que podía darme.

El Gasco, 12 de marzo de 1799

Tomás salió al tajo pasada la medianoche, cuando el poblado llevaba dos horas en silencio y el único ruido era el del río y el de algún perro en la ladera. No era insomnio: era la costumbre, adquirida en años de obra, de revisar de noche lo que de día no se puede ver bien porque de día hay demasiado ruido y demasiada gente y el ojo va donde lo llaman en lugar

de ir donde debe.

Llevaba la linterna de aceite y el cuadernillo. Nada más.

El primer deshielo de la temporada había llegado esa semana. Tres días de temperatura por encima de cero, sol en la coronación desde las diez de la mañana, el río subiendo despacio pero sin pausa. En diez años de obra Tomás había aprendido a leer el deshielo como otros hombres leen el cielo antes de una tormenta: no con miedo, sino con la atención de quien sabe que lo que viene después del frío dice más sobre el estado de una estructura que el frío mismo. El frío paraliza. El deshielo revela.

Fue directo al paramento sur. No al norte, que estaba bien y que a estas alturas no le decía nada nuevo. Al sur, a la zona central, a las hiladas que había marcado con rayas de cal en enero y que llevaba semanas sin poder revisar porque el andamiaje de ese tramo había quedado inaccesible por la helada.

El sendero lateral estaba resbaladizo y tuvo que ir despacio, apoyando bien cada paso antes de cargar el peso.

Cuando llegó a la base del paramento sur, levantó la linterna.

El agua salía por la junta entre los sillares de la hilada ocho, en el sector central, exactamente donde los muros transversales internos tocaban la cara exterior. Era un hilo delgado, del grosor de un dedo, constante. No goteaba: manaba, con esa continuidad tranquila del agua que lleva tiempo encontrando su camino y ya no tiene prisa porque ya lo ha encontrado.

Tomás se agachó. Acercó la linterna hasta que la luz llegó

bien al punto. El hilo era oscuro. No el transparente del agua de filtración limpia, que en granito es normal después de un deshielo fuerte y no significa nada por sí solo. Este tenía color: pardo, tirando a ocre, con algo en suspensión que la luz de la linterna volvía visible como una nube pequeña disolviéndose en el charco que se formaba al pie del muro.

Barro.

El agua que salía por esa junta traía barro del interior.

Tomás puso dos dedos debajo del hilo y los sostuvo ahí un momento. Cuando los apartó, tenía en las yemas una película de sedimento fino, parduzco, que olía a tierra húmeda y a algo más mineral que no supo nombrar bien pero que reconoció: era el olor del interior de las celdas, el material que llevaba doce años encerrado entre los muros de granito.

Sin contacto con el agua hasta ahora.

Se quedó quieto en cuclillas con los dedos sucios y la linterna en la mano derecha, mirando el hilo. Los conductos de drenaje. Hacía semanas que no escuchaba el ruido de los cubos contra el fondo de piedra de los puntos de drenaje. El ruido que uno aprende a esperar y que cuando deja de llegar tarda días en darse cuenta de que falta, porque los ruidos que siempre están son los más difíciles de notar cuando desaparecen.

No estaban vaciando los conductos. Llevaban semanas sin hacerlo.

Lo sabía de la misma manera en que sabía cuándo una junta iba a ceder: sin haberlo pensado, sin haberlo calculado. La mano que nota algo antes de que haya palabras para decir qué

nota. El ruido que faltaba. El hilo de barro que no debería estar. El olor del interior de las celdas en el agua que salía por fuera.

El hilo seguía manando. Tomás lo miró durante un rato más, sin moverse.

Luego se limpió los dedos en el pantalón, abrió el cuadernillo y escribió con la letra grande y lenta que usaba cuando quería que no hubiera dudas sobre lo que decía:

filtr. activa sector central par. sur. agua con sedimento. drenaje sin revisar aprox. 3 semanas.

Cerró el cuadernillo. Apagó la linterna para ahorrar aceite en el camino de vuelta.

La oscuridad llegó de golpe y en ella el ruido del hilo era más audible: un sonido pequeño, continuo, que el río de fondo no tapaba del todo. Tomás lo escuchó un momento más en la oscuridad, de pie frente al muro que no podía ver pero cuyo peso notaba como se nota el peso de las cosas que están muy cerca aunque no se toquen.

Luego se dio la vuelta y empezó a subir el sendero hacia el poblado.

En la casa del ingeniero había luz todavía

XI. Lo que el Padre Sabía

Marzo de 1799

Carlos leyó la lista de bajas del lunes por la mañana, que el sobreestante Varela le dejaba siempre en la mesa antes del amanecer con la puntualidad de quien ha aprendido que las malas noticias sientan mejor cuanto más pronto se dan.

Veintidós nombres. Los fue leyendo de arriba abajo con el lápiz en la mano, marcando los que podía sustituir con presidiarios y los que no. Había una categoría que no podía sustituirse: los que mantenían los canales de desagüe del interior de la presa, los que tres veces por semana bajaban a los puntos de drenaje con los badiles y los cubos y sacaban los sedimentos que el agua arrastraba y que, si no se sacaban, obturaban el canal y hacían que el agua que debía salir hacia afuera se quedara dentro.

Esos hombres cobraban jornal libre. Podían marcharse. Cuatro de los veintidós ya se habían marchado.

Abrió el cuaderno de campo. Bajo la entrada del 2 de diciembre anotó: *Drenaje interior: brigada reducida a 2 hombres. Pendiente reposición. Prioridad: media-alta.* Luego lo cerró. Fue hasta la ventana. El camino que bajaba al tajo estaba vacío a esa hora, cubierto de una helada fina que lo ponía blanco desde la casa del ingeniero hasta el pie del muro. Pensó en los sedimentos que nadie iba a sacar esta semana ni probablemente la siguiente, en el agua que en enero y febrero buscaría la salida y no la encontraría.

Tenía que ir a algún sitio.

Abrió el cuaderno de nuevo. Tachó *media-alta* . Escribió *alta* .

Era lo que podía hacer desde una ventana.

La caja de los papeles del padre llevaba tres años en el fondo

del armario, debajo de un capote de paño que Carlos ya no usaba. La sacó la noche del martes, después de cenar, cuando Manuel ya se había retirado y el poblado estaba en silencio salvo por el ruido del río. La sacó sin haberlo decidido del todo, que es la manera en que se hacen las cosas que uno lleva tiempo sabiendo que tiene que hacer y para las que no existe el momento adecuado.

La caja era de madera de nogal, con las iniciales del padre grabadas en la tapa: C.L. Siempre cerrada con el mismo cerrojo de latón que Carlos nunca había pedido permiso para abrir. El padre la había cerrado una última vez y la había entregado a Manuel, que se la había entregado a Carlos, que la había puesto en el fondo del armario con el capote encima.

Abrió el cerrojo. El interior olía a papel viejo y a algo más difícil de definir: el olor de una persona que ya no existe pero que dejó rastro en el papel que usó, en la tinta que eligió, en la presión distinta con que cada persona dobla sus cartas.

Los papeles estaban en orden. Eso era propio del padre. Había cartas recibidas atadas con cinta roja, copias de cartas enviadas en papel más delgado, libros de cuentas de los primeros años de obra, y un plano pequeño doblado cuatro veces que Carlos reconoció como el primer boceto del sistema de celdas, dibujado a mano alzada con una precisión que seguía siendo admirable.

Las cartas recibidas eran en su mayoría administrativas. Había algunas de Cabarrús, escritas con la caligrafía redonda y enérgica que Carlos conocía bien, llenas de ese optimismo militante que era el signo característico del fundador del

Banco incluso en los peores momentos. Cabarrús prometiendo fondos, el Consejo aprobando fases, el Rey encontrando admirables los planos. El mismo hombre que en 1790 estaba preso en el castillo de Batres. Su nombre seguía cargado. El proyecto del canal seguía cargado con él. Lo que era valor se había convertido en deuda, lo que era fortaleza en lastre.

Carlos dejó las cartas de Cabarrús sobre la mesa. Metió la mano hasta el fondo de la caja.

Encontró la carta cuando llevaba casi dos horas leyendo, con la lámpara bajando de nivel y el frío de la madrugada instalado ya en la habitación.

Estaba en el fondo, debajo de un pliego de cuentas, doblada en cuatro. No tenía sello, no tenía firma visible desde fuera. Carlos la desdobló.

Era una carta dirigida al Marqués de Floridablanca, fechada el 10 de marzo de 1785.

El padre había muerto el 12. Dos días después.

La letra era la del padre, pero con algo diferente: la presión era más desigual de lo habitual, como si la mano hubiera temblado en algunos momentos y en otros hubiera apretado con una fuerza excesiva. Pasados los dos primeros párrafos de protocolo el tono cambiaba. El padre describía, con la precisión de un ingeniero que se niega a ser vago incluso cuando habla de lo que le está destrozando, las presiones recibidas en los últimos meses para abandonar el proyecto o ceder la dirección técnica a alguien de la Academia de San Fernando. No lo llamaba presiones: lo llamaba *un consejo sistemático y reiterado que nunca asumía la forma de una*

amenaza directa sino la de una suma de incomodidades que se iban acumulando hasta hacer el trabajo casi imposible . Calculaba que las dilaciones de los últimos dieciocho meses habían supuesto la pérdida de casi cuatro meses de trabajo efectivo en temporada seca.

El padre en 1785 describiendo exactamente el mismo mecanismo que Carlos seguía padeciendo en 1799. Catorce años y el mecanismo no había cambiado. Solo habían cambiado los nombres.

Mencionaba tres nombres. El primero era un consejero del Banco cuyo apellido Carlos no reconoció. El segundo era un arquitecto de la Real Academia cuya inicial era G y cuya letra siguiente estaba manchada por una gota de tinta. El tercero era el doctor Martín de Ariza, médico de los Reales Consejos.

Carlos leyó el nombre del médico dos veces.

El mismo nombre que Carlos había encontrado meses atrás en el certificado de defunción del padre, escrito con una letra impersonal y correcta en el espacio reservado al facultativo que había atestiguado el óbito. El médico que no reconoció entonces. El médico que el padre mencionaba como uno de los tres hombres que habían hecho su trabajo casi imposible. El hombre que atestiguó la muerte del mismo hombre que lo señalaba como su perseguidor dos días antes de morir.

Se quedó con el papel en las manos durante un tiempo que no supo medir. La lámpara chisporreteó. La carta no estaba terminada: el último párrafo se cortaba a mitad de una frase. No había firma. No había sello.

La carta nunca había salido de la caja.

Madrid, 26 de noviembre de 1785

La Iglesia de San Martín olía a cera de velas y a esa humedad particular de los edificios que llevan siglos absorbiendo el llanto de otros. Era de madrugada. La luz de los hachones de la nave hacía que las sombras de los presentes fueran más largas que sus cuerpos.

Eran él y Manuel y el capellán del regimiento y dos hombres del Banco de San Carlos a los que Carlos no había visto antes y que estaban allí con la discreción de quienes asisten a algo que prefieren no haber atendido. El padre había sido brigadier de los Reales Ejércitos. Eso era lo que había permitido que hubiera iglesia y capellán y hachones: el rango militar, el certificado del médico que hablaba de melancolía profunda y enajenación de las facultades. La palabra suicidio no aparecía en ningún papel. Lo que aparecía era *insuficiencia cardíaca sobrevenida* .

Manuel lloró. Carlos no. Carlos miró el ataúd.

El capellán terminó las oraciones. Los hombres del Banco se fueron los primeros, sin decir nada. Manuel siguió llorando en silencio, con esa manera suya de llorar que no pedía consuelo. Carlos se quedó de pie hasta que los sacristanes empezaron a apagar los hachones uno a uno, dejando la nave en una oscuridad que avanzaba desde los extremos hacia el centro.

Salió a la calle antes de que llegara la oscuridad completa.

Carlos se levantó. Llevó la lámpara al centro de la mesa y estuvo de pie frente a ella sosteniendo la carta con las dos manos.

Lo fue calculando: si la conservaba, era un flanco expuesto.

No porque la carta probara nada que un tribunal pudiera usar —el padre no había descrito crímenes sino presiones, y las presiones no son crímenes aunque sus consecuencias lo sean —, sino porque si alguien la encontraba, la existencia de esa carta lo convertiría en un hombre que guardaba acusaciones contra personas con poder. Y si la usaba: una investigación, un expediente, meses o años de parálisis mientras el Consejo deliberaba sobre algo que los acusados negarían con la misma calma con que Gaver había sostenido la sonrisa en el pasillo del Banco. Y mientras tanto el mortero no fraguaría y las hiladas no se pondrían y el muro se quedaría a cincuenta y tres metros.

Era un cálculo frío. Lo sabía. Lo hacía de todos modos porque era el único cálculo honesto que podía hacer.

Antes de acercar el papel a la llama pensó en la palabra aparentemente.

Pensó en el padre escribiendo esta carta dos días antes de morir. No en un arrebato: con la letra apretada de siempre, con la precisión del hombre que describe lo que ve aunque lo que ve le esté destrozando. Nombrando a Ariza. Nombrando la G borrada por la tinta. Calculando los meses perdidos con la misma exactitud con que calculaba la presión hidrostática en la base de un muro. Una carta que no había salido de la caja. Que el padre había guardado, no había enviado, no había destruido.

Carlos miró las iniciales grabadas en la tapa: C.L.

El padre no la había quemado. Había cerrado el cerrojo y había entregado la caja a Manuel y Manuel se la había

entregado a él. La carta sin terminar, sin firma, sin sello. Un nombre escrito con la letra del hombre que dos días después aparecería en el certificado de defunción. El padre lo había sabido. Y había guardado el papel en lugar de quemarlo.

Carlos no terminó el pensamiento. Tenía el borde de la carta cerca de la llama.

Carlos lo sabía. Ya lo sabía.

Y lo que sabía también, con la misma frialdad con que conocía los números del paramento sur, era que saber no bastaba. Que un nombre en una carta sin firma no abría ningún expediente. Que aunque lo abriera, el expediente tardaría años en resolverse, años en que el muro se quedaría en cincuenta y tres metros, y el mortero del invierno seguiría sin fraguar, y Gaver seguiría en Madrid construyendo el argumento que lo destruiría.

En cuántos martes llevaba sin subir al muro. En el sobreestante Varela que en diciembre le había dicho que el mortero de noviembre tenía aspecto extraño y al que él había respondido que lo revisaría mañana. En las semanas de enero pasadas rastreando el nombre de Ariza en los índices de actas del Banco mientras afuera el frío hacía exactamente lo que el frío hace con el mortero recién puesto en junta abierta: entrar, quedarse, ensanchar desde dentro.

Eso era lo que la carta le había costado. No el riesgo político de conservarla. El tiempo. Los martes sin subir al muro. Los meses en que la pregunta del padre había ocupado el espacio que necesitaban los números del hijo.

El padre le había dicho: si alguna vez dudas, vuelve a los

números.

Carlos no había vuelto a los números del paramento sur en tres meses.

Acercó el borde de la carta a la llama.

El papel prendió despacio, como prende el papel viejo y seco que ha estado guardado mucho tiempo: con una línea de fuego que avanzaba desde el borde hacia el interior, oscureciendo primero y consumiendo después cada línea de la letra del padre. Carlos sostuvo el papel ardiendo hasta que el calor llegó a sus dedos, y entonces lo soltó sobre el platillo de hojalata que usaba para la cera de sellar, y vio cómo los últimos centímetros se consumían solos.

No sintió alivio. No sintió culpa. Sintió la misma frialdad con que había mirado el hoyo en el cementerio de Madrid catorce años atrás.

Recogió las cenizas del platillo con la palma de la mano y las tiró por la ventana.

Volvió a la mesa. Guardó el resto de los papeles en la caja con el mismo orden en que los había encontrado: primero las cuentas, luego las cartas recibidas, luego las copias de las cartas enviadas, encima el plano pequeño doblado en cuatro. Cerró el cerrojo. Se quedó mirando las iniciales grabadas en la tapa: C.L.

Las mismas iniciales que él tenía.

Abrió el cuaderno de trabajo en la página del día. Escribió la fecha, la temperatura, las incidencias del turno de noche. Cuando terminó el parte, añadió en el margen: *Inspección*

completa del paramento sur a primera hora.

Luego apagó la lámpara.

XII. La Inspección

Abril de 1799

———

Llegaron un miércoles por la mañana, cuando el sol todavía no había superado la cresta del cerro del este y la obra entera estaba en sombra. Carlos los oyó antes de verlos: el ruido de tres caballos en el camino de bajada desde el puerto, que en la garganta suena antes de que los jinetes aparezcan porque el granito devuelve el sonido antes de devolver la imagen.

Los vio venir desde la puerta de la casa del ingeniero. Gaver iba delante, con el mismo sombrero de ala ancha que Carlos le había visto en el pasillo del Banco dos meses atrás y la misma levita oscura, aunque ahora llevaba encima una capa de viaje que el polvo del camino había griseado en los bordes. Detrás venían dos hombres más jóvenes: uno con el aspecto de técnico de academia —cartera plana, esa manera de mirar el entorno que tienen los que siempre están midiendo algo— y otro que era claramente el escribano, con un fajo de papeles ya atados y una pluma sujeta al bolsillo de la casaca como si no pudiera desprenderse de ella ni a caballo.

Carlos salió a recibirlos. Era lo correcto. No hacerlo habría sido una descortesía que Gaver habría anotado, no en el papel, sino en esa parte de su memoria donde guardaba los

argumentos que no necesitaba usar todavía.

—Don Fernando —dijo Carlos, cuando los caballos se detuvieron—. Han tenido buen viaje.

—Pasable, don Carlos. La sierra en abril es hermosa y el camino es lo que es.

Se saludaron con una corrección que no incluía ninguna calidez. Era la misma corrección del pasillo del Banco, como si los dos meses transcurridos no hubieran cambiado la posición que cada uno ocupaba en aquel asunto.

Carlos les mostró la casa donde dormirían, les presentó a Manuel, que apareció con su cara de ocasiones formales: cortés, reservada, absolutamente impenetrable. Les ofreció café y pan. Gaver bebió el café de pie, mirando por la ventana del comedor hacia el tajo, con esa manera suya de mirar los lugares como si ya los estuviera evaluando antes de haber preguntado nada.

—¿Empezamos esta tarde? —preguntó Gaver, sin apartar los ojos del tajo.

—Cuando ustedes dispongan —dijo Carlos.

El camino desde Madrid había sido de seis horas. Gaver las había usado.

Había pensado en la guerra. En el Café del Príncipe se hablaba de flotas y de batallas navales y de lo que costaba ahora el chocolate, que venía de América en barcos que ya no llegaban. La guerra no se libraba en la sierra. Pero la sierra la pagaba, como pagaba todo lo demás.

En ese contexto —el Banco sin fondos, el reino en guerra, los

galeones cortados— el Canal de Guadarrama seguía aquí, a cuarenta y tres kilómetros de Madrid, reclamando su parte de un erario que ya no tenía partes que dar. Un canal para el que el Atlántico llevaba tres años ocupado en otra cosa.

Para Gaver era aritmética. Los recursos del Estado tenían un límite. El arte de la gestión pública consistía en decidir qué se financiaba y qué no. Y esa decisión, en 1799, ya no era difícil de tomar.

Lo que hacía difícil este viaje era que tendría que ver la obra antes de escribir el informe. Y ver la obra era siempre lo más incómodo, porque la obra era admirable. Eso lo sabía desde 1796, cuando había subido solo a la corona aquella tarde de otoño y había mirado el valle durante veinte minutos sin escribir nada. La obra era admirable y él tendría que escribir que no lo era. Eso no era fácil. Pero tampoco era imposible. Solo requería precisión en el lenguaje.

La primera jornada de inspección empezó a las tres de la tarde y duró hasta que la luz dejó de ser suficiente para trabajar con seguridad en el andamiaje. Gaver caminó despacio por el paramento norte, con el técnico a su lado tomando medidas y el escribano tres pasos atrás anotando lo que el técnico decía en voz alta. Carlos los siguió. No habló salvo cuando le preguntaron.

Las preguntas de Gaver eran técnicas y precisas. Preguntó por el mortero: qué proporción de cal y arena, qué temperatura de fraguado, cuántas hiladas por campaña en condiciones normales. Carlos respondió con las mismas cifras que llevaba doce años memorizando: una parte de cal por dos y media de

arena limpia, temperatura mínima de fraguado de cinco grados, entre doce y dieciséis hiladas por campaña según la temporada. Gaver escuchó cada respuesta con la atención de quien ya sabe la respuesta y está verificando que el interrogado la conoce también.

Preguntó por los muros transversales. Carlos le mostró los cinco tramos que dividían el cuerpo de la presa en celdas, le explicó la función de cada uno, le señaló los puntos de refuerzo añadidos en la campaña anterior para compensar el asentamiento diferencial del relleno en el interior. Gaver los miró uno a uno. Pasó la mano por las juntas. No dijo nada.

Preguntó por el paramento sur. Carlos lo llevó hasta el extremo del andamiaje desde donde era mejor visible, a unos cuarenta metros de altura sobre el cauce. El paramento sur estaba en sombra a esa hora, pero cuando el técnico apuntó su instrumento y Gaver se inclinó ligeramente para mirar en la misma dirección, Carlos pudo ver lo que Gaver estaba viendo: la humedad en tres puntos de la superficie, ese oscurecimiento del granito que llevaba semanas y que Carlos había anotado en el cuaderno como objeto de inspección prioritaria.

—¿Filtraciones? —preguntó Gaver.

—Humedad de temporada —dijo Carlos—. El granito absorbe y suelta según la temperatura. Lo hemos registrado desde enero. No hay progresión.

Gaver asintió. El técnico anotó algo.

Cuando volvieron a la casa al anochecer, Gaver pidió los libros de obra de las últimas tres campañas. Carlos los tenía preparados desde que había llegado la carta de Montoya

anunciando la inspección: los libros de mezcla, los partes de los sobreestantes, las fichas de colocación de sillares con las cotas y las temperaturas. Gaver los revisó durante dos horas en el comedor, solo, mientras Carlos y Manuel esperaban en el despacho sin hablar apenas.

A las diez de la noche, Gaver cerró el último libro y dijo buenas noches.

—¿Tiene alguna pregunta antes de retirarse? —preguntó Carlos.

—Mañana —dijo Gaver.

El segundo día fue más lento. Gaver descendió al cauce del río antes del amanecer, solo, sin el técnico y sin el escribano. Quería ver la base de la presa desde abajo: la relación del muro con el lecho de roca, la manera en que los sillares de base se apoyaban en el granito natural de la garganta, la humedad que venía desde el suelo hacia arriba por capilaridad.

Lo que vio desde el cauce confirmó lo que había visto desde arriba y lo que había leído en los libros de obra. La base era sólida. El apoyo sobre la roca madre era correcto. Los sillares de los primeros metros estaban bien trabados, con las juntas llenas de mortero que había fraguado con el tiempo suficiente. La obra, desde abajo y en sus fundamentos, era exactamente lo que los planos decían que era.

Subió de vuelta al poblado antes de que los obreros llegaran al tajo. Desayunó en silencio. Su ayudante le preguntó qué había encontrado.

—Continúe con las mediciones del paramento sur —dijo

Gaver—. Quiero el espesor de cada hilada desde la cota veinte hasta la treinta y cinco.

La segunda jornada fue la de las preguntas incómodas. Gaver no las formulaba de manera hostil —las formulaba con la misma cortesía precisa de siempre, que era más difícil de manejar que la hostilidad—. Preguntó por el sistema de drenaje de las celdas interiores. Carlos explicó el diseño: los conductos de evacuación en la base de cada celda, el canal perimetral que recogía el agua antes de que llegara al paramento exterior. Gaver escuchó, pidió que le enseñaran los conductos. Carlos le mostró tres de los cinco. Los otros dos estaban en zonas de andamiaje que no era seguro visitar ese día porque los sobreestantes habían detectado una viga floja.

—¿Cuándo se revisará? —preguntó Gaver.

—Mañana o pasado —dijo Carlos.

Gaver anotó algo en su propio cuadernillo, no en el del escribano. Carlos vio el gesto y no dijo nada.

Al mediodía pasaron junto al grupo de canteros que trabajaba en la hilada cuarenta y ocho del paramento norte. Tomás Nates estaba al frente, con el mazo y el cincel, terminando de ajustar un sillar que Carlos reconoció por la marca de la cantera: granito de La Cabrera. Gaver se detuvo a observarlo un momento.

—Sus canteros saben lo que hacen —dijo.

Era la primera frase que Gaver pronunciaba sin una pregunta detrás. Carlos no respondió. Que sí, que Tomás Nates era el mejor cantero de la sierra. Que ese saber no aparecía en ningún informe de la Academia de San Fernando. Lo pensó.

No lo dijo.

Esa noche, cuando los técnicos ya dormían y el poblado estaba en silencio, Gaver tomó una lámpara y subió a la corona.

Lo había hecho una vez antes, en 1796, y había bajado sin escribir nada. Ahora sabía por qué había subido entonces. Tardó tres años en entenderlo, pero lo entendía.

El sendero en zigzag tardaba unos cuarenta minutos. A las once de la noche la oscuridad de la garganta era completa entre relámpago y relámpago de la lámpara, y el viento de la sierra bajaba frío desde el puerto, y Gaver subió despacio, con la mano rozando la pared de roca, sin apresurarse. En la coronación, a cincuenta y tres metros sobre el cauce, el viento soplaba con más fuerza y la llama parpadeó varias veces antes de estabilizarse. Gaver la protegió con la palma. Cuando estuvo segura, la levantó.

El muro debajo de él tenía cuatro metros de ancho en la coronación. La mampostería de los últimos años era más clara que la de los primeros: el granito más viejo se había oscurecido con el tiempo y el musgo y la humedad, y el contraste entre las hiladas antiguas y las nuevas trazaba una línea visible incluso de noche, una especie de frontera entre lo que el padre había empezado y lo que el hijo había continuado. Gaver miró esa línea durante un momento.

Luego apagó la lámpara.

No por razón calculada. Simplemente la apagó, porque había algo en la idea de mirar esto con la luz que él mismo llevaba que le pareció, en ese momento preciso, incorrecto.

La oscuridad tardó unos segundos en instalarse. Luego sus ojos

se acostumbraron y el muro apareció: el granito gris bajo la luna escasa, el perfil de la coronación contra el cielo donde aún quedaban estrellas entre las nubes, el valle abajo con el río sonando. Cincuenta y tres metros. Cuarenta que faltaban. La altura a la que llegaría si alguien lo dejaba terminar, que era la única condición que el muro había necesitado siempre y la única que nunca se había cumplido del todo.

Era una obra extraordinaria. Lo pensó sin preámbulo, sin la distancia habitual con que examinaba las cosas, y eso le produjo una incomodidad que reconoció como la variedad de incomodidad que produce la verdad cuando llega antes de que uno haya decidido qué hacer con ella. Un muro de cincuenta y tres metros construido en una garganta de granito, con mano de obra prestada y fondos interrumpidos y dos hombres que llevaban doce años sosteniéndolo con el único argumento de que su padre había empezado. Si se terminaba, sería la presa más alta del mundo. Gaver conocía las grandes obras hidráulicas europeas —las había estudiado, las había visitado, había redactado dictámenes sobre ellas— y sabía que esto, terminado, no habría tenido comparación. También sabía que no se iba a terminar.

Puso la mano en la mampostería.

No era un gesto que hubiera planificado. Lo hizo y ya estaba hecho. La piedra estaba fría y ligeramente húmeda, igual que cualquier granito de sierra en abril, y era exactamente lo que era: piedra. No hablaba. No acusaba. Simplemente estaba, con esa indiferencia de los materiales ante los propósitos humanos que Gaver había aprendido a respetar en treinta años de inspecciones. Lo que el hombre construye, la piedra lo acepta

sin opinión.

Retiró la mano.

El problema nunca había sido los materiales. Eso lo sabía desde la primera inspección. El problema era que los materiales habían sido colocados por hombres que dependían de fondos que dependían de ministros que dependían de guerras que no tenían ninguna relación con la presión hidrostática a cincuenta metros de altura. Y esa cadena de dependencias era lo que hacía que el muro fuera correcto e imposible al mismo tiempo, que la obra fuera admirable y condenada desde antes de ponerse la primera piedra. No por mala fe de nadie en particular. Por la acumulación de contextos que ningún ingeniero, por bueno que fuera, podía calcular en un plano de sección transversal.

Gaver sabía exactamente lo que iba a escribir en su informe. Lo sabía desde Madrid, antes del viaje. Las palabras ya estaban formadas —ambición técnica desproporcionada a los medios disponibles, condiciones de ejecución comprometidas por la inestabilidad financiera— y eran palabras verdaderas. Tan verdaderas como las otras que no iba a escribir.

Lo que no había previsto era esto: estar de pie en la coronación de noche, con la mano todavía fría de tocar la piedra, y sentir que las palabras verdaderas que iba a escribir y las palabras verdaderas que no iba a escribir pesaban exactamente lo mismo. Eso no era lo habitual. Lo habitual, en veintisiete años de informes, era que el peso se distribuyera de manera que hacer lo correcto resultara más fácil de sostener que no hacerlo.

Esta vez no era así.

Se quedó quieto un momento más.

El río sonaba abajo, en el fondo de la garganta, con ese sonido que no cambia con las estaciones porque el río no sabe de estaciones, solo de caudal. Gaver pensó en el padre de estos hombres, que había venido aquí en 1783 a poner la mano en el agua y había dicho aquí. Lo sabía de los expedientes. Era el tipo de detalle que los expedientes nunca incluyen y que sin embargo existe, porque alguien siempre lo recuerda y lo escribe en algún sitio. Un hombre que metió la mano en un río frío de marzo y señaló el punto exacto donde podía domarse. Con esa certeza. Con esa sencillez.

Y había muerto antes de ver la primera piedra.

Gaver recogió la lámpara. La reencendió. La llama volvió pequeña y estable, y la oscuridad retrocedió.

Bajó por el sendero en zigzag con la misma calma con que había subido. La calma de siempre: el paso medido, la mano en la pared en los tramos resbaladizos, la respiración regular. Era la calma que había aprendido a usar como instrumento de trabajo, igual que usaba el cuadernillo y la pluma. No porque no sintiera nada, sino porque sentir y hacer son órdenes de cosas distintas, y confundirlos era el error que cometían los hombres que no terminaban sus informes.

Su ayudante le esperaba en la base, con el capote echado por los hombros.

—¿Qué ha visto, señor? —preguntó.

Gaver miró hacia arriba, hacia la línea negra de la coronación

contra el cielo.

—Lo suficiente —dijo.

Al día siguiente, Gaver desayunó temprano y pidió que ensillaran los caballos. Carlos lo vio desde la ventana del despacho: el técnico enrollando sus planos, el escribano revisando sus papeles, Gaver de pie en el patio con las manos a la espalda mirando la presa una última vez.

Carlos bajó al patio.

—¿Cuándo tendremos el informe? —preguntó.

—En su momento, don Carlos. Estas cosas requieren tiempo.

—¿Días? ¿Semanas?

—El tiempo que requieran.

Carlos sostuvo la mirada. Había querido preguntar qué había visto en la corona la noche anterior, porque el sobreestante de guardia lo había visto subir con la lámpara. No dijo nada porque Gaver ya lo sabía, y lo único que los separaba no era la información.

—¿Ha visto lo que necesitaba ver? —preguntó Carlos.

Gaver lo miró un momento con esa serenidad suya que no era calma sino algo más frío y más definitivo.

—Sí —dijo.

Montó a caballo. Carlos los vio alejarse por el cami. Se quedó en el patio hasta que dejó de oírse el ruido de los cascos.

Manuel apareció a su lado.

—¿Qué crees que ha decidido? —preguntó Manuel.

Carlos miró el paramento norte, limpio y recto, con las hiladas

nuevas brillando un poco más que las viejas en el sol de abril.

—No lo sé —dijo Carlos.

Eso era la verdad. Y la verdad, en ese momento, era lo más difícil de soportar.

La carta de Manuel llegó tres días después de que Gaver partiera hacia Madrid.

No era una carta larga. La primera parte era administrativa: el estado de los contratos con los caleros de Colmenar para la campaña de mayo, un problema con un arriero de Galapagar que reclamaba el pago de dos portes que Carlos no recordaba haber autorizado, la confirmación de que el aparejador Herrera volvía al Gasco la semana siguiente tras su enfermedad de invierno. Carlos leyó esa parte despacio y fue anotando en el cuaderno lo que requería respuesta.

La segunda parte empezaba con un párrafo que Manuel había separado del resto con una raya horizontal.

He preguntado sobre el nombre que dejaste anotado en diciembre. No fue fácil encontrar a alguien que quisiera hablar. El hombre a quien pregunté —no voy a escribir quién es porque hay cosas que no conviene que viajen en carta— me dijo que el doctor Ariza sigue en ejercicio. No en los Reales Consejos: fue apartado de ese cargo en el noventa y cuatro, cuando cayó Aranda, con quien tenía amistad declarada. Pero ejerce. Tiene clientela en el barrio de las Descalzas. Y según mi interlocutor, su nombre vuelve a aparecer en conversaciones relacionadas con el Banco desde el año pasado.

Carlos leyó el párrafo dos veces. Luego lo leyó una tercera buscando la manera de que significara algo distinto de lo que

significaba. No la encontró.

Manuel continuaba:

No sé qué hacer con esto. Supongo que tú tampoco. Te lo digo porque lo pregunté, tú me lo pediste y porque creo que debes saberlo, aunque saberlo ahora, con la inspección recién terminada y los fondos todavía retenidos, no mejora nada. Solo añade peso. Pero las cosas que pesan no desaparecen si uno no las mira.

Carlos dobló la carta. La guardó en el cajón de los papeles sin terminar, encima del borrador de la carta a su mujer que llevaba semanas sin enviar.

Se quedó de pie junto a la mesa un momento. Afuera el tajo empezaba a llenarse con el ruido del turno de la mañana: el martillo sobre el granito, la artesa que arrastraban dos hombres por el camino de bajada, alguien que silbaba una tonadilla que Carlos reconoció sin saber de dónde. Los sonidos de siempre.

Abrió el cuaderno.

La anotación de diciembre seguía ahí, con su raya horizontal debajo:

Ariza, M. Médico. Cert. def. padre, 25/XI/1785. Actas BNC: 1787, 1790, 1793. Verificar.

Debajo de la raya, con la fecha de ese día, añadió tres palabras:

Activo. Banco, 1798.

Se quedó mirando la anotación un momento. Cuatro entradas. Cuatro fechas. El nombre de un hombre que había estado en el origen de todo y que seguía estando, como los sistemas de

celdas del muro: invisible desde afuera, operando desde dentro, haciendo su trabajo sin que nadie tuviera que dar ninguna orden explícita. Solo su nombre en los índices, en los actas, en las conversaciones que los interlocutores de Manuel no querían que viajaran en carta.

Carlos trazó una raya horizontal debajo de las tres palabras. La misma raya que había trazado en diciembre: la raya que en su cuaderno significaba que un asunto estaba anotado, registrado, y cerrado. No resuelto. Cerrado.

Era distinto. El padre lo sabía. Carlos también.

Cerró el cuaderno.

Salió al tajo. Tomás Nates estaba en la hilada cuarenta y ocho ajustando un sillar con el mazo. Carlos lo miró trabajar un momento desde el camino, sin que Nates lo viera todavía. Era la mejor parte del día: la obra como pura física, granito sobre granito, el ruido del mazo limpio en el aire de abril.

Luego bajó y el día empezó.

XIII. El Cuaderno

Abril de 1799

El cuaderno era de piel de becerro, negro, con el lomo cosido a mano en hilo encerado. Gaver lo había comprado en una papelería de la calle Montera, el mismo año en que había pedido la primera inspección del Canal de Guadarrama al Consejo de Castilla. Llevaba cinco años sin llenarlo del todo

porque Gaver no era de los que escriben para alivio propio: escribía para recordar con precisión lo que había visto, y lo que había visto en cinco años era suficiente para llenar cuarenta folios de letra apretada. El cuaderno tenía treinta y siete.

Estaba sentado en el escritorio del estudio, de espaldas a la ventana que daba a la plaza, con la lámpara encendida aunque fuera todavía era de día. La luz del estudio de Gaver no dependía del sol: dependía de lo que hubiera que leer.

Los libros de obra que Lemaur le había entregado en el Gasco estaban apilados a su izquierda. Tres campañas. Cuatrocientas y pico páginas de anotaciones: temperatura al momento del fraguado, proporción de la mezcla, cotas de colocación, partes de incidencia de los sobreestantes. Los había leído en el viaje de vuelta, en la posada de Torrelodones mientras los caballos descansaban, en el coche de postas los últimos dos tercios del camino hasta que la luz había dejado de bastar. Los había leído como se leen los documentos que importan: en diagonal primero para saber qué hay, y luego página a página buscando la diferencia entre lo que dicen y lo que significan.

Eran documentos correctos. Eso era lo primero que había que anotar y lo que más le costaba escribir, aunque no le costara pensarlo.

Abrió el cuaderno en la página treinta y ocho. Escribió la fecha y la ubicación con su caligrafía sin márgenes, apretada, que ocupaba el espacio como si el papel fuera un recurso escaso que no podía desperdiciarse.

Libros de obra, Canal de Guadarrama. Campañas 1796–1798.

Revisados en tránsito, Torrelodones–Madrid.

Proporción de mezcla: correcta. Una parte cal, dos y media arena limpia de río, sin limo visible en las muestras. Temperatura de fraguado registrada: conforme con las condiciones mínimas de cada jornada, con suspensiones correctas en los períodos de helada. La documentación del sobreestante Varela es particularmente sistemática: registra temperatura horaria en las tres cotas superiores, más de lo que exige el protocolo.

Paró. Releyó lo que había escrito. Era verdad.

Humedad en paramento sur: zonas A, C y F de la cuadrícula del técnico Herrera. Oscurecimiento del granito coherente con filtración de temporada. Sin progresión medible entre la visita de febrero y la de abril según los registros propios de la obra. Lemaur lo llamó humedad de temporada. Probablemente tiene razón.

Probablemente. Eso era lo que el cuaderno decía. El cuaderno no tenía que presentarse ante nadie.

Siguió escribiendo.

Juicio sobre el estado de la obra:

Escribió eso y paró un momento.

Sabía perfectamente lo que iba a escribir. Tardó porque escribirlo era fijarlo, y lo fijado en ese cuaderno era lo que Gaver pensaba sin audiencia. Esa era la diferencia entre el cuaderno y el informe.

La obra es sólida en sus fundamentos. El sistema de celdas es una solución inteligente para el problema de la presión hidrostática en un muro de esta altura: distribuye la carga sin depender de la homogeneidad de un núcleo macizo, que en una garganta de

granito con variaciones geológicas locales habría sido un riesgo mayor. El padre Lemaur lo diseñó bien. El hijo lo está ejecutando con la misma precisión.

Lo que la obra no puede resolver es el tiempo. Ni el de las estaciones, que limita el fraguado y obliga a parar cuando hay que parar, ni el otro: el que miden los Vales Reales y los fondos del Banco y las guerras con Inglaterra. La obra es un argumento de cincuenta y tres metros de granito. El argumento contrario es que España no tiene dinero para escuchar argumentos en este momento, por bien construidos que estén.

Gaver levantó la pluma. Miró lo que había escrito. Luego miró las tres páginas anteriores que describían los libros de obra, y las dos que describían la visita al tajo, y el párrafo breve que había escrito a su vuelta sobre la subida nocturna a la corona:

Vista desde la coronación: el paramento norte intacto hasta la hilada cuarenta y ocho. Muro sólido. Cuarenta metros que faltan. No los verá nadie.

Cerró el cuaderno. Lo dejó sobre la mesa, con la palma de la mano encima un momento.

Luego lo guardó en el cajón de la izquierda.

Sacó papel limpio. Puso la pluma en el tintero.

El informe para el Banco era otro documento. Requería otro tipo de exactitud.

XIV. Lo que Cuesta el Silencio

Abril de 1799

———————————————————

Tomás no dormía bien desde enero. Desde que marcó las grietas con la raya de cal y se fue a casa del ingeniero y habló con Manuel y supo, mientras miraba los ojos de Manuel, que esas palabras no iban a llegar a ningún sitio. Doce años en la obra le habían enseñado a leer los silencios casi tan bien como el mortero: ambos tienen consistencia, ambos fraguan o no fraguan, y cuando no fraguan se nota antes de que nadie lo diga en voz alta.

En abril la grieta más larga medía ya tres palmos. No era la misma raya de cal que había trazado en enero: era más ancha, más profunda, con los bordes algo desmenuzados hacia el interior como cuando el granito cede en seco y la fractura avanza en lugar de detenerse. La grieta iba desde la junta entre la hilada treinta y dos y la treinta y tres, en diagonal, hacia el paramento exterior del muro transversal, con una orientación que Tomás reconoció como la de las grietas de sobrecarga lateral: inclinada a cuarenta y cinco grados aproximadamente, el ángulo en que el granito cedía cuando la presión venía de lado en lugar de venir de arriba. Había visto ese tipo de grieta antes, en una pared de carga en Traslasierra que había reparado antes de llegar al Gasco. La casa no se había caído. Pero había que actuar antes de la temporada de lluvias.

La había revisado tres veces en las últimas dos semanas. La primera vez pensó que se equivocaba. La segunda ya no pensó nada: simplemente midió y anotó en el pedazo de papel que

llevaba en el bolsillo del mandil, que no era el cuaderno del sobreestante ni el del ingeniero sino su propio papel, el que compraba con lo que le sobraba del jornal cuando sobraba algo.

La tercera vez que fue a medirla llevó a El Gato.

—¿Lo ves? —le dijo.

El Gato se agachó junto a la grieta, pasó el dedo por dentro con mucho cuidado, como hacen los médicos cuando no quieren encontrar lo que están buscando, y sacó el dedo con un poco de polvo gris en la yema.

—¿Cuánto ha crecido desde enero?

—Dos dedos en anchura. En profundidad no sé. No tengo instrumento para medirlo.

El Gato se incorporó y miró el muro hacia arriba, hasta donde el andamiaje dejaba de permitir la vista. Hizo ese ruido con la nariz que hacía cuando calculaba algo sin querer calcularlo.

—¿Has hablado con el ingeniero?

—Con Manuel. En enero. Me dijo que lo trasladaría.

—¿Y lo trasladó?

Tomás no respondió, que era la respuesta.

La noche del martes, ya tarde, El Gato vino a buscarle al barracón de los canteros libres. Era raro que viniera a esa hora, porque El Gato tenía sus horarios y sus territorios y los respetaba con la disciplina de alguien que sabe que mezclarse donde no le corresponde es una manera rápida de perder los privilegios ganados a base de ser útil en el lugar adecuado. Que viniera al barracón de noche significaba que traía algo

que no podía esperar al día siguiente.

Tomás salió al fresco de la noche. El cielo estaba despejado y la sierra tenía esa oscuridad limpia de las noches de abril que no es la oscuridad del invierno sino otra cosa, como si la piedra guardara un poco del calor del día y lo fuera soltando de a poco hasta el amanecer.

—¿Qué hay?

El Gato no respondió de inmediato. Miró hacia los barracones de los soldados, en silencio salvo por el ronquido de alguno. Luego habló en voz baja.

—Hay un penado nuevo, llegó la semana pasada de Madrid. Condenado por robo en casa habitada, cuatro años. Trabajó antes en los arsenales de Cádiz, así que sabe leer y escribe regular. —Pausa—. Dice que antes de salir de Madrid oyó a dos funcionarios del Consejo hablar en la antesala donde le estaban procesando los papeles. No les prestó atención al principio porque tenía sus propios problemas, pero hay frases que se quedan aunque no quieras quedártelas.

—¿Qué oyó?

—Que venían órdenes para el Gasco. —El Gato hablaba despacio, como si midiera cada palabra—. Antes del verano. No supo el contenido, solo el tono. Dijo que el tono era el de los hombres que ya han decidido y están haciendo los trámites. Y que uno de los funcionarios mencionó un nombre: Gaver. Así, solo el apellido, como el de alguien cuya opinión ya se conoce de antemano y no necesita explicación.

Tomás estuvo un rato callado mirando la oscuridad del tajo.

—¿Los trámites de qué?

—No lo sabe. Pero dijo algo más: que uno de los dos funcionarios dijo que era una lástima porque la obra era hermosa. Y el otro respondió que las obras hermosas no pagan los intereses.

Una lástima. La obra era hermosa. La manera en que alguien que nunca ha estado aquí puede resumir doce años de granito y mortero y cadenas y jornales en una frase sin darse cuenta de lo que está resumiendo.

—¿Por qué me lo dices a mí?

El Gato le miró con esa expresión que tenía cuando la pregunta le parecía obvia pero no quería decirlo.

—Porque si las órdenes de Madrid son lo que parecen, la grieta que tienes marcada con cal en el muro transversal número tres lleva siendo urgente desde enero y nadie en esta obra lo sabe excepto tú. Y si eso sale mal, y si hay una investigación después, y si alguien pregunta quién sabía qué y cuándo, más vale que conste en algún sitio que el cantero lo dijo.

Tomás lo miró.

—¿Eso es lo que dices o eso es lo que te conviene decir?

El Gato no respondió enseguida. Luego se encogió de hombros con la expresión honesta que a veces tenía, la que Tomás había aprendido a distinguir de la otra.

—Las dos cosas no se excluyen —dijo. Y se fue.

Tomás se quedó solo en el fresco de la noche. Órdenes desde Madrid antes del verano. Era una lástima. Las obras hermosas

no pagan los intereses. Y una grieta de tres palmos en el muro transversal número tres que llevaba creciendo desde enero.

Esta vez no iba a pasar por Manuel.

Fue a la casa del ingeniero el miércoles por la tarde, cuando sabía que Carlos solía estar en el despacho revisando los libros de obra del día. Llamó a la puerta. Le atendió Manuel.

—Necesito hablar con el ingeniero —dijo Tomás.

Manuel le miró con esa expresión de evaluación rápida que hacía antes de decidir si algo merecía su atención o podía derivarse.

—¿Qué ocurre?

—Necesito hablar con el ingeniero —repitió Tomás, sin variar el tono ni la palabra.

Manuel tardó un momento. Luego asintió y le indicó que esperara en el pasillo.

El pasillo de la casa del ingeniero olía a papel y a cal seca y un poco a comida de hace horas. En las paredes había un plano clavado con cuatro clavos, el perfil de la presa visto desde el sur, con las cotas anotadas a lápiz en una letra apretada que Tomás reconoció como la del ingeniero. El dibujo mostraba el sistema de celdas en sección: los dos paramentos exteriores, los muros transversales en el interior cada diez metros, el relleno de piedra y arcilla entre ellos. Tomás contó los muros transversales en el dibujo: eran cinco, y el número tres estaba en la posición central, justo donde la presa tenía más altura y donde la presión del relleno interior era mayor.

Carlos apareció al cabo de unos minutos con el cuaderno de trabajo en la mano y un lapicillo detrás de la oreja.

—Nates. ¿Qué hay?

—Las grietas capilares en los muros transversales, zona central. Las marqué en enero. He vuelto a medirlas esta semana. Han crecido.

Carlos asintió lentamente.

—¿Cuánto?

—La del muro número tres ha ganado dos dedos en anchura desde enero. No tengo instrumento para medir la profundidad, pero los bordes están desmenuzados hacia el interior. No es una grieta que se ha parado.

—¿Tiene humedad?

—Tiene polvo seco en los bordes. Es peor que si tuviera humedad.

Carlos le miró. Era la clase de mirada que Tomás había aprendido a leer en él: no incrédula, no desdeñosa, sino la de un hombre que está pesando lo que le dicen contra todas las demás cosas que también pesa al mismo tiempo y que tienen nombre y fecha y número de trimestre. El ingeniero estaba escuchando. Tomás podía verlo en la postura del cuerpo, en la manera en que sostenía el cuaderno contra el pecho, en los ojos que no se apartaban de los suyos.

Pero no estaba oyendo.

—Lo tengo en cuenta, Nates. Gracias.

Tomás salió a la calle. El sol de la tarde daba de lleno en el patio de la casa del ingeniero. Un par de obreros pasaban con

una artesa de mortero entre los dos, sin hablar, con esa economía de movimientos que tienen los hombres que llevan muchas horas trabajando y saben que les quedan más. El río sonaba a lo lejos, más crecido que en marzo porque la nieve del puerto empezaba a bajar.

Había dicho lo que tenía que decir. En este mundo los canteros dicen y los ingenieros deciden y eso es la cadena y la cadena tiene su lógica aunque a veces esa lógica sea lo que menos te gusta de ella.

Volvió al tajo.

Lo que Tomás no sabía era lo que Carlos anotó en el margen izquierdo con su letra pequeña y apretada cuando cerró la puerta del despacho.

Grietas capilares en muros transversales — zona central. Observación: cantero R. Nates. Prioridad: media.

La pluma volvió a colocarse detrás de la oreja. El cuaderno se cerró.

El muro transversal número tres siguió creciendo.

XV. Los Síntomas No Mienten

Mayo de 1799

———————————————

Querida Inés:

Te escribo en la primera semana de mayo con el olor a cal más intenso que en todos los años que llevo aquí, porque

cuando la temperatura sube de golpe después del invierno los hornos trabajan a doble ritmo y el viento de poniente trae el humo ladera arriba hasta el poblado sin que nadie se lo pida. Los almendros de la ladera sur llevan diez días en flor. El río viene alto. El cielo de esta mañana es tan limpio que desde la ventana se ven las crestas del puerto con una nitidez que en invierno no tienen nunca, como si la sierra se hubiera lavado la cara.

Todo esto te lo cuento para que quede constancia de que el mundo natural aquí en mayo es de una belleza que yo no supe apreciar los primeros años porque estaba demasiado ocupada adaptándome al olor y al frío y a vivir en un lugar cuya única calle principal termina en una garganta de roca. Te lo cuento también, Inés, porque cuando uno empieza una carta describiendo la belleza del paisaje generalmente es porque lo que viene después no es tan hermoso, y yo soy lo suficientemente honesta para reconocer que ese es exactamente el caso.

Te cuento primero lo de los penados, que es lo más visible.

Llevan tres semanas con la ración reducida. No me lo dijo Miguel, que no me dice nada que considere perturbador, sino Remedios, que es la única fuente de información de este Gasco que funciona sin demora y sin filtros, aunque a veces con una interpretación de los hechos que yo tomo como punto de partida y no como conclusión definitiva. La ración de pan ha bajado de veinticuatro onzas a algo que los hombres calculan en dieciocho, y esa diferencia es la diferencia, en un cuerpo que trabaja diez horas con un mazo, entre llegar al mediodía con la cabeza clara y llegar con la cabeza pensando en

sentarse.

Hubo el miércoles pasado un altercado en el tajo del paramento norte. No sé los detalles porque nadie me los ha contado y no los he pedido, pero sí sé que intervino la escolta y que un penado acabó con una contusión en la cabeza que el médico Herrera trató esa tarde. Miguel volvió a casa con cara de haber pasado un día muy largo y no dijo nada. Lo cual significa que no fue un altercado menor.

Lo que me ocupa más que el altercado en sí es lo que lo rodea: la sensación de que el poblado entero lleva semanas funcionando por inercia, que los gestos siguen siendo los de siempre pero que algo que los sostenía por dentro ha cambiado. Qué es lo que ha cambiado no sé decirlo con precisión. El cansancio de más de un año se parece tanto al desánimo en la cara de los hombres que ya no sé distinguirlos, y llevamos demasiado tiempo mirándolas.

Lo otro que quiero contarte es lo de Perico.

Perico, el niño de ocho años que es el más listo de mi pequeña escuela y que lee ya con una fluidez que me enorgullece más de lo que debería dado que el mérito es suyo, vino el martes a la clase con la cara de quien ha pasado mala noche. Le pregunté qué pasaba. Me dijo que en el barracón de los libres habían estado hablando los hombres hasta tarde. Que antes de dormirse había oído la palabra Madrid muchas veces y la palabra antes y la palabra ya está decidido.

Los niños oyen todo. Llevan toda la vida en habitaciones donde los adultos hablan creyendo que no escuchan, y aprenden muy pronto a distinguir el tono de las cosas

importantes del tono de las cosas ordinarias sin entender el contenido de ninguna de las dos. Perico no sabe qué está decidido ni quién lo decidió ni cuándo llegará desde Madrid. Pero me dijo que antes los hombres hablaban con voz de pregunta y ahora hablan con voz de fecha. Que es la diferencia que él nota, aunque no tenga palabras para nombrarla. Yo sí tengo palabras: los hombres que esperan sin saber hacen un ruido; los hombres que saben y esperan el momento, otro.

Le dije a Perico que se olvidara de lo que habían hablado los hombres y que me prestara atención al texto. Me prestó atención al texto. Pero yo me quedé pensando en lo que había dicho, que es exactamente lo que hacen las cosas que uno no quiere pensar: se quedan.

Y luego está Tomás Nates.

Tomás ha cambiado en las últimas semanas de una manera que yo noto pero que no sé describir con precisión sin que parezca que lo estoy inventando. No es que esté más callado, que siempre ha sido hombre de pocas palabras. Es que el silencio ha cambiado de calidad. Antes era el silencio de alguien que está concentrado en lo que hace. Ahora es el silencio de alguien que está concentrado en lo que sabe y no puede decir, que es un silencio completamente distinto y que yo reconozco porque lo he visto antes, en mi padre cuando cerraba la botica antes de hora y no explicaba por qué.

Lo vi esta semana en el camino del río. Me saludó. Le saludé. Hice lo que hago cuando quiero que alguien hable sin pedírselo: me quedé quieta y esperé. Tomás cargó su saco de

piedra sin decir nada durante un momento. Luego dijo, sin mirarme, con la voz de quien lleva días ensayando una frase para ver si cabe en el aire:

—Señora Catalina. ¿Sabe usted cuándo se prevé la próxima lluvia fuerte?

Le respondí que no sabía. Que el cielo de esta semana parecía estable pero que en la sierra el tiempo cambia rápido.

Asintió. Recogió el saco. Se fue cuesta arriba sin decir más.

Y yo me quedé en el camino del río pensando en qué tiene que ver una lluvia fuerte con lo que Tomás sabe sobre el muro. Porque Tomás no pregunta por el tiempo por curiosidad meteorológica.

Miguel dice que exagero. Puede que tenga razón. Pero el inspector de la Academia vino, inspeccionó y se fue, y el muro sigue ahí y Tomás sigue mirándolo con esa cara, y el río lleva alto desde el deshielo.

Sin embargo, Inés, lo que más me ocupa no es ninguna de las cosas que te he contado hasta aquí sino una mucho más pequeña: el ingeniero Lemaur lleva dos semanas subiendo a la coronación del muro de noche. Solo, con una lámpara. El muchacho que le lleva el café nocturno me lo dijo el lunes, con la indiferencia de quien cuenta algo que ya ha visto tantas veces que ha dejado de parecerle extraordinario. Para él ya no es extraordinario. Para mí sí.

Un ingeniero que sube de noche a escuchar su propia obra es un ingeniero que está esperando que la obra le diga algo que los cálculos no le han dicho. O que ya le ha dicho algo y no sabe todavía qué hacer con ello.

Una cosa más y te dejo en paz: el río lleva alto desde el deshielo. Esta semana ha subido otro palmo. Y la nevada del puerto del lunes todavía no ha bajado del todo.

Con todo mi cariño, y con la nariz más puesta en el viento de lo que me gustaría, Catalina

P.D.: He releído esta carta y hay partes que suenan a alarma y partes que suenan a razonamiento y no sé cuál de las dos me preocupa más que parezca. La envío de todas formas.

XVI. La Última Buena Estación

Mayo de 1799

———————————————————

Querida Inés:

Llevo doce días sin escribirte y no es porque no haya tenido qué decirte sino porque mayo en la sierra es de esas épocas en que el mundo tiene demasiada presencia física para ponerse a describirlo con palabras. El deshielo baja del puerto desde hace dos semanas y el Guadarrama lleva más agua de la que recuerdo en los cuatro años que llevamos aquí: no una crecida peligrosa, sino esa abundancia tranquila del agua que sabe adónde va y no tiene prisa en llegar. Los almendros de la ladera sur llevan en flor desde San Felipe y esta mañana, cuando he bajado con los niños al camino del río para la clase de los jueves, había flores amarillas pequeñísimas en las grietas del granito que no sé nombrar y que tampoco Fray Cipriano, cuyo nombre sigo escuchando en mi cabeza siempre

que veo algo que crece donde no debería, habría podido etiquetar sin inventárselo.

La obra en mayo tiene otro ritmo. Los hombres suben al andamiaje desde antes de que salga el sol porque la luz dura más y la temperatura permite trabajar sin que el mortero se congele o se evapore antes de fraguar, y el sonido del mazo contra el granito llega al poblado desde las siete de la mañana con esa regularidad de reloj que a veces me resulta tranquilizadora y a veces me parece la cosa más triste del mundo. Los niños no me hacen ningún caso los jueves de mayo. Yo les leo, ellos miran las flores. Pedro, el hijo del cabo de vara, es el único que me presta atención de manera consistente porque ha decidido que aprender a leer bien es una herramienta útil, lo que dice mucho sobre cómo ha crecido y sobre qué futuro imagina para sí mismo.

Recibí hace diez días tu carta con las noticias de Madrid. La leí con esa mezcla de interés y aturdimiento que produce siempre el enterarse de que el mundo está ardiendo en varios sitios a la vez mientras tú estás sentada en una sierra mirando cómo el río baja con más agua de lo habitual. Napoleón en Egipto, los austriacos en Italia, el Directorio que no sabe dónde mirar. Lo que me llama la atención, Inés, es que tú me escribes todo eso con la urgencia de quien me está poniendo al corriente de algo importante, y yo lo leo desde aquí y pienso: los hombres del tajo de esta mañana no saben si Napoleón está en Egipto o en la luna, y el granito pesa exactamente lo mismo en los dos casos. No sé si eso es ignorancia o es saber lo que importa. A veces pienso que es lo mismo.

El caso es que tengo que contarte lo de Carlos.

Antes de llegar a Carlos, debo decirte que Miguel está bien, que ya sé que a veces me olvido de decírtelo y luego te preocupas. La cara de Miguel tiene esa expresión que pone cuando sabe algo que no me va a decir porque cree que protegerme es no informarme, que es una confusión que tenemos desde el principio y que ya no me molesto en corregir.

Hace cuatro días, el lunes por la tarde, estaba yo en el camino que baja de la casa grande al río —no el camino del tajo, el otro, el que pasa por los almendros— con un libro abierto, cuando escuché pasos detrás de mí y me giré y era Carlos. No iba al tajo. No llevaba planos. Llevaba las manos en los bolsillos de la levita, que es un gesto que nunca le había visto, y caminaba con esa lentitud que tienen los hombres cuando necesitan caminar para pensar. Se quedó a mi lado mirando el río entre los árboles unos minutos y luego, sin preámbulo, me preguntó:

—¿Usted cree que la obra resistirá?

Inés, tengo que confesar que no estaba preparada para esa pregunta. Llevaba cuatro años viviendo al lado de esta obra y cuatro años acumulando información sobre ella —lo que ve Tomás, lo que sabe Remedios, lo que yo misma he podido observar— y en ningún momento se me había ocurrido que Carlos Lemaur pudiera venir a preguntarme a mí si iba a resistir. Opinión la tengo, y bastante firme. Lo que no esperaba era que me la pidiera él.

Me tomé un momento. Él no presionó. Se quedó a mi lado

mirando el río entre los almendros con esa expresión que yo ya he aprendido a identificar como la de alguien que ya sabe la respuesta pero necesita escucharla dicha en voz alta.

Le respondí con otra pregunta, que fue lo único que se me ocurrió:

—¿Cuándo fue la última vez que subió a la corona del muro y lo escuchó en vez de calcularlo?

Carlos se quedó en silencio. Un silencio que duró lo suficiente para decirme que la respuesta era: hace mucho tiempo. Noté que miraba el trozo de agua que se veía desde el camino, más alto y más rápido que hacía una semana. Luego dio media vuelta y siguió caminando por el camino de los almendros, con las manos todavía en los bolsillos de la levita y la espalda recta que tiene siempre. No respondió a mi pregunta.

Me quedé con el libro abierto en la página donde lo había dejado y pensé que Carlos lo sabía desde antes de preguntarme. Que si lo sabía desde antes, la pregunta no era para saber la respuesta sino para no estar solo sabiendo lo que sabía. Eso me pareció, Inés, lo más humano que le había visto hacer en cuatro años (y eso que llevo cuatro años mirando). No lo llamo triste, aunque lo sea. Lo llamo lo que es: un hombre que ya no le hace esa pregunta a nadie que pueda responderla con autoridad, y que por eso viene a hacérsela a la esposa de un sobreestante en el camino de los almendros.

Hay una cosa más que quiero contarte y que tiene que ver con algo que dijiste en tu última carta, que el mar en Cádiz ese verano que fuimos juntas parecía el mar más quieto del mundo y que sin embargo se movía porque los barcos en el

horizonte cambiaban de posición sin que uno pudiera verlos moverse directamente. ¿Te acuerdas? Estuvimos una tarde entera mirando un barco que parecía inmóvil y cuando miramos de nuevo estaba en otro sitio.

Así me parece este lugar ahora. Inmóvil y en movimiento al mismo tiempo. Los hombres en el tajo hacen lo mismo que hacían ayer y que harán mañana: tallar piedra, mezclar cal, subir andamiaje. El río baja con su agua de siempre, aunque más alta. Los almendros florecen como siempre florecen en mayo en la sierra. Y sin embargo hay algo que se mueve, algo que ha cambiado de posición sin que yo pueda decir exactamente cuándo, y cuando lo miro de frente parece que no es nada y cuando miro hacia otro lado y luego vuelvo ya no está donde estaba.

Los barcos en el horizonte de Cádiz tardaban horas en moverse lo que parecía un palmo. Desde aquí no se ve el horizonte porque la sierra lo tapona por todas partes, que es su costumbre. Pero si se viera, y si hubiera un barco en él, y si ese barco fuera este lugar, yo diría que lleva semanas moviéndose muy despacio hacia algún sitio que ninguno de nosotros ha elegido.

Con todo mi cariño y con la nariz puesta en el viento de mayo, Catalina Deza

P.D.: El cielo de esta tarde tenía ese color verde oscuro que en Toledo llamábamos cielo de tormenta. Aquí lo llaman igual. Escribo mañana.

XVII. Víspera

13 de mayo de 1799, noche

———

La vela llevaba dos horas consumiéndose sin que Carlos hubiera leído una sola línea.

Tenía el cuaderno abierto por la página del 10 de mayo y la vista fija en las palabras que él mismo había escrito, pero lo que veía no eran esas palabras sino los números detrás de ellas. Nueve atmósferas en la base. Los muros transversales de la zona central aguantaban en diseño y cedían en ejecución porque el mortero de las hiladas puestas en enero no había fraguado como debía fraguar. Eso no era una hipótesis. Era la anotación del 17 de febrero, letra apretada, sin signo de alarma porque en febrero los signos de alarma cuestan más que en mayo. Lo sabía desde febrero. La pregunta que no se hacía en voz alta era cuánto cedían exactamente: si el margen que él había calculado, o uno distinto, el que ocurre cuando el agua encuentra la junta que lleva meses buscando y ya no encuentra mortero sino hueco.

Afuera, el Guadarrama sonaba.

No era un sonido nuevo. Llevaba doce años escuchando ese río y conocía todos sus registros: el murmullo de estiaje en agosto, el fragor de los deshielos, el golpe sordo y regular de las crecidas de primavera. Lo que escuchaba esta noche era el sonido del río en crecida, pero con algo encima — una nota más alta, más continua — que no identificaba. Y que le

impedía dejar de escuchar.

El correo había llegado al Gasco en la tarde del 13.

Tres papeles. El apoderado del Banco: tercera remesa retenida hasta que los Vales permitieran su libramiento con las debidas garantías. Carlos había leído esa frase dos veces. Sabía lo que decía sin decirlo. El segundo papel era del teniente coronel Arteta: la escuadra de Jervis había estrechado el cerco sobre Cádiz. Los barcos de plata de las Américas llevaban semanas sin poder entrar. La cadena de consecuencias Carlos la conocía de memoria; no necesitaba recorrerla de nuevo.

El tercero era una carta de su mujer desde Madrid.

Esa la guardó sin leerla. No era momento, se dijo. La guardó en el cajón del escritorio, debajo de los planos de los muros transversales 4 y 5. Allí estaba todavía.

Subió al tajo poco después de las dos de la madrugada.

La luna estaba alta y casi llena. Carlos conocía el camino sin lámpara: doce años de esa misma tierra batida, el mismo descenso desde la casa del ingeniero hasta el pie del muro siguiendo el cauce. Lo había hecho de noche la primera vez de entusiasmo. Luego de rabia. Ahora no sabía cómo llamarlo. Vigilancia, quizá. El instinto de quien cuida algo que sabe que puede perderse.

El tajo estaba silencioso. Los penados dormían en los barracones del lado norte.

Caminó hasta el paramento sur y puso la mano sobre la piedra.

La piedra estaba húmeda. No era la humedad del rocío, que tiene temperatura uniforme y cae igual sobre todas las superficies. Esta salía de dentro. De entre las juntas, de los lugares donde el mortero unía un sillar con el siguiente, y era más cálida que el aire. O eso le parecía. Sabía que en ese tipo de percepciones el cuerpo miente tanto como la esperanza.

Siguió la mano hacia arriba, despacio, buscando variaciones. El paramento era liso en los tramos inferiores — los de los primeros años, cuando el mortero había tenido tiempo y calor suficiente para carbonatarse en toda su profundidad. Pero a medida que subía, hacia las hiladas de los últimos dos inviernos, la superficie cambiaba. No mucho. No de un modo que cualquier persona habría notado. Carlos llevaba doce años palpando esa piedra.

Apartó la mano. Se limpió los dedos en el pantalón.

La coronación del muro estaba a cincuenta y tres metros. La luna la recortaba limpia contra el cielo, y Carlos recorrió esa línea con los ojos. No vio ninguna irregularidad que no estuviera ya anotada en el cuaderno. Eso no le tranquilizó. Las grietas que no se ven son más peligrosas que las que se ven; la roca que cede por dentro, sin avisar, es la que de pronto no está. Su padre se lo había enseñado. No con esa frase. Con otra manera.

El viento arreció. Olía a tierra mojada, a pino, a lluvia que aún no había llegado pero que ya estaba en el aire.

Se quedó en la coronación más tiempo del que había previsto. Cada sillar que pisaba, cada junta entre piedras, los cincuenta y tres metros que le separaban del cauce: todo había pasado

por sus manos en forma de cálculo, de orden, de decisión. Había autorizado la mezcla del mortero en invierno cuando el Banco exigió que no se detuvieran los trabajos. Había firmado los registros de avance cada semana durante doce años. Todo lo que estaba bajo sus pies era también, de algún modo, él mismo.

Bajó.

Esa tarde, un poco antes de que llegara el correo, Carlos había revisado con Manuel los registros de los últimos meses.

Manuel Lemaur llevaba nueve años a su lado. Era un hombre silencioso y metódico, de los que sostienen sin aspavientos, como el granito. En nueve años, Carlos había aprendido a leer sus silencios igual que leía los del muro.

—Los registros de filtraciones del mes de abril —había dicho Carlos, abriendo el cuaderno de campo—. Aquí. ¿Los ves?

Manuel los había mirado. Había tardado en responder.

—Los veo.

—¿Te dicen algo?

—Me dicen lo mismo que le dicen a usted —había respondido Manuel. Y luego, después de una pausa—: ¿Cuándo fue la última vez que Tomás Nates informó sobre el paramento sur?

Carlos había pasado varias páginas.

—Abril. Le dije que ya lo tenía anotado. Prioridad media.

Manuel no había dicho nada más. Pero Carlos había visto cómo cerraba los ojos durante un segundo — un gesto tan pequeño que en otra persona habría pasado desapercibido, y

que en Manuel equivalía a decir todo lo que no estaba diciendo.

Lo recordaba ahora, de vuelta en la casa, con los dedos todavía húmedos del paramento. Recordaba ese gesto y pensaba en Tomás Nates, en su manera de palpar la piedra, en lo que había intentado decirle en abril y que él había anotado como prioridad media y había seguido adelante. Había seguido adelante porque el Banco exigía avance, porque la sombra de Gaver convertía cualquier pausa en munición.

Había seguido adelante. Era lo que hacía un ingeniero cuando los márgenes se estrechaban.

Los cálculos decían que el muro aguantaba.

Pero esta noche, con la humedad en los dedos y el viento con olor a lluvia, los cálculos le parecían de pronto muy pequeños.

Encendió la vela de nuevo. Abrió el cuaderno en una página nueva.

Primavera de 1783. El estrecho de Peña.

Habían subido a caballo desde El Escorial en una mañana fría de finales de marzo, Carlos padre y Carlos hijo, con los planos en el morral y un guía del lugar que no había dicho casi nada en dos horas de camino. Carlos tenía veintiséis años. Había terminado sus estudios en Francia tres años antes y había vuelto a España con la certeza de que había aprendido lo suficiente para construir cualquier cosa y la evidencia de que no había construido nada todavía.

Cuando llegaron al estrecho de Peña, el río sonaba. No el

sonido manso de un arroyo de montaña: el movimiento de un volumen enorme de agua encajonado entre paredes de roca, buscando la salida, encontrándola, perdiéndola, volviendo a encontrarla. Carlos padre desmontó, ató el caballo a un pino y caminó hasta la orilla. Carlos hijo lo siguió.

Su padre se arrodilló junto al agua. Metió la mano derecha en el río.

Permaneció así un momento que a Carlos le pareció largo. El agua debía estar helada —deshielo de marzo— pero el padre no retiró la mano. Miraba el río como si escuchara algo que venía de muy lejos.

—Aquí, Carlos —dijo su padre, sin volverse—. Justo aquí.

—¿Aquí qué?

Su padre sacó la mano del agua. La miró. El río corriéndole entre los dedos.

—El muro —dijo.

Y no dijo nada más.

Carlos cerró el cuaderno. Apagó la vela con los dedos.

En la oscuridad los números seguían allí. Y también el río, y la mano de su padre en el agua, y lo que el padre había querido decirle con esa frase que no terminaba, que nunca terminaba, que Carlos llevaba dieciséis años esperando que terminara.

Encendió la vela de nuevo. Abrió el cuaderno en una página nueva. Escribió con letra regular, la misma letra de siempre:

«13 de mayo de 1799. Humedad en paramento sur elevada, especialmente en hiladas 31 a 38. Nivel del embalse superior en

0,8 metros a la media de la semana anterior. Cielo cubierto desde el norte. Posibilidad de precipitaciones. Inspección detallada al amanecer del 14, zona central del paramento sur, muros transversales 4 y 5.»

Debería haber escrito: urgente.

No lo escribió. Cerró el cuaderno. Se tumbó en la cama sin quitarse las botas.

Escuchó el viento, el río, el silencio entre el viento y el río. Afuera, el cielo del norte avanzaba hacia el sur. Carlos no durmió.

XVIII. El Muro Tiene Sed

14 de mayo de 1799, 8:00–18:00

———————————————————

Lo primero que hacía Tomás cada mañana, antes del rancho y antes de la revista, era tocar el muro.

No era una costumbre que hubiera decidido. Empezó sin que él se diera cuenta, el primer año de la obra, cuando el paramento sur era poco más que una hilada de sillares encima de otra. Lo había hecho esa primera mañana sin pensarlo, igual que un hombre pone la mano en el lomo de un animal que no conoce para ver si es manso o si tiene miedo, y desde entonces lo había repetido cada amanecer que había pasado en el Gasco — siete años de amaneceres, la palma abierta sobre el granito húmedo de rocío, escuchando con la mano lo que los ojos no podían ver.

El granito habla. Eso lo sabía desde niño, desde las canteras de Valdemorillo donde el abuelo había enseñado al padre y el padre le había enseñado a él. «El granito sano es frío y quieto», le había dicho su padre, «y el que va a ceder es frío y está nervioso, aunque no sabrías decir por qué. Lo notas en la palma. Como si la piedra te estuviera preguntando algo.»

Esta mañana del 14 de mayo, el muro le preguntó algo que no había preguntado nunca.

Comenzó abajo, como siempre, donde el granito llevaba doce años asentado y el mortero había fraguado en toda su profundidad hasta volverse casi parte de la piedra misma. Ahí todo estaba en orden: la superficie fría, densa, sin fisuras visibles. Subió la mano despacio, palmo a palmo, siguiendo la junta vertical entre dos sillares. Todo igual hasta la hilada veintiocho.

A unos quince metros del suelo, la superficie cambió.

No era que el granito estuviera más húmedo, aunque lo estaba. Era que el muro, debajo de la mano, parecía estar aguantando algo. No el peso de arriba — ese siempre estaba ahí, Tomás lo había aprendido a ignorar como ruido de fondo. Era otra presión: lateral, interna, como si dentro del relleno hubiera algo que empujaba hacia afuera y los sillares lo contuvieran de mala gana, con el esfuerzo de quien lleva demasiado tiempo sujetando algo demasiado pesado.

Tomás se quedó con la mano quieta sobre la hilada treinta y dos.

Cerró los ojos.

El muro empujaba hacia afuera. Despacio, casi nada, menos de lo que cualquier instrumento del ingeniero habría podido medir. Pero empujaba. Tomás lo sentía en la palma igual que se siente la marea antes de verla: no con los ojos, sino con algo anterior a los ojos, algo que el cuerpo sabe antes de que la cabeza lo entienda.

Retiró la mano. Tenía los dedos húmedos — más húmedos que de costumbre, con esa humedad que no viene del rocío sino de dentro, de entre las juntas, de la arcilla saturada del relleno cediendo agua hacia afuera como una esponja que alguien apretara muy despacio.

Buscó a Varela con la vista.

El sobreestante Varela era un hombre de cincuenta y tantos años con el bigote entrecano y la chaqueta azul de paño grueso que llevaba en todas las estaciones. Tenía un cuadernillo de piel donde anotaba todo lo que ocurría en el tajo y que nadie, en los siete años que Tomás llevaba en la obra, había visto traducirse en una acción concreta. Las anotaciones de Varela eran como las oraciones: cumplían una función ritual sin que nadie esperara que cambiaran el estado de las cosas.

—Varela —dijo Tomás.

—Nates. —Varela no levantó los ojos del cuadernillo.

—El paramento sur. Hiladas veintiocho arriba. Algo está cediendo por dentro.

Varela levantó los ojos. Miró el paramento. Miró a Tomás. Volvió a mirar el paramento.

—¿Qué clase de algo?

—Humedad que sale de las juntas. No es agua de fuera. Es de dentro.

Varela abrió el cuadernillo. Sacó el lapicillo del chaleco.

—Lo anoto —dijo.

—Varela.

—Ya lo escucho.

—No lo anote. Mande recado al ingeniero. Que venga a ver el paramento sur antes de que empiece el turno.

Varela volvió a mirar el paramento. Era un hombre que no se apresuraba, que había aprendido que en las obras grandes la urgencia es a menudo una exageración del que no entiende la escala de lo que está mirando. Su cuadernillo estaba lleno de alarmas que el tiempo había disuelto.

—En cuanto termine la revista —dijo.

—He dicho antes.

Varela le miró un momento, calibrando.

—Está bien, Nates. Antes de la revista.

Tomás asintió. Fue a buscar a sus canteros.

A media mañana llegó al Gasco un arriero de Collado Villalba con dos mulas cargadas de harina y sal. Mientras descargaba le contó al encargado del almacén, y a quien quisiera escuchar, que los caminos de la sierra estaban encharcados desde la noche anterior y que los arroyos que cruzaba en el trayecto venían altos, más altos que la semana pasada. Que la

sierra tenía esa cara blanca y gris que pone cuando la nieve de arriba se deshace muy deprisa y el agua no tiene adónde ir excepto hacia abajo — la lluvia y el deshielo a la vez, que era lo peor.

Tomás escuchó eso y miró el río.

El Guadarrama venía más alto que a primera hora.

Fue a buscar a sus canteros y les dijo que esa mañana iban a hacer algo distinto: en vez de seguir con la hilada nueva en el tramo norte, revisarían los drenajes de las celdas superiores del paramento sur, especialmente las celdas de los tramos cuatro y cinco de la zona central, que eran las que más habían llenado en las últimas semanas.

Tres de los canteros le miraron sin decir nada. El cuarto, un hombre de Ávila que se llamaba Benito y que llevaba dos años en la obra, le preguntó si el sobreestante había dado esa orden.

—Yo lo digo —respondió Tomás.

—¿Pero el sobreestante lo sabe?

—El sobreestante lo sabe.

Benito no preguntó más. Cogió la azada y fue hacia el paramento sur con los demás.

Fue un error decir eso. Tomás lo supo en cuanto lo dijo — Varela lo sabía en el sentido de que Tomás le había avisado del paramento, no en el sentido de que hubiera autorizado cambiar la tarea del día. Si Varela lo contradecía delante de los canteros, perdía la mañana. Pero Varela estaba bajo el

cobertizo con su cuadernillo y no iba a moverse hasta la revista, y para entonces los drenajes estarían limpios o no estarían, y eso era lo que importaba.

Así que Tomás cogió también una azada y fue con los demás.

Las celdas eran los espacios que el diseño dejaba entre los muros transversales y el paramento exterior, por donde debía drenar el agua infiltrada antes de que alcanzara el relleno del núcleo central. El ingeniero mayor se lo había explicado una vez con un palillo y una vela en la mesa: «El agua siempre busca el camino de menor resistencia. Deja ese camino libre y el agua te obedece. Ciérralo y busca otro, que puede que no te guste.»

Lo que Tomás encontró en las celdas de los tramos cuatro y cinco no le gustó.

Los drenajes inferiores, en las hiladas veintiocho a treinta, estaban obstruidos con sedimento gris — cal deslavada y arena fina depositada a lo largo del invierno, que nadie había limpiado porque no había habido orden de limpiarlos. El agua que se colaba desde arriba, en vez de bajar limpiamente, se acumulaba en el fondo de las celdas formando una capa que en algunos puntos llegaba a cuatro dedos de profundidad. El relleno de arcilla del núcleo llevaba semanas absorbiendo esa humedad. Como una esponja colocada junto a un charco. Como un vientre que se hincha.

Tomás no dijo nada. Cogió la pala y empezó a limpiar.

A las dos de la tarde empezó a llover.

No empezó despacio. Empezó de golpe, en cantidad, fría, densa, convirtiendo el polvo del tajo en barro en treinta segundos. Los penados levantaron la vista. Algunos siguieron trabajando. Los capataces militares miraron el cielo, se miraron entre ellos, consultaron sus órdenes. Las órdenes no decían nada sobre la lluvia.

Tomás llamó a sus canteros.

—Quiero que limpien todos los drenajes de las celdas centrales. Las cuatro celdas del tramo sur, de la hilada veinticinco para arriba. Y que pongan tacos de piedra en los canalillos de los muros transversales para que el agua suba por dentro en vez de acumularse en el fondo. No paren hasta que esté hecho.

—Está lloviendo —dijo Benito.

—Lo veo.

Benito miró el cielo. Luego miró a Tomás. Luego cogió la azada y volvió al paramento.

Un sargento joven con cara de haber dormido poco, que se llamaba Montejo, se acercó.

—Nates. ¿Tiene orden de parar los trabajos?

—No he parado nada. He cambiado de tarea. Los drenajes hay que limpiarlos.

—No tengo en mis instrucciones que los drenajes sean prioridad hoy.

—Sus instrucciones son de octubre. —Tomás le miró.— Hoy no es octubre.

Montejo frunció el ceño.

—Los hombres tienen que seguir con la hilada del tramo norte. Esas son mis instrucciones.

—Pues mande usted a sus hombres al tramo norte y déjeme a los míos donde están. Los canteros libres no son suyos.

Montejo sopesó esto. Era verdad: la jurisdicción militar cubría a los presidiarios y a los capataces de vara, pero los canteros libres dependían de los capataces de obra. Lo que tenía Montejo era el hábito del mando, que en obras como el Gasco valía casi lo mismo.

—Voy a informar al sobreestante.

—Haga usted. De paso pregúntele si el ingeniero recibió el recado.

Montejo se fue. La lluvia siguió cayendo.

Desde las dos hasta las seis, Tomás no paró.

Había algo en ese tipo de trabajo — el trabajo que se hace sabiendo que hay que hacerlo aunque nadie lo haya mandado y aunque nadie lo vea — que vaciaba la cabeza de todo lo que no era el trabajo mismo. No pensaba en Varela ni en Montejo ni en si el ingeniero había recibido el recado. Pensaba en los drenajes: en cada obstrucción que sacaban a paladas, en cada canalillo que despejaban, en cada taco de piedra que colocaban para redirigir el flujo. Era trabajo de cantero, del que sabe cómo se comporta el agua dentro de una estructura de piedra.

La lluvia no cedió. A las cuatro empeoró.

Tomás no veía lo que había encima: que la sierra entera

descargaba, que los barrancos traían un volumen de agua que no era de una tarde sino de días de deshielo sumados a horas de tormenta, y que ese volumen llegaba al embalse con la paciencia de todo lo que sube sin prisa. No lo veía. Lo notaba a través de los pies, a través de las suelas de las botas que pisaban la roca de la base, y lo que notaba era que el río empujaba más que a las dos. Que el embalse subía. Que la presión en la base subía también, despacio, sin prisa, con la misma paciencia.

A las seis se detuvo a beber del botijo que guardaba en el hueco de un sillar.

Miró el paramento sur.

El agua de lluvia resbalaba por la cara del muro en láminas finas y paralelas, oscureciéndolo. Y en tres puntos de la zona central, en las hiladas que había estado trabajando toda la tarde, el agua que resbalaba no era del todo limpia: tenía un tono grisáceo, casi imperceptible. Cal. El mortero más delgado, el de las juntas que no habían fraguado del todo, que el agua estaba deslavando muy despacio desde dentro.

Tomás lo miró durante un tiempo largo.

Luego buscó a Varela.

—He vuelto a mandar recado —dijo Varela cuando Tomás lo encontró bajo el cobertizo—. El ingeniero no ha venido esta mañana. El ayudante dijo que había pasado mala noche y que vendría por la tarde.

—¿Por la tarde cuándo?

—No precisó.

Tomás miró hacia la casa del ingeniero, al otro lado del cauce: un cubo de piedra gris con las contraventanas cerradas.

—Varela. Lo que está pasando en el paramento sur no es lo de siempre.

—¿Qué está pasando exactamente?

—Las juntas están soltando cal. El agua entra y lava por dentro. Si sigue esta noche y el embalse sigue subiendo, la arcilla empuja y el mortero de arriba no aguanta. Nunca estuvo bien fraguado.

Varela lo escuchó. Miró el paramento. Miró el cielo. Volvió a mirar el paramento.

—¿Cuánto tiempo tiene?

Tomás pensó.

—Si la lluvia para esta noche, quizá pase. Si sigue hasta mañana…

No terminó la frase.

—Anoto la alarma como urgente —dijo Varela, y por primera vez en siete años Tomás vio al sobreestante abrir el cuadernillo y escribir antes de que nadie se lo pidiera, con el lapicillo moviéndose deprisa, la letra apretada del que escribe rápido porque sabe que lo que escribe importa.

Tomás asintió. Se dio la vuelta. Volvió al paramento.

La lluvia seguía cayendo.

XIX. Las Celdas Beben

14 de mayo de 1799, 16:00–20:00

Había prometido venir al amanecer.

Lo había escrito en el cuaderno: *inspección al amanecer del 14.* Y luego se había acostado sin dormir. Cuando llegó la primera luz, la lluvia ya estaba en el aire y los planos seguían sobre la mesa, y Carlos se quedó donde estaba.

Revisó el registro del relleno de los tramos quince a diecinueve. Los números eran los de siempre: el peso calculado, el margen de seguridad, la firma del doce de noviembre. Los leyó dos veces. Luego los volvió a leer.

A las ocho mandó a Manuel al tajo. Le dijo que él vendría en una hora. Cuando el reloj marcó las nueve encontró otro registro que revisar: el fraguado de las hiladas superiores, las temperaturas de febrero anotadas en el margen, la fecha de la visita de Gaver. A las diez los recados de las cuadras habían empezado a acumularse sobre la mesa y Carlos los ordenó por fecha antes de abrirlos. A las doce comió algo que no recordaría haber comido. A las dos entró la lluvia y Carlos miró por la ventana y anotó en el cuaderno la hora y el estado del cielo con la letra apretada del que escribe porque escribir es una forma de seguir en la mesa.

Llegó al tajo a las cuatro.

Ocho horas.

Ocho horas. Cruzó el cauce bajo la lluvia con el capote

empapado y el cuaderno bajo el brazo, y lo supo antes de ver el paramento. Lo supo en la cara de Tomás Nates.

Tomás estaba al pie del muro sur con otros dos canteros, mirando hacia arriba. Cuando vio llegar a Carlos no dijo nada. Solo lo miró. En esa mirada — que no era reproche ni alivio sino algo parecido a la resignación de quien lleva horas esperando lo que ya sabía que iba a ocurrir — Carlos leyó todo lo que necesitaba saber sobre las últimas ocho horas.

—Nates —dijo Carlos.

—Ingeniero. —Tomás señaló el paramento con un gesto corto, sin levantar del todo el brazo, como quien señala algo demasiado obvio para señalarlo—. Hiladas treinta a treinta y ocho. Zona central.

Carlos miró.

Las juntas entre sillares rezumaban en la franja que Tomás había señalado. No lloraban todavía — no en el sentido en que el paramento lloraría horas después. Pero la humedad que salía entre los sillares oscurecía la piedra en una mancha que seguía el trazado de las juntas como si alguien hubiera dibujado las líneas del muro por dentro con un pincel mojado.

—¿Cuándo empezó? —preguntó Carlos.

—Esta mañana lo noté con la mano. A las ocho. Mandé recado.

—Lo sé. Llegó.

—Dos recados —dijo Tomás. Sin inflexión. Sin acusación. Solo la cifra.

—Lo sé —repitió Carlos.

Se acercó al paramento. Puso la mano sobre la hilada treinta y dos. La piedra estaba fría y húmeda, y notó bajo la palma algo que no había notado la noche anterior: no solo humedad, sino una ligera cedencia en la presión, como si el mortero de esa junta hubiera perdido consistencia en las últimas horas. La lluvia, el embalse, el relleno saturado. Todo el día trabajando en ese punto exacto mientras él revisaba registros al otro lado del cauce.

Apartó la mano.

—¿Has limpiado los drenajes? —preguntó.

—Desde las dos. Los cuatro del tramo central. Con mis canteros.

—¿Ha servido?

Tomás tardó un momento.

—Ha servido para retrasar lo que está pasando. No para pararlo.

Carlos miró el río. El Guadarrama había subido desde la mañana: el embalse estaba más alto de lo que los cálculos de la semana habían previsto para lluvia normal. Esto no era lluvia normal. Era deshielo más tormenta, todo lo que la sierra había acumulado descargando en horas.

—Gracias, Nates —dijo.

Tomás no respondió. Volvió la vista al paramento.

Hizo los cálculos mientras caminaba. Sin papel — los números que necesitaba eran los que llevaba grabados en la memoria

desde hacía semanas. El relleno de arcilla de las celdas centrales llevaba días absorbiendo. Con el embalse subiendo y las celdas al cincuenta por ciento, el peso adicional sobre las hiladas inferiores rondaba las ocho toneladas. Ese peso lo resistiría el mortero si hubiera fraguado en las condiciones que los planos especificaban. No había fraguado en esas condiciones. Lo sabía desde agosto. Lo había anotado en el cuaderno y lo había clasificado donde clasificaba las cosas que no podía resolver ese día.

Los números que salían al final no le gustaban.

No eran números de catástrofe inmediata. Eran números de margen: el margen entre lo que el muro podía aguantar y lo que se le estaba pidiendo se iba cerrando. No sabía cuándo llegaría a cero. Sabía que llevaba días cerrándose.

Encontró a Manuel junto al cobertizo.

—He visto el paramento —dijo Carlos, sin preámbulo.

—Yo también —dijo Manuel.

—¿Qué has visto?

Manuel tardó un momento.

—He visto lo que usted ha visto.

Carlos sacó el cuaderno. Releyó lo que había anotado la noche anterior: la humedad elevada, la inspección prometida para el amanecer. Las palabras que en ese momento le habían parecido precaución razonable. Ahora, con el paramento rezumando ante él, le parecían la descripción exacta de lo que había elegido no hacer.

Guardó el cuaderno.

—Voy a dar orden de evacuar los barracones del tramo sur —dijo—. Los tres más próximos al paramento. Los hombres al tramo norte.

Manuel le miró.

—¿Es necesario?

Dos segundos. El margen que se cerraba, la lluvia que seguía, las ocho horas.

—No lo sé —dijo—. Pero si me equivoco en una dirección prefiero equivocarme en esta.

La orden tardó en ejecutarse más de lo que Carlos habría querido.

El sargento Montejo le preguntó si tenía autorización escrita del sobreestante Varela. Carlos le explicó, con una paciencia que le costó esfuerzo mantener, que él era el director de la obra y que su autoridad no requería confirmación del sobreestante. Montejo escuchó esto con la expresión de quien escucha algo que sabe que es correcto y obedece dejando constancia de que obedece con reservas.

Varela apareció diez minutos después, con el cuadernillo en la mano.

—He anotado la orden de evacuación —dijo.

—Bien —dijo Carlos.

—¿Debo informar al Banco de San Carlos?

—Aún no. Si esto no llega a más, no hace falta alarmar a nadie.

—¿Y si me preguntan mañana por qué no avisé?

—Les enseña el cuadernillo —dijo Carlos—. Ahí está todo anotado.

Varela asintió y se alejó.

Carlos se quedó mirando el tajo. Los recados sin respuesta, la orden de evacuación a las cinco de la tarde, el cuadernillo de Varela con sus entradas y sus horas. Si esto acababa mal, ese papel iba a decir una historia. Técnicamente cierta. Narrativamente devastadora. Y esa historia llegaría a Madrid antes de que él pudiera explicar nada, y pasaría por manos de personas que llevaban años esperando exactamente esa historia.

Pensó en el apellido. Siempre acababa en el apellido: el expediente que se construía sin que nadie lo decidiera explícitamente, la acumulación de datos que solos, en el orden correcto, formaban un argumento que nadie había tenido que fabricar porque la realidad lo fabricaba sola. Lemaur. El francés. El canal del francés que se derrumba.

Miró a los penados que caminaban en fila bajo la lluvia hacia los barracones del norte. Miró a Tomás Nates que seguía la columna con esa atención de quien cuida lo que tiene a su cargo sin que nadie se lo haya pedido.

Se pasó la mano por la nuca. El capote llevaba dos horas empapado. El frío había dejado de ser el frío del aire.

Subió a la coronación.

Lo hizo solo, sin lámpara porque aún había luz — una luz gris y difusa que la lluvia filtraba hasta hacerla casi invisible. El camino estaba resbaladizo, el agua corriendo entre los

escalones tallados en la roca. Carlos subió despacio, con las manos rozando la pared.

Desde arriba el embalse le pareció más grande que nunca.

La superficie, agitada por la lluvia, reflejaba el cielo plomizo de un modo que hacía difícil distinguir dónde terminaba el agua y dónde empezaba el aire. El nivel estaba visiblemente más alto que por la mañana. No centímetros: palmos. El río seguía trayendo agua desde la sierra, y la sierra seguía enviando todo lo que tenía.

Miró hacia el paramento sur. La franja húmeda era más visible desde arriba: oscura, ancha, recorriendo la cara del muro entre las hiladas treinta y cuarenta. Más ancha que una hora antes.

Pensó en su padre. En lo que decía sobre los materiales: *los materiales no fallan; los materiales hacen exactamente lo que les pedimos que hagan.* Carlos miró las hiladas del invierno de 1797. Se preguntó qué les había pedido exactamente. No terminó la pregunta.

Recordó también lo que le había dicho Catalina Deza la semana anterior: *¿cuándo fue la última vez que subió a la corona del muro y lo escuchó en vez de calcularlo?*

Ahí estaba. En la corona. En la lluvia. Escuchando.

El río, que subía. El viento, que traía más lluvia. Y debajo de todo eso algo que no era exactamente un sonido sino su ausencia: el silencio particular de una estructura que está haciendo esfuerzo sin decirlo.

Empezó a bajar.

Encontró a Manuel esperándole al pie del camino, con el capote empapado y la cara de quien ha estado esperando bajo la lluvia porque no se le ha ocurrido moverse a cubierto.

—Los barracones del sur están despejados —dijo Manuel—. Todos. Montejo lo ha verificado.

Una pausa.

—Carlos.

Carlos le miró. Manuel raramente usaba su nombre sin el tratamiento.

—Diga.

—¿Va a quedarse esta noche en el tajo?

Carlos miró el paramento. Miró el río. Miró el cielo, que era una sola nube sin bordes visibles, sin ningún lugar por donde pudiera entrar la luz.

—Sí —dijo.

Manuel asintió, como si fuera exactamente lo que esperaba escuchar.

—Entonces yo también —dijo.

Carlos no discutió. Sabía, desde hacía nueve años, que cuando Manuel decía algo con esa voz no había manera de hacerle cambiar de idea. Era una de las pocas cosas en el mundo que no se podía calcular ni redirigir.

Entraron juntos al cobertizo a esperar.

La lluvia seguía cayendo.

XX. Evacuación

14 de mayo de 1799, 20:00–22:00

———————————————————

A las ocho de la noche la lluvia ya no era lluvia. Era otra cosa, algo sin nombre exacto pero que Tomás reconocía de treinta años en obras de montaña: el momento en que el cielo deja de intentar vaciar el agua con cuidado y simplemente la tira, como quien tira el cubo entero porque ya no tiene tiempo de verterlo despacio.

Los relámpagos llevaban media hora iluminando la garganta del río, uno detrás de otro, con esa cadencia que en la sierra significa que la tormenta no está de paso sino instalada. Con cada destello el Guadarrama aparecía blanco y violento, golpeando la base del muro con un sonido más grave, más sostenido — el sonido de mucha agua moviéndose deprisa en un espacio pequeño.

Tomás estaba en el primer barracón del tramo sur cuando el ingeniero Lemaur dio la orden de evacuar. Escuchó la orden, miró el paramento, miró el cielo, y empezó a moverse sin esperar a que nadie le dijera cómo.

La primera persona que buscó fue El Gato.

Lo encontró en el cuarto barracón, sentado en el petate con los pies en el suelo y los brazos sobre las rodillas, mirando la lluvia por el hueco que hacía de ventana. No estaba dormido. El Gato nunca estaba dormido cuando había algo en el aire.

—Montalbán —dijo Tomás.

—Nates.

—Hay que mover a los hombres. Los cuatro barracones del sur, al tramo norte. Orden del ingeniero.

El Gato no preguntó por qué. Miró el paramento sur, que desde el hueco de la ventana se veía como una pared negra contra el cielo negro, y luego miró a Tomás con esa expresión de quien calcula cuánto le cuesta cada cosa.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Si nos movemos ahora, suficiente.

El Gato se puso de pie. Cogió el petate. Se lo echó al hombro.

—Voy por el primero —dijo, señalando el barracón de enfrente.

Y se fue, sin más preguntas, con el paso seguro de quien sabe moverse en la oscuridad porque lleva años haciéndolo.

Los problemas empezaron en el segundo barracón.

Cuarenta y dos penados, la mayoría despiertos por el ruido de la tormenta pero ninguno con intención de moverse. Cuando el cabo de vara anunció que había que trasladarse al tramo norte, la respuesta fue el silencio hostil de los hombres que han aprendido que obedecer sin entender es la manera más segura de acabar haciendo algo que no convenía hacer.

—¿Por qué nos movemos? —preguntó alguien desde el fondo.

El cabo de vara miró a Tomás.

—Porque el muro puede caer —dijo Tomás—. Y quiero que

estéis donde no os alcance.

Desde una litera del medio, un hombre mayor de pelo blanco se incorporó y puso los pies en el suelo. Miró a los de su fila.

—Levantad —dijo.

Los de su fila se levantaron. Los de las otras filas los miraron y se levantaron también. En dos minutos el barracón estaba vacío.

En el tercer barracón hubo resistencia. Un hombre joven con una cicatriz que cruzaba la mejilla izquierda de arriba abajo se negó a moverse. Dijo que él no se movía de noche por orden de nadie, que bastante habían tenido ya, y que si el muro quería caerles encima que cayera, que peor habían pasado.

El Gato se acercó. Le dijo algo al oído. Diez segundos.

El hombre de la cicatriz le miró. Luego miró el petate. Luego se levantó.

Tomás no preguntó qué le había dicho. Había cosas sobre El Gato que era mejor no saber.

A las nueve y media los cuatro barracones del sur estaban vacíos.

Tomás contó a los hombres dos veces con la ayuda del cabo de vara Fuentes. Doscientos dieciséis hombres trasladados al tramo norte. Ninguno faltaba.

—Buen trabajo —le dijo a El Gato cuando terminaron de contar.

El Gato le miró con esa expresión suya que no era exactamente ironía pero tampoco era afecto.

—Con la verdad es fácil —dijo—. Les dije que el muro puede caer esta noche. Que si están debajo se acabó la condena, sí, y también todo lo demás.

—¿Y se movieron?

—Todos. —Una pausa—. Es curioso lo mucho que le importa la vida a un hombre cuando lleva años sin poder hacer nada con ella.

Tomás no respondió. Miró el paramento sur.

La lluvia caía con tanta fuerza que costaba ver la piedra desde donde estaban. Los relámpagos seguían iluminando la garganta a intervalos que se habían acortado. Con cada destello el paramento aparecía en esa luz blanca e implacable que no perdona ningún detalle, y Tomás miraba las hiladas de la zona central con la atención de quien lleva todo el día esperando ver algo que no quiere ver.

Todavía no lo veía.

Todavía.

Subió a las diez.

No había planeado subir. Había planeado quedarse abajo, vigilar desde el pie, mantener una distancia razonable entre su cuerpo y el paramento. Pero había algo en el sonido del río — que cada vez llenaba más el fondo de la garganta — que le decía que necesitaba ver con sus ojos lo que estaba pasando en las hiladas superiores. El ángulo desde abajo no era

suficiente.

Cogió una lámpara del cobertizo. La encendió con dificultad porque el viento apagaba el eslabón dos veces de cada tres. Cuando por fin prendió, la llama era pequeña e inestable, pero suficiente.

El camino estaba peor que a las seis. El agua bajaba entre los escalones en riachuelos que en algunos tramos llegaban al tobillo, y la piedra estaba tan resbaladiza que Tomás tuvo que subir los últimos diez metros casi a cuatro patas, con la lámpara en una mano y la otra pegada a la pared, sintiendo con los dedos la roca que conocía de memoria pero que esa noche se comportaba como si fuera otra.

Llegó a la coronación.

Se asomó al paramento sur.

Y se quedó quieto.

No era lo que había visto a las seis. No era lo que había visto a las ocho.

El barro ya no salía entre las juntas. Lo que salía ahora era otra clase de movimiento: el agua acumulada en el relleno de arcilla, saturada más allá de cualquier capacidad de retención, buscaba todos los caminos de salida al mismo tiempo, y esos caminos eran las juntas de mortero incompleto de las hiladas superiores, y por esas juntas salía el agua arrastrando arcilla disuelta, mortero desintegrado, el material fino del relleno que ya no tenía con qué sujetarse. No gotas. No filtraciones. Corrientes. Láminas grises y continuas descendiendo desde las hiladas treinta y cinco y treinta y seis, lavando la piedra,

llevándose consigo todo lo que el relleno interno cedía.

Cascadas. El barro caía en cascadas.

Un relámpago iluminó la garganta entera.

En esa luz blanca y sin sombras Tomás vio la franja húmeda extendida desde la hilada veintiocho hasta la coronación, las cascadas grises descendiendo paralelas, el río abajo blanco de espuma. Y vio — o creyó ver, porque el relámpago duró menos de un segundo — que en la zona central del paramento, entre las hiladas treinta y dos y treinta y cuatro, había un abultamiento. Una convexidad leve, casi imperceptible, que no debería estar ahí.

El paramento debería ser plano.

Los sillares de granito. Doblados hacia adelante.

Tomás bajó.

No pensó. No calculó. Bajó, con la lámpara que se apagó en el segundo escalón y que abandonó en el tercero, en la oscuridad total entre relámpago y relámpago, conociendo el camino con los pies de la misma manera en que lo conocía con las manos. Sin tropezar. Sin caer. Los cincuenta y tres metros de altura en el tiempo que tardó en decidir que el ingeniero Lemaur tenía que saber lo que él acababa de ver.

Llegó al pie del muro.

Buscó con la vista el cobertizo donde Carlos y Manuel habían dicho que esperarían.

Corrió hacia la luz.

XXI. El Primer Sillar

14 de mayo de 1799, 22:00–00:00

Tomás Nates entró en el cobertizo con el agua escurriéndole por la cara y la ropa pegada al cuerpo como una segunda piel más fría que la primera.

Carlos le miró. Miró la cara de Tomás — la cara de alguien que acaba de ver algo que no esperaba ver aunque llevara todo el día esperando verlo — y supo antes de que Tomás dijera nada que lo que había visto en la coronación era de otra magnitud.

—¿Cuánto? —preguntó Carlos.

Tomás recuperó el aliento en dos respiraciones.

—Cascadas. Ya no son filtraciones. Y hay un abultamiento en la zona central. Hiladas treinta y dos a treinta y cuatro. La cara del muro está doblada hacia afuera.

—¿Seguro del abultamiento?

—Lo vi con un relámpago. Medio segundo. Pero lo vi.

—¿Cuánto?

—Dos dedos fuera de plano. Quizá tres.

Carlos asintió despacio.

—No debería estar —dijo.

No era una pregunta. Era la única frase que quedaba después de todos los cálculos, después de los cuadernos y los planos y los doce años y los inviernos con mortero frío. Dos dedos

fuera de plano en un sillar de granito de tonelada y media representaban una fuerza lateral que el mortero de las hiladas de 1797 no podía contener. Lo sabía. Lo había sabido desde agosto. Lo había anotado con su letra apretada y lo había clasificado donde clasificaba las cosas que no podía resolver ese día.

Se puso la capa encima. Cogió la lámpara grande, la de aceite con pantalla de vidrio que aguantaba el viento.

—Voy a subir.

—Ya ha subido —dijo Tomás.

—Voy a subir otra vez.

Manuel intentó acompañarle. Carlos le dijo que no. Manuel le dijo que sí. Tuvieron esa conversación de tres frases que llevaban repitiendo desde hacía años en distintas versiones, siempre con el mismo resultado: Carlos cedía. Era el único punto en el que siempre cedía con Manuel, porque en todos los demás era Manuel quien cedía, y ambos lo sabían y ninguno lo decía.

Subieron los dos.

El camino estaba peor que cuando lo había subido Tomás veinte minutos antes. El agua había arrastrado tierra de los márgenes convirtiendo algunos escalones en pequeñas cascadas de barro. Carlos subía delante con la lámpara en alto; Manuel detrás sin lámpara, pisando donde había visto pisar a Carlos.

A mitad del camino Carlos se paró. Puso la mano en la pared

de roca y escuchó.

Manuel se paró también, detrás, sin preguntar.

Lo que Carlos escuchaba no era el río, aunque el río era parte de ello. Era algo que venía del muro mismo, transmitido a través de la roca de base: una vibración muy baja y muy constante que no había estado esa mañana ni a las seis de la tarde. Sutil pero inequívoca. El pulso de algo que está siendo forzado más allá de sus posibilidades y que todavía no ha decidido cuándo va a detenerse.

Siguió subiendo.

Llegaron a la coronación.

Carlos levantó la lámpara hacia el paramento sur.

El barro caía en tres corrientes paralelas desde las hiladas superiores, más anchas y más oscuras que a las seis, cargadas de material que el relleno interior seguía cediendo sin detenerse. La franja húmeda ocupaba ahora más de veinte metros de altura del paramento, desde la hilada veinticinco hasta casi la coronación.

Y el abultamiento lo vio en el primer relámpago.

Una protuberancia suave, apenas perceptible desde lejos, del tipo que no aparece en ningún manual de ingeniería porque ningún manual de ingeniería describe el aspecto que tiene una estructura cuando está a punto de dejar de ser una estructura. Carlos midió con los ojos. Dos dedos. Quizá tres. En un sillar de granito de una tonelada y media, esos dos o tres dedos de desplazamiento hacia afuera representaban una presión

interna que el mortero ya no contenía sino solo retrasaba.

—Es la zona cuatro —dijo Carlos.

—¿Cuánto tiempo? —dijo Manuel.

Carlos miró el paramento. Miró el río, que desde arriba era una masa blanca golpeando la base del muro con una regularidad que ya no era ritmo sino asedio. Miró el cielo, sin ninguna promesa de que la lluvia fuera a parar.

—No lo sé. Poco.

Manuel no respondió.

Bajaron. No había nada más que hacer en la coronación.

Al pie del muro, Carlos se detuvo.

El cobertizo estaba a cuarenta metros. Tomás esperaba allí con el cabo Fuentes y dos canteros que habían pedido quedarse. En los barracones del norte, doscientos dieciséis hombres dormían o intentaban dormir o escuchaban la tormenta con los ojos abiertos, y estaban vivos porque alguien había tomado una decisión a las cinco de la tarde que ningún cálculo le obligaba a tomar. Solo la conciencia de que si los números se equivocaban en esa dirección era preferible equivocarse en esa dirección que en la otra.

La evacuación era lo único que quedaría limpio en todo el expediente. Lo demás estaba manchado.

No era suficiente para salvar el nombre. Pero era suficiente para otra cosa.

Noche del 25 de noviembre de 1785. Casa de la familia Lemaur,

Madrid.

La caja de madera de pino era más pequeña de lo que Carlos esperaba.

La sala estaba llena de gente: oficiales del cuerpo, representantes del Banco, dos académicos que habían discutido con su padre durante veinte años y que habían venido a despedirse con la misma energía con que habían discutido. Carlos estuvo entre todos ellos durante horas, recibiendo condolencias que sonaban a fórmula, respondiendo con fórmulas que sonaban a condolencias, hasta que la sala fue vaciándose y al final solo quedaron él y Manuel.

Un hombre del Banco se acercó antes de irse. Cara de quien tiene que decir algo desagradable. La tercera emisión de Vales Reales destinada al canal quedaba suspendida hasta que la obra presentara un nuevo plan de avance.

Carlos escuchó la noticia junto al ataúd de su padre. Pensó que era perfecto. Que era exactamente el resumen de lo que era la obra.

Puso la mano en la tapa del ataúd. Madera de pino. No granito, no piedra. Madera de pino, que era lo que había, que era lo que todos terminaban siendo.

—Ya no te dirá nada más —dijo Manuel desde detrás.

Carlos no respondió.

—¿Tú lo sabías? —dijo Manuel. No era una acusación. Era la pregunta que Manuel tenía desde hacía días y que había esperado a que quedaran solos para hacer.

—¿Saber qué.

—Que estaba así. Que estaba tan mal.

Carlos miró la madera de pino. Pensó en las cartas del padre durante los últimos dos años: siempre sobre la obra, siempre con los números, sin ninguna palabra sobre estar enfermo ni sobre estar mal. La carta de octubre hablaba de la humedad del mortero.

—No —dijo Carlos.

Manuel no dijo nada más. Se limpió la cara con el dorso de la mano. Afuera, el sereno pasaba con su farol.

Carlos miró la madera de pino. Pensó en su padre, que había pasado dieciséis años en esa garganta y que ahora estaba en una caja y ya no iba a volver a ningún sitio.

—Prométeme —repitió Manuel.

Carlos retiró la mano del ataúd.

No prometió nada.

Esta noche no le repitió la orden a Manuel. Sabía que era inútil. Catorce años de trabajo juntos. Cuando Manuel decía no con esa voz, era no para siempre. Era la misma voz con la que le había pedido la promesa que Carlos no había dado, y ambos llevaban catorce años sabiendo que ese momento llegaría y que cuando llegara las posiciones iban a ser exactamente las de esta noche.

Se quedaron los dos al pie del paramento sur.

La lluvia seguía. Los truenos seguían. El río seguía subiendo.

A las once y cuarto, el muro empezó a hablar.

No era un sonido que Carlos pudiera haber descrito antes de escucharlo, porque no existía descripción previa en ningún libro de ingeniería, en ninguna lección de sus maestros en Francia, en ningún dictamen de ninguna academia. Era un chasquido. Pero chasquido es una palabra demasiado pequeña: era el sonido de varias toneladas de granito desplazándose milímetros bajo una presión que ya no podía contenerse, el sonido de lo que ocurre cuando la fuerza lateral acumulada supera en un punto exacto la resistencia del material que la contenía, y ese material cede un milímetro, y el sonido de ese milímetro en tres toneladas de piedra es lo que Carlos estaba escuchando.

Chasquido. Pausa.

Otro chasquido.

—¿Lo oyes? —dijo Carlos.

—Lo oigo —dijo Manuel.

—Es la zona cuatro. El muro transversal cuatro, en el encuentro con el paramento.

Otro chasquido. Más largo esta vez, más profundo, como si la primera vez hubiera sido el ensayo y esta fuera la voz real. Carlos lo situó con los ojos cerrados: no en el paramento exterior sino detrás, en el interior del relleno, en el punto donde el muro transversal número cuatro se unía al paramento sur con ese mortero del invierno de 1797 que había fraguado mal y que desde entonces había estado haciendo lo que puede hacer el mortero mal fraguado, que es soportar mientras no se le pide demasiado.

Esta noche se le estaba pidiendo demasiado.

El chasquido se repitió cuatro veces seguidas, con intervalos de quince o veinte segundos, y luego hubo una pausa más larga en que solo se escuchó la lluvia y el río y los truenos alejándose. Carlos estuvo a punto de pensar que lo peor había pasado, que el muro había cedido ese milímetro y había encontrado un nuevo equilibrio.

Estuvo a punto de pensarlo.

No llegó a pensarlo.

A las once y veintisiete, sin aviso adicional, sin chasquido previo, el primer sillar de la zona cuatro fue expulsado hacia afuera.

No como una piedra que cae. Como un disparo.

El sillar de granito — metro y medio de largo, noventa centímetros de alto, una tonelada y cuarto de roca que llevaba doce años formando parte de la estructura — salió despedido hacia el cauce con una velocidad que durante una fracción de segundo el cerebro de Carlos no supo procesar como real. Pasó a seis metros de donde estaban. Cayó en el cauce con un impacto que Carlos sintió en los pies a través del suelo de roca.

Carlos miró el hueco en el paramento.

La oscuridad dentro era diferente a la oscuridad de fuera: húmeda y cálida, de la que salía un chorro de agua cargada de arcilla que en los primeros segundos era un chorro y que Carlos sabía que en los minutos siguientes iba a ser otra cosa.

Miró a Manuel.

Manuel le miraba a él.

—Corre —dijo Carlos.

Corrían.

No había más decisión que esa: correr, alejarse del paramento, poner entre el cuerpo y la piedra toda la distancia que los pies pudieran ganar en el tiempo que quedara. Carlos no miraba atrás. Sabía lo que había detrás; lo había calculado, lo había anotado, lo había tocado con las manos, y ahora la única información útil era la que iban a darle los pies sobre el suelo.

Manuel corría a su lado. No delante, no detrás: al lado, igualado, que era como Manuel hacía todo.

El suelo de roca estaba cubierto de una lámina de agua que convirtió el primer paso en largo y el segundo en precario y el tercero en un equilibrio que Carlos mantuvo por instinto. Llevaba la lámpara todavía en la mano. No la soltó.

Llegaron al cobertizo.

Tomás no estaba. Había estado — había marcas de botas en el barro del umbral — pero ya no estaba.

Carlos tiró la lámpara sobre el banco de madera y miró hacia el paramento sur.

Desde cuarenta metros, en la oscuridad entre relámpago y relámpago, el paramento era una masa negra contra el cielo negro. De la zona central caían las tres corrientes grises, más gruesas ahora, más cargadas. El hueco donde había estado el primer sillar era apenas visible: una herida pequeña en la cara

del muro por la que el agua entraba y convertía en algo que crecía.

Carlos miraba el abultamiento.

Ya no eran dos o tres dedos. Era una curva visible incluso desde cuarenta metros, incluso en la oscuridad: una barriga que el relleno empujaba hacia afuera con toda la presión que llevaba horas acumulando, y que los sillares alrededor del hueco ya no podían contener porque ya no tenían la argamasa que los unía.

—¿Cuándo? —dijo Manuel.

Carlos no respondió. No porque no supiera la respuesta sino porque mientras abría la boca para decirla, el paramento sur contestó por él.

No fue una caída.

Carlos lo entendió en el momento en que ocurrió: una caída es algo que va hacia abajo por la fuerza de la gravedad, con la trayectoria predecible de lo que obedece las leyes que él conoce. Esto no fue así.

La zona central del paramento sur estalló hacia afuera.

No fue el granito lo que cedió primero. Fue la arcilla. La arcilla que llevaba doce años bebiendo, hinchándose, empujando desde dentro con la paciencia de lo que no tiene prisa porque no tiene voluntad, que es la peor clase de paciencia. Y cuando la arcilla encontró la junta que llevaba meses buscando, lo que salió hacia el cauce no fue piedra: fue todo lo que la piedra había estado conteniendo. La piedra vino

después, arrastrada, como quien no eligió marcharse sino que fue llevado.

Carlos lo vio. No lo entendió. Los números vendrían después. Ahora solo había el hueco y el agua entrando en él, y la sierra entera respondiendo con un sonido que no estaba en ningún libro.

El estruendo silenció los truenos.

Carlos lo sintió antes de escucharlo — como un golpe en el pecho, en los pulmones, en los oídos. El impacto del aire desplazado por doscientas toneladas de mampostería moviéndose al mismo tiempo: el crujido de la estructura rompiéndose, el golpe del granito contra el cauce, el agua del embalse entrando en todo el espacio que el muro le había negado durante doce años.

Carlos se quedó quieto.

No por elección: por la imposibilidad momentánea de procesar al mismo tiempo lo que escuchaba y lo que sentía y lo que necesitaba decidir a continuación.

Manuel estaba a su lado.

Los dos miraban el hueco donde había estado el muro.

El silencio de Carlos era el silencio de los números.

No el silencio del dolor ni el silencio del miedo: el silencio que queda cuando todos los cálculos que has estado haciendo durante días terminan de pronto en un resultado que no necesita más aritmética. El resultado estaba ahí, delante, en el hueco de cincuenta metros de ancho y cincuenta de alto que

el muro había dejado al caer, en el agua que fluía libre por el cauce, en las celdas abiertas y vaciadas que el relámpago siguiente iluminó como las costillas de un animal muerto.

—¿Estás bien? —dijo Carlos.

—Estoy bien —dijo Manuel.

Los dos se quedaron mirando el hueco. La lluvia seguía cayendo. El río seguía sonando. La noche seguía siendo noche. Carlos esperó a que alguna de esas cosas cambiara, a que el mundo le diera alguna señal de que lo que había ocurrido tenía un lugar donde colocarse.

El mundo no hizo nada de eso.

El río no necesitaba el muro para seguir siendo río. La sierra no necesitaba la presa para seguir siendo sierra. Doce años de trabajo habían desaparecido en dos segundos y la garganta seguía igual, como si nadie hubiera estado nunca, como si todo lo que habían levantado hubiera sido siempre solo una pregunta que la naturaleza acaba de responder.

Eso era lo que no estaba en ningún cálculo.

Carlos no pensó en reparar nada esa noche.

XXII. Después del Estruendo

15 de mayo de 1799, medianoche

———————————————————

Inés:

Son las doce de la noche o quizá la una, no tengo reloj a mano

y la vela lleva encendida tanto tiempo que ya no me fío de lo que queda de ella, y hay cuatro niños dormidos a mi alrededor en el suelo de la sala —los hijos de la Remedios, que su marido está abajo en el tajo y no ha vuelto todavía— y yo escribo aquí en la mesa del rincón con la letra más pequeña que puedo porque el papel escasea desde enero y no sé cuándo llegaré a poder mandarte esto, dado que el correo de los miércoles pasa por el camino que cruza el barranco y el barranco lleva esta noche cosas que prefiero no imaginar demasiado despacio.

Ha caído la presa. O una parte de ella, que todavía no sé exactamente qué parte porque desde aquí arriba, desde el cerro, en la oscuridad y con la lluvia, lo que uno ve es la oscuridad y la lluvia. Lo que uno oye es un ruido que no tengo manera de describir bien excepto diciéndote que fue como si alguien tirara al suelo una montaña. Primero los chasquidos, que llevaban media hora, y después un silencio de dos o tres segundos que fue el silencio más largo que he conocido en mis treinta y dos años, y después el ruido. El ruido que silencia los truenos. El ruido que hace que los niños que dormían despierten y se queden quietos mirando el techo sin llorar, porque hay ruidos que están por encima del llanto y este era uno de ellos.

Me quedé donde estaba, que era a mitad del camino entre el cerro y la casa, con la Remedios agarrada de mi brazo derecho y tres de sus hijos detrás, y no me moví durante el tiempo que tardé en entender que lo que había escuchado ya no podía deshacerse. Eso es lo que se aprende en estas cosas, Inés: no que el mundo se acabe, sino que hay momentos que son

definitivos, que van de un lado a otro del tiempo como una bisagra, y que cuando pasan ya no hay manera de estar en el lado anterior. Estuvimos allí sin movernos, la Remedios, los niños y yo, y la montaña seguía donde estaba y el río seguía corriendo y el cielo seguía lloviendo, y todo seguía igual y nada seguía igual, que es la descripción más exacta que tengo.

Después bajamos. Vine aquí con los niños porque la Remedios quería ir a buscar a su marido y yo no podía dejarla ir sola y tampoco podía dejar a los niños solos, de modo que discutimos eso durante unos minutos que no teníamos, con la lluvia encima y el ruido todavía resonando en algún lugar dentro del pecho donde los ruidos muy grandes se quedan instalados durante un rato, hasta que llegamos al acuerdo de que la Remedios iría al tajo y yo me quedaría con los niños, que es el tipo de acuerdo al que uno llega cuando no hay ningún acuerdo bueno disponible.

Miguel no está. Fue al tajo cuando empezaron los primeros avisos de la tarde y desde entonces no he tenido noticias, lo cual puede significar muchas cosas y prefiero no ordenarlas. Sé que el Sr. Lemaur dio orden de evacuar los barracones antes de las cinco de la tarde. Sé que Tomás Nates estuvo toda la tarde moviendo hombres. Sé que el tajo llevaba horas sin penados dentro cuando cedió el paramento. Sé estas cosas porque las escuché de boca del propio Tomás cuando bajé a buscar a la Remedios y él subía el camino con dos hombres de la cuadrilla, y me dijo eso —que los barracones estaban vacíos — antes de seguir subiendo sin mirarme, que es la manera que tiene Tomás de decir las cosas importantes: de paso y sin pararse a ver si las has entendido, porque confía en que sí.

No sé más que eso. No sé qué quedó en pie y qué no quedó. No sé qué va a pasar mañana con la obra, con el Banco, con el expediente. No sé si Miguel está bien, aunque si Tomás me dijo que los barracones estaban vacíos quiero creer que eso incluye a los hombres de guardia, entre los cuales supongo que estaba mi marido.

Lo que sí sé —y esto te lo digo sin que me tiemble la mano, que a estas horas tampoco hay motivo para ser elegante— es que el cielo de tormenta era cielo de tormenta y que los muros que lloran no lloran por afición sino porque tienen un motivo. Que si alguien me hubiera preguntado en marzo si esto iba a ocurrir, yo habría respondido que no lo sabía pero que tenía mis sospechas, y mis sospechas habrían señalado en esta dirección. Naturalmente nadie me preguntó en marzo. Los procedimientos no contemplan ese tipo de consulta.

Pero te cuento esto y no sé muy bien por qué, porque es medianoche y hay niños dormidos y una vela que se acaba, y de lo que tendría que hablar es de lo que pasó y no de lo que debería haber pasado, y lo que pasó es el ruido —el ruido que fue como si alguien tirara al suelo una montaña— y el silencio de antes, y los niños que se quedaron quietos mirando el techo, y la Remedios que me apretó el brazo tan fuerte que mañana voy a tener el moratón, y Tomás que subía el camino y de paso me dijo que los barracones estaban vacíos como si eso fuera una cosa normal de decir de paso en medio de la noche, y yo aquí, escribiéndote porque si no escribo me parece que las cosas se me van a escapar entre los dedos antes de que pueda saber exactamente qué son.

Uno de los niños se ha movido. El pequeño. Ha estirado el

brazo, ha tocado el suelo y ha vuelto a dormirse. Tiene cuatro años y esta noche escuchó el ruido que silencia los truenos y ya está durmiendo.

Yo tengo treinta y dos y sigo aquí con la pluma en la mano.

Te escribo mañana cuando sepa más.

P.D.: Acaba de llegar Miguel. Está bien. Tiene barro hasta la rodilla y una expresión que no le había visto nunca, que no sé cómo describir excepto diciéndote que es la expresión de alguien que acaba de ver algo que va a tardar mucho tiempo en dejar de ver. Me ha dicho que no hubo muertos. Que Tomás sacó a los hombres de las celdas antes de que cediera el paramento. Que gracias a Tomás.

Escribo esto y no sé si reír o llorar, así que escribo.

XXIII. El Amanecer

15 de mayo de 1799

La luz llegó por el este sin avisar, como siempre, y lo primero que iluminó fue el hueco.

Carlos lo vio desde el centro del cauce, donde llevaba parado desde medianoche, y tardó un momento en procesar lo que veía porque el ojo busca lo que conoce y durante doce años lo que el ojo había encontrado en ese lugar era granito: la coronación del paramento sur recortada contra el cielo, cuarenta y cinco metros de muro que empezaba en el agua y terminaba más arriba de donde alcanzaba la vista desde abajo.

Esta mañana el cielo estaba donde debería estar la piedra. Cuarenta y ocho metros de cielo, con la sierra al fondo y las nubes todavía bajas del temporal, y abajo los escombros, y el río pasando entre ellos con una calma que no tenía anoche.

El río sonaba distinto. Más bajo, más ancho, más tranquilo. El sonido de un río al que han quitado un obstáculo que llevaba doce años en su camino. Carlos lo escuchó durante un tiempo que no supo contar. Había pasado la noche calculando —era lo único que sabía hacer con el cuerpo quieto y el mundo roto — pero ahora, con la primera luz, los cálculos no llegaban. Solo estaba el hueco y el sonido del río y el frío de mayo en la garganta, y los pies hundidos en el barro desde medianoche.

Manuel estaba detrás, a ocho pasos. Llevaba allí toda la noche.

—¿Has dormido algo? —preguntó Carlos sin girarse.

—No.

—Bien.

El paramento norte estaba intacto. Carlos lo vio cuando giró la cabeza: la coronación en su sitio, los contrafuertes firmes, la hilada de base mojada pero sin desplazamiento. El norte aguantó. Carlos lo miró durante un rato largo sin pensar en por qué, porque pensar en por qué era para más tarde, cuando tuviera papel y luz suficiente para escribir lo que sabía.

Buscó la libreta. No estaba en los bolsillos del capote ni en el bolsillo interior. La había tenido en la mano en algún momento de la noche anterior, antes de que cediera el lienzo. Se quedó quieto un momento con las manos en los bolsillos vacíos, mirando el norte intacto, y luego dejó de buscar.

Madrid. Calle del Turco, número cuatro.

La casa de Fernando de Gaver olía a brasero y a papel húmedo, que era el olor propio de los despachos madrileños en primavera, cuando el invierno se niega a terminar del todo y los archivos transpiran con los primeros calores. Gaver llevaba despierto desde antes del amanecer, que era su costumbre cuando esperaba correo urgente, y el correo llegó a las siete de la mañana con un mensajero del Banco que traía la cara de alguien que ha galopado cuatro horas y no entiende del todo lo que lleva.

El billete era de Orduña, el agente del Banco en el Gasco. Tres líneas:

En la noche del 14 al 15 del corriente ha cedido el paramento meridional de la presa. Lienzo de aprox. cincuenta varas. Sin víctimas por evacuación previa. El ingeniero Lemaur remitirá informe en dos o tres días. Aguardo instrucciones.

Gaver leyó las tres líneas dos veces. Luego las dobló y las dejó sobre la mesa.

Se levantó. Fue a la ventana. La calle del Turco a las siete de la mañana estaba vacía salvo por un aguador y un coche de caballos que doblaba hacia el Prado. Madrid no sabía todavía lo que había pasado en el Guadarrama. Mañana o pasado lo sabría: los rumores viajan más rápido que los informes oficiales y llegan antes de que nadie haya tenido tiempo de encuadrarlos.

Sacó papel. Escribió la fecha: 15 de mayo de 1799. Escribió el nombre: Don Rodrigo de Montoya, Vocal de la Junta de

Gobierno del Banco de San Carlos.

Escribió despacio:

La Academia de Ingeniería ha advertido reiteradamente desde 1794 que las condiciones geológicas y climáticas del cauce del Guadarrama presentaban riesgos significativos para la integridad estructural de un paramento de las dimensiones proyectadas por el ingeniero Lemaur. Los sucesos de la noche del 14 al 15 del corriente confirman, con la elocuencia que solo tienen los hechos consumados, que aquellas advertencias no carecían de fundamento.

Terminó la carta. La releyó. La dobló, la lacró, llamó al criado.

—Al Banco. Hoy.

Carlos tardó una hora en recorrer la ruina.

Sin la libreta lo que quedaba era la impresión: el borde de la brecha con el corte limpio y el mortero blando al tacto, más blando de lo que doce años de fraguado justificaban; las celdas de la zona cuatro abiertas al cauce como habitaciones sin fachada, los ganchos de las herramientas todavía en su sitio en las paredes que quedaban; el túnel de desvío con la boca enterrada bajo escombros. Pasó la mano por la piedra del norte, fría y firme. La misma piedra, la misma mano, los mismos planos. La diferencia no estaba en la piedra.

Volvió al centro del cauce y se quedó quieto.

Calculó. No con papel: de la misma manera en que calcula alguien que lleva doce años con los números de esa obra en la cabeza. El lienzo caído, el mortero que había que quitar y

rehacer, los andamios, la cantera, el transporte, los meses. Lo calculó dos veces porque la primera vez el número le pareció demasiado grande, y la segunda vez fue el mismo.

—Carlos.

Manuel. A ocho pasos.

—Deja que termine.

Manuel esperó.

—El daño es reparable —dijo Carlos—. Coste: doscientos sesenta y seis mil reales.

El silencio que siguió tenía el peso específico de los silencios que ocurren cuando un número es demasiado grande para decirse en voz alta sin que el aire cambie de consistencia. El río pasaba entre los bloques. En algún árbol de la ladera habían empezado los pájaros.

—Entonces el número es una apuesta —dijo Manuel.

—Es una apuesta. Pero los cálculos son correctos. El norte aguanta. Lo que cayó puede levantarse.

Manuel asintió muy despacio. No era el asentimiento de alguien convencido. Era el de alguien que entiende que no hay otra cosa que hacer excepto seguir.

—¿Cuándo mandas el correo a Madrid?

—Hoy.

Carlos empezó a caminar hacia la caseta de ingenieros, donde los planos seguían en sus tubos de cuero sobre la mesa y la lámpara de aceite llevaba encendida desde medianoche. Entró. Apagó la lámpara. Sacó papel. Se sentó.

Escribió la fecha: *15 de mayo de 1799.*

Escribió la primera línea: *En la madrugada del día de hoy, a consecuencia de las lluvias extraordinarias del mes de mayo y de la presión acumulada en las celdas internas del paramento meridional, ha cedido un lienzo de cuarenta y ocho metros en la zona central de dicho paramento.*

Se detuvo. Leyó lo que había escrito.

En Madrid, Gaver esperaba respuesta de Montoya. En el Gasco, Carlos tenía dos o tres días antes de que esa respuesta llegara. Dos o tres días para que su versión existiera antes de que la otra lo borrara.

Siguió escribiendo.

XXIV. Lo Que Queda en Pie

15 de mayo de 1799, amanecer

———————————————————

Bajó solo.

No hubo orden, no hubo nadie que le dijera que bajara ni nadie que le dijera que no bajara, y tampoco era la primera vez que hacía algo sin que nadie se lo dijera, porque en doce años en el Gasco había aprendido que las cosas que nadie dice que hay que hacer suelen ser las más necesarias. Bajó el camino cuando la luz fue suficiente para ver dónde pisaba, con la capucha del capote todavía levantada porque el aire de la garganta venía frío y húmedo y cargado de ese olor a piedra mojada y tierra revuelta que Tomás conocía de las

canteras — el olor que tiene la roca cuando se rompe por donde no debe romperse.

El tajo estaba en silencio.

No el silencio de la noche, que tiene sus propios sonidos. Sino el silencio de un lugar que hasta hacía pocas horas había tenido quinientos hombres trabajando y que ahora no tenía ninguno. El silencio del después, que Tomás había aprendido a reconocer en las canteras cuando había un accidente y los hombres paraban de golpe y durante unos segundos la montaña entera parecía contener la respiración.

Llegó al cauce.

Desde arriba lo había visto, pero verlo desde abajo era otra cosa. El hueco del paramento sur era una herida en el cielo — cuarenta y ocho metros de anchura donde antes había granito y ahora había aire y nubes y la sierra al fondo — y los escombros abajo, bloques enormes volcados en el cauce como si alguien hubiera vaciado una cantera entera de una sola vez. El río pasaba entre ellos con esa calma nueva que tenía desde la noche anterior. La calma de algo que ha encontrado su sitio después de mucho tiempo buscándolo.

Tomás empezó por el lado sur, que era por donde más escombros había y más posibilidades de que alguien hubiera quedado atrapado si la evacuación no había sido completa. Sabía que lo había sido. Había contado él mismo, con El Gato, barracón por barracón: doscientos dieciséis hombres fuera antes de las seis de la tarde. Pero saber una cosa y comprobarla son cosas distintas, y Tomás era hombre de

comprobar.

Fue bloque a bloque. Algunos de los sillares caídos eran más grandes que la caseta del sobreestante — tres o cuatro toneladas de granito volcadas sobre el lecho del río — y Tomás los rodeaba despacio, mirando debajo, mirando los huecos que dejaban unos con otros. No había nadie. Ni debajo de los bloques, ni entre los bloques, ni en los márgenes del cauce donde el agua había arrastrado cascotes y mortero y ramas de los árboles que el río traía de arriba.

Llegó a las celdas abiertas.

La zona cuatro estaba expuesta al cauce. De cerca podía ver lo que habían sido los barracones: los ganchos de hierro donde los hombres colgaban las herramientas, todavía en su sitio en las paredes que quedaban en pie; el banco de piedra corrido a lo largo de la celda donde dormían los penados, con el barro encima que el agua había dejado al retirarse; los restos de una hoguera en el centro, ceniza mojada y negra.

Tomás conocía ese banco de haberlo visto mil veces — de haberlo pisado alguna noche cuando pasaba revisión y los hombres dormían en fila sobre él con las capas encima, ciento veinte hombres en dos filas, cabeza con cabeza, y el olor a sudor y a cal que nunca se iba del todo aunque ventilaran. Esos hombres estaban ahora arriba, en alguno de los mesones del camino o en el campo, y mañana llegaría alguien de Madrid a decirles qué pasaba con sus condenas. Pero esta noche no estaban aquí.

Puso la mano en el banco. La piedra estaba fría y cubierta de

barro, y debajo del barro era granito del mismo que él había ayudado a colocar en 1791, cuando las celdas de la zona cuatro se construyeron y él era todavía cantero de la cuadrilla de Ribas. Buen granito. Granito que había aguantado ocho años y que seguiría aguantando otros ochenta si nadie lo movía de su sitio.

El problema nunca había sido el granito.

Fue por el perímetro de los escombros hasta el túnel de desvío, con la boca tapada por una pila de cascotes de tres metros, y desde allí subió por la ladera norte hasta donde empezaban las celdas de la zona uno y la zona dos, que estaban intactas, con las puertas cerradas con el pasador de madera por fuera, tal como las había dejado él mismo la tarde anterior. Las abrió una por una. Entró en cada una. Miró. No había nadie.

Cuando terminó con las celdas volvió al cauce y se quedó parado en el centro, mirando el conjunto. No había heridos. No había muertos. Doscientos dieciséis hombres habían salido con tiempo suficiente, y el tiempo suficiente lo había dado la evacuación de las cinco de la tarde, y la evacuación de las cinco de la tarde la había dado la orden del ingeniero y la había ejecutado él con El Gato y con tres hombres de la cuadrilla en menos de dos horas. Eso era lo que había pasado.

Entonces vio la libreta.

Estaba entre dos bloques de mampostería caída, en la orilla sur del cauce, medio cubierta de barro, con las tapas de cuero

oscurecidas por el agua. Una libreta pequeña, del tamaño de la mano, con las esquinas redondeadas del uso. Tomás la conocía. La había visto en la mano del ingeniero docenas de veces, en el tajo, en las inspecciones, en las conversaciones que siempre habían terminado con el ingeniero anotando algo con su letra pequeña y apretada.

Se agachó y la cogió.

Estaba empapada, pero las tapas de cuero habían protegido las páginas lo suficiente para que se pudieran leer. Las abrió con cuidado, separando las hojas pegadas por la humedad, y las fue pasando despacio. Había cálculos, columnas de números con anotaciones al margen, bocetos de secciones del paramento, fechas.

Pasó las hojas hacia el final. La entrada del 10 de mayo ocupaba una página entera: cálculos en la parte de arriba y debajo, en letras más grandes que el resto, subrayadas:

Grietas capilares en muros transversales — zona central. Prioridad: media.

Tomás leyó eso.

Lo leyó una vez y lo entendió a la primera. Él había dicho esas mismas palabras, o palabras muy parecidas, en abril, cuando había subido a hablar con el ingeniero y el ingeniero le había escuchado y había anotado en la libreta mientras Tomás hablaba, y Tomás había pensado entonces que quizá esta vez sí, quizá esta vez el ingeniero lo había entendido de verdad y no solo anotado.

Prioridad media. Eso era lo que el ingeniero había entendido.

Miró la ruina. El hueco sur. Los bloques en el cauce. Las celdas abiertas. El río con su calma nueva. Todo eso era la consecuencia de esas tres palabras. No de la tormenta, que la tormenta hubiera pasado igual. No del diseño, que el diseño era correcto.

Tres palabras escritas con letra apretada en la última página útil de una libreta que había pasado la noche entre los escombros.

Cerró la libreta.

La tuvo en la mano un momento, mirando las tapas de cuero mojadas. Pensó en subir a la caseta y dársela al ingeniero, que la estaba buscando. Era la libreta del ingeniero. Le correspondía al ingeniero.

Pero también tenía dentro la anotación del 10 de mayo.

Y la anotación del 10 de mayo era la única prueba escrita, de la mano del propio ingeniero, de que había sabido lo que había sabido y decidido lo que había decidido. Que las grietas existían. Que las había catalogado como prioridad media y no como prioridad urgente. Que entre esa decisión y el hueco de cuarenta y ocho metros en el paramento sur había exactamente veinte días.

Tomás metió la libreta en el bolsillo interior del capote.

Se quedó un momento con la mano encima del bolsillo. Notó el volumen pequeño contra el pecho. No pensó en nada que lo justificara ni en nada que lo condenara. Lo había hecho. Ya estaba hecho.

Luego miró el paramento norte.

El norte seguía en pie. Con la luz gris de la sierra cayendo sobre la coronación, el paramento norte tenía la misma presencia que siempre había tenido. Subió por los escombros hasta donde podía tocar la base, encontró un tramo sin barro, y puso la palma en la piedra.

La piedra estaba fría y firme. Sin vibración, sin humedad anormal, sin ninguno de los signos que Tomás sabía reconocer en una piedra que está cediendo. Era granito sólido, bien colocado, con las juntas de mortero fraguadas y duras. Tomás había puesto algunas de esas hiladas él mismo, en los años de las primeras campañas, y reconocía su propio trabajo en la regularidad de las juntas y en la forma en que los sillares encajaban.

Retiró la mano.

Bajó por los escombros y se alejó en dirección norte, hacia los barracones de los canteros libres, que estaban intactos y vacíos. Se sentó en el escalón de piedra de la entrada. Sacó del zurrón el pedazo de pan que llevaba desde la noche anterior y lo comió despacio, mirando el tajo vacío, el cauce, el hueco sur, el norte en pie.

El sol no había salido todavía pero el cielo al este era ya de ese color blanco que viene antes del sol, y los pájaros habían empezado en algún árbol de la ladera, y el río sonaba como sonaba ahora el río — más ancho y más bajo que antes, el sonido de un río que ha encontrado lo que buscaba.

Tomás terminó el pan. Se limpió las manos en el capote. Notó

el peso de la libreta en el bolsillo interior, un peso pequeño, del tamaño de una mano.

Lo dejó estar.

XXV. El Informe

16–17 de mayo de 1799

———————————————————

El primer borrador lo terminó la tarde del dieciséis y no decía nada.

Era una página y media de prosa técnica correcta: los datos del derrumbe, las dimensiones del lienzo caído, el estado del paramento norte, el volumen estimado de los escombros. Datos verificados, cifras exactas. Carlos lo leyó y lo pasó a Manuel.

Manuel lo leyó de pie junto a la ventana, con la luz de la tarde cayendo sobre el papel.

—Es correcto —dijo cuando terminó.

—Lo sé.

—Pero no dice nada.

Carlos no respondió porque Manuel tenía razón y porque un informe correcto que no dice nada es exactamente lo que un inspector de Madrid puede usar para lo que quiera. Una arma sin propietario. El primero que la recoge decide para qué sirve.

Estaba doblada en tres, entre los planos de la coronación y los cálculos de cimentación. La había guardado el trece por la noche porque no podía abrirla entonces — no que no tuviera tiempo, sino que no podía: hay momentos en que leer una carta de la persona que uno quiere es cruzar de un mundo al otro y volver, y a veces cuesta más de lo que parece.

La abrió.

Madrid, veinte de abril de 1799. Casi un mes. Ana le preguntaba cuándo volvería, no con impaciencia sino con la quietud que tenía cuando preguntaba las cosas que de verdad quería saber. Decía que los niños le preguntaban por él. Que Luis había aprendido a leer tres palabras nuevas esa semana y que la primera había sido *papá* , que era la que le habían enseñado primero porque era la que el niño pedía escuchar con más frecuencia. Decía también que el precio del aceite había subido y que la cocinera se quejaba.

Carlos la leyó dos veces. La segunda más despacio.

La dobló en tres y la dejó sobre la mesa, al lado del plano de sección. No respondió la carta.

El segundo borrador fue más difícil.

Carlos empezó con la intención de explicar la secuencia de decisiones que habían llevado al derrumbe: no como confesión sino como análisis de ingeniería. El diseño: correcto. Los materiales: correctos. La ejecución: mayoritariamente correcta, con excepciones en las hiladas superiores de la zona central colocadas en condiciones de temperatura insuficientes para el fraguado del mortero. Las inspecciones: realizadas

conforme al protocolo, con alguna observación sobre el estado del mortero en las juntas que había sido registrada y clasificada según su nivel de urgencia.

Se detuvo ahí.

Sabía exactamente lo que significaba esa última frase y lo que no significaba. Y sabía que cualquier inspector con dos dedos de frente sabría también la diferencia: la que hay entre un ingeniero que había cometido un error de juicio y un ingeniero que había ocultado un error de juicio. En términos de expediente, no era menor.

El problema era que las dos versiones eran verdad. Las grietas habían sido detectadas y catalogadas. En abril, sin las lluvias extraordinarias de mayo como factor conocido, prioridad media era una decisión técnicamente defendible. Carlos podía construir el argumento — sabía exactamente cómo construirlo. Y sabía también que construirlo era lo mismo que no decir nada, pero con más palabras y más respaldo técnico.

Lo que ningún borrador podía escribir era lo que Carlos sabía de verdad: que en abril, cuando Tomás Nates le había descrito el estado de las juntas, había habido un momento — breve, de menos de un segundo — en que algo en él había reconocido que lo que Tomás describía era urgente y no medio; y que ese momento había pasado y él había escrito *media* y había seguido, porque parar la obra en abril con el expediente de Gaver encima de la mesa y los fondos del Banco cortados era una decisión que sus cálculos no podían sostener aunque su juicio pudiera verla.

Eso no podía escribirse en ningún informe oficial.

El segundo borrador llegó a doce páginas. Carlos lo descartó entero la tarde del diecisiete.

El tercer borrador lo escribió más deprisa que los otros dos. Los anteriores le habían enseñado exactamente qué no podía decir el informe; el tercero era el intento de decir todo lo que podía decirse dentro de esos límites.

En la sección de análisis técnico escribió, eligiendo cada palabra con la atención con que se coloca un sillar que no puede cambiarse de posición una vez que el mortero ha fraguado, el párrafo que llevaba dos días intentando escribir. Era un párrafo de nueve líneas. Decía que en el mes de abril se habían detectado grietas capilares en los muros transversales de las celdas interiores; que dichas grietas habían sido catalogadas como de prioridad media según el protocolo de inspección vigente; y que una revisión posterior, a la luz del colapso producido, sugería que la catalogación podría haber sido insuficiente en relación con las condiciones de saturación hídrica que se desarrollarían en las semanas siguientes.

No decía más que eso. No nombraba a nadie. Pero lo decía.

Lo releyó tres veces. Las tres veces era igual.

Manuel leyó el tercer borrador aquella noche, sentado a la mesa frente a Carlos, con la lámpara de aceite entre los dos. Cuando llegó al párrafo nuevo lo leyó dos veces — Carlos lo supo porque vio cómo los ojos de Manuel se detenían y volvían al principio de las nueve líneas.

Manuel dejó el informe sobre la mesa.

—Quítalo —dijo.

Carlos no preguntó a qué se refería.

—Si lo quito el informe no dice nada que no supiera ya Gaver antes de leerlo.

—Si lo dejas —dijo Manuel—, el informe dice exactamente lo que Gaver necesita para cerrar el expediente de la manera que le convenga. No lo que pasó. Lo que le convenga.

Carlos miró el párrafo. La precisión técnica era el único escudo que tiene un ingeniero frente a la arbitrariedad política; eso le habían enseñado en Mézières. Los números no mienten aunque la gente que los usa sí puede mentir.

—Es la verdad —dijo Carlos.

—Lo sé —dijo Manuel—. Quítalo.

Hubo un silencio que duró lo suficiente para que Carlos escuchara el río fuera — ese sonido nuevo y más ancho — y el viento en la ladera, y el crujido de la madera de la caseta contrayéndose con el frío. Manuel no se movió. No insistió. Sabía cuándo había dicho suficiente.

Carlos pensó en su padre. No en el padre de los malos recuerdos sino en el padre del despacho de la Academia, el que revisaba los informes antes de entregarlos al Consejo y que le había dicho una vez, cuando Carlos era todavía estudiante: *los informes honestos son para el archivo privado. Los informes que sobreviven son los que nadie puede usar en tu contra.* Carlos había pensado entonces que eso era cinismo. Ahora sabía que era otra cosa.

Pensó también en que no tenía la libreta. Sin la libreta no tenía el registro escrito de la anotación del diez de mayo — el único respaldo documental que habría dado peso a las nueve líneas. Sin ese respaldo eran verdad, pero una verdad que flotaba sola, sin el ancla del archivo, y una verdad que flota sola es tan peligrosa como una mentira bien documentada porque cualquiera puede decidir qué hace con ella.

Cogió la pluma. Tachó las nueve líneas. No con un trazo descuidado sino con la misma atención con que habría corregido un error de cálculo: cubriendo cada línea completamente, sin dejar nada legible debajo. Cuando terminó, el párrafo era una mancha rectangular en el centro de la página doce — del tipo de mancha que cualquier lector reconocería como algo deliberadamente eliminado.

Lo cual era, en cierta forma, más elocuente que haberlo dejado.

Manuel no dijo nada. Se levantó, fue a la ventana, miró hacia el cauce oscuro donde el paramento norte seguía en pie. Luego se giró.

—Es el mejor informe que podías escribir con lo que tienes.

—Con lo que tengo —repitió Carlos.

Era una manera de decir varias cosas a la vez. Sin la libreta faltaba el registro del diez de mayo. Sin ese registro el párrafo era una acusación sin prueba. Quizá la libreta aparecería y quizá no, pero en cualquier caso el informe tenía que estar terminado antes de que llegara Gaver.

—Mañana lo paso a limpio —dijo.

Manuel asintió. Fue a la puerta. Se detuvo con la mano en el marco y Carlos pensó que iba a decir algo más, pero Manuel no dijo nada porque sabía, igual que Carlos sabía, que todo lo que había que decirse ya se había dicho.

—Duerme un poco.

Carlos miró la carta de Ana, doblada en tres sobre la mesa. Miró el informe, con la sección tachada en la página doce. Miró el plano de sección del paramento sur, que mostraba la estructura que ya no existía con la misma fidelidad geométrica con que habría mostrado la que sí existía — porque los planos no saben la diferencia entre lo construido y lo destruido.

—Sí —dijo.

Manuel salió. Carlos no durmió. Se quedó sentado con el informe delante, doce páginas con la mancha rectangular en la doce, y lo releyó una vez más de principio a fin.

Era correcto.

Era insuficiente de la manera en que son insuficientes las cosas que no pueden ser de otra manera.

XXVI. Gaver Llega al Gasco

18–19 de mayo de 1799

El correo de Lemaur llegó a Madrid el diecisiete por la tarde.

Gaver lo leyó el dieciocho por la mañana, en el despacho de la

Academia, sentado ante la mesa que llevaba ocupando veintisiete años. Leyó el informe despacio, con la atención metódica de tres décadas leyendo documentos que decían una cosa y querían decir otra. Era un buen informe. Técnicamente irreprochable. En el vocabulario de los documentos oficiales, exactamente lo que debía ser: completo en los datos, prudente en las conclusiones, limpio en la prosa.

También tenía, en la página doce, una mancha rectangular que cualquier lector experimentado reconocería sin dificultad como una tacha. Algo escrito y eliminado. Gaver la miró un momento y luego pasó la página, porque lo que había debajo no necesitaba ser leído para ser entendido.

Salió de Madrid esa misma tarde.

Gaver había hecho el mismo trayecto en distintas épocas y con distintos propósitos. Esta vez la razón era la más sencilla: verificar. No los cálculos, que había verificado tres veces en cuatro años y que cada vez resultaban correctos, aunque jamás lo hubiera puesto por escrito porque habría sido innecesario y contraproducente en igual medida. Verificar la ruina. Ponerle los ojos encima y decidir qué parte de la verdad necesitaba el expediente.

Lo que sabía: el diseño era correcto, los materiales adecuados, la ejecución comprometida por los plazos que el Banco había impuesto en las campañas de invierno, y el resultado un paramento meridional con la geometría correcta pero sin la cohesión necesaria para resistir la saturación extraordinaria de mayo. Lo que no sabía: la extensión exacta de los daños, el

estado del paramento norte, si la cimentación había sufrido. Los informes nunca responden todas las preguntas, que es su función más importante: no la de contener la verdad sino la de contenerla en la proporción que resulta útil.

Llegó al Gasco el diecinueve al mediodía.

Lo primero que vio desde el camino fue el hueco. Era imposible no verlo: cuarenta y ocho metros de cielo donde antes había un paramento, la sierra al fondo, los escombros abajo. Gaver se detuvo. No por emoción — había aprendido hace mucho tiempo a no confundir la impresión visual con la emoción — sino porque la escala requería un momento de ajuste. Los números eran correctos. Pero los números no transmitían lo que transmitía el hueco desde el camino: que aquello había sido algo real, construido por hombres reales durante doce años, y que ya no estaba.

Bajó al cauce.

El ingeniero lo esperaba al pie del paramento norte, de pie, con la espalda recta y los ojos sin expresión recognoscible — la de los hombres que han pasado días sin dormir bien y han gastado toda su energía en mantener la calma necesaria para funcionar. A su lado estaba el hermano, más bajo y más oscuro, con la misma postura de espera. Gaver los saludó con la formalidad que la situación requería.

—Inspector Gaver —dijo el ingeniero.

—Lemaur —dijo Gaver.

Gaver se giró hacia el hueco.

Pasó una hora inspeccionando. Fue por el cauce de sur a norte, mirando los escombros, la brecha, el paramento norte. Sabía lo que estaba mirando: la diferencia entre un fallo de diseño, un fallo de ejecución y un fallo de decisión, que son tres cosas distintas aunque en los informes oficiales tiendan a confundirse porque la distinción resulta inconveniente para casi todo el mundo. Caminó despacio, anotando en el cuaderno de campo. Los Lemaur lo siguieron a distancia discreta.

Las celdas de la zona sur eran lo más revelador. Gaver se detuvo ante los muros que quedaban en pie y examinó las juntas del mortero con la atención de quien sabe qué está buscando. El mortero era deficiente, pero de una manera específica: no en todo el paramento sino en las hiladas que correspondían a las campañas tardías, colocadas con el frío ya instalado. Por encima de las cotas de trabajo anteriores a 1797 el mortero era bueno. Por debajo, también. Un fallo acotado en el tiempo, que correspondía exactamente al periodo en que el Banco había demorado los fondos y la obra había acelerado para recuperar el retraso. Gaver lo anotó sin sorpresa, con la precisión neutra del que registra un dato ya esperado.

El paramento norte estaba en condiciones notables. Lo inspeccionó con atención particular, palpando las juntas, revisando la coronación, comprobando los contrafuertes. Era un trabajo de primera calidad. El granito bien colocado, el mortero fraguado correctamente, la geometría la del plano.

El borde de la brecha era lo que el informe describía: un corte casi vertical, los sillares inferiores en posición, el mortero de las juntas superiores blando al tacto. Demasiado blando para

dieciocho meses de fraguado. Gaver conocía esa cadena porque la había visto en otras obras y porque él mismo, en sus dictámenes de 1796 y 1797, había recomendado revisar los plazos de las campañas de invierno. Las recomendaciones no habían sido atendidas.

Terminó la inspección. Volvió a donde esperaban los Lemaur.

El ingeniero le entregó el informe sin que Gaver lo pidiera. El gesto de alguien que lleva días esperando ese momento y ha decidido que esperar más no sirve de nada. Gaver lo recibió, lo puso bajo el brazo, asintió.

—Mañana hablamos —dijo.

Fue a la caseta que le habían preparado al norte del tajo. Se sentó ante la mesa. Sacó el cuaderno privado.

El cuaderno privado era distinto del de campo. El de campo era para los datos de la inspección, los números que luego pasaban al informe oficial con los ajustes que el informe necesitara. El privado era para lo que Gaver pensaba de verdad, que no siempre coincidía con lo oficial y que tampoco era necesario que coincidiera.

Abrió el cuaderno. Leyó la última entrada, del dieciocho de mayo:

Informe de Lemaur recibido. Técnicamente correcto. La tacha en p. 12 sugiere que el ingeniero sabe más de lo que escribe, lo cual no es sorprendente. Procede inspección in situ.

Escribió debajo:

19 de mayo. Inspección completada. Paramento norte: en condiciones excelentes. Brecha sur: consistente con el informe. Mortero deficiente por condiciones de colocación en invierno de 1797. El diseño es correcto. Los cálculos de Lemaur son correctos. El problema nunca fueron los cálculos.

Cerró el cuaderno.

Se quedó quieto un momento, mirando la cubierta de cuero. Era del mismo tipo que el que usaba el ingeniero — el mismo tamaño, las mismas esquinas redondeadas. Había visto ese cuaderno en la mano de Lemaur durante las inspecciones de los años anteriores. Hoy no estaba en la mano del ingeniero. Era un detalle menor, del tipo que Gaver notaba porque notaba ese tipo de detalles.

Abrió el informe de Lemaur. Lo releyó completo, buscando no los datos sino la arquitectura del documento: qué había elegido incluir el ingeniero, en qué orden, con qué énfasis, y qué forma tenía la ausencia de lo que no había incluido.

Era el documento de un hombre que había intentado ser honesto y que había decidido, en algún punto del proceso, que la honestidad completa no era posible en el formato disponible. La sección sobre las inspecciones de abril era precisa pero incompleta: describía lo que se había hecho sin entrar en lo que se había decidido no hacer — omisión técnicamente legítima y humanamente comprensible. La sección sobre la evacuación era la más completa del informe, lo cual era también un dato: el ingeniero sabía que era su activo más sólido y lo había documentado con una

minuciosidad que no aparecía en ninguna otra sección.

Y estaba la tacha. Doce páginas, mancha rectangular en la última, perfectamente encuadrada. Gaver no necesitaba saber qué decía para entender la función que cumplía: era la evidencia de que el ingeniero había escrito algo verdadero y lo había eliminado. Prueba a la vez de lucidez y de prudencia. Un hombre sin lucidez no habría escrito ese párrafo. Un hombre sin prudencia no lo habría tachado. Lemaur tenía ambas cosas, que era exactamente lo que hacía el expediente complicado: los hombres sin lucidez son fáciles de manejar, y los hombres sin prudencia también. Los que tienen las dos requieren más trabajo.

Sacó papel limpio. Empezó el borrador de su propio informe.

No tardó mucho. Treinta años habían convertido el proceso en algo casi mecánico: identificar qué parte de la verdad era útil para el expediente, qué parte peligrosa, qué parte irrelevante, y construir con la parte útil un documento técnicamente correcto y administrativamente funcional.

Escribió sobre el diseño: correcto. Los materiales: adecuados. La ejecución: conforme al protocolo en términos generales, con observaciones sobre las condiciones de colocación del mortero en las campañas de invierno de 1797, subóptimas debido a restricciones de calendario impuestas por la disponibilidad de fondos. Esa última frase era la más precisa del informe, y también la que más claramente distribuía la responsabilidad de manera que ningún actor singular pudiera ser señalado como causante único.

Escribió sobre el estado actual: el paramento norte intacto, la posibilidad técnica de reconstrucción con recursos adecuados, el coste estimado. Aquí copió, con mínimas modificaciones, la cifra del informe de Lemaur: doscientos sesenta y seis mil reales. Era un número correcto, y era lo suficientemente grande como para que el Banco decidiera que la reconstrucción no era razonable en las circunstancias actuales.

Escribió la conclusión. Breve, como siempre. Las conclusiones largas son una señal de inseguridad.

Dejó el borrador sobre la mesa. Lo releería por la mañana, después de hablar con el ingeniero, por si la conversación añadía algo. No esperaba que añadiera nada. Lemaur era predecible de la manera en que lo son los hombres que tienen principios: actúan siempre de acuerdo con ellos, lo cual hace su comportamiento completamente transparente para quien se haya tomado la molestia de identificar cuáles son.

Entró en la caseta. Cerró la puerta.

XXVII. La Última Conversación

20 de mayo de 1799

———————————————————

El tajo estaba quieto.

Los presidiarios no saldrían hasta el 22. Mientras tanto, los más jóvenes apilaban escombros bajo la supervisión de Tomás, que los ordenaba con el mismo silencio metódico de siempre, como si se negara a recordar que la obra estaba

acabada. Carlos lo vio desde lejos y no se acercó. Tomás y él no habían tenido conversación real desde el derrumbe. Había habido palabras — órdenes, partes, números — pero no conversación.

Gaver había pedido encontrarse a las ocho.

Carlos llegó al pie del paramento norte a las siete y cuarenta. Le gustaba llegar primero a los sitios difíciles: inspeccionar el terreno antes de que el interlocutor fijara los términos. Era también, aunque no se lo habría dicho a nadie, una forma de despedirse. Llevaba cinco días sabiendo que esta sería la última conversación que tuviera sobre la obra con alguien que supiera de lo que hablaba. Después vendrían los administradores, los contables, los firmantes. Hombres competentes en sus dominios y ciegos en el suyo.

El paramento norte estaba intacto. Cincuenta y ocho metros de granito sin una fisura visible a simple vista. Eso era lo que Carlos no podía dejar de mirar cada mañana: el muro que no había caído. El paramento sur yacía en el cauce como un gigante derribado, bloques dispersos en una lengua de escombros que el río lamía con indiferencia. El norte miraba al sur y parecía no comprender qué había fallado en el otro.

Carlos lo comprendía perfectamente. Lo había comprendido el 15 de mayo al amanecer, mientras calculaba en silencio. Y lo había comprendido en agosto del año anterior, cuando anotó en la libreta: *grietas capilares en muros transversales — zona central. Prioridad: media.*

La frase más cara que había escrito en su vida. Y la había escrito con su propia mano.

Gaver llegó en punto. Venía solo — había dejado al escribano en la caseta — y llevaba un abrigo oscuro que le daba el aspecto de un funcionario en visita de condolencias. Detrás de Carlos, a ocho pasos, Manuel Lemaur se había situado sin que nadie le pidiera que lo hiciera.

—Don Carlos —dijo Gaver, inclinando levemente la cabeza.

—Don Fernando —respondió Carlos, usando el nombre de pila por primera vez en cinco años de relación epistolar y dos de relación directa. Gaver no reaccionó.

Se pusieron a caminar a lo largo del paramento norte, con el muro a su derecha y el cauce abierto a su izquierda. Andar daba la excusa de mirar al frente.

—He terminado el informe —dijo Gaver—. Lo enviará el escribano a Madrid esta tarde.

—Lo sé.

—Recomiendo la paralización total de las obras.

—Lo esperaba.

Gaver se detuvo. Carlos también. Miraron el muro. El granito era gris en la mañana de niebla, una piedra buena, una piedra que había aguantado.

—He revisado sus cálculos —dijo Gaver.

Carlos esperó.

—Son correctos. —La frase salió sin énfasis, como se dice algo que no necesita demostración—. Los cálculos de la estructura del paramento norte son perfectamente correctos. El diseño de celdas es audaz pero razonado. El sistema de contrafuertes

que usted propuso en el tercer dictamen de 1794 habría sido suficiente si se hubiera ejecutado con los materiales especificados.

Carlos escuchó sin moverse. Era la primera vez en cinco años que alguien con autoridad técnica decía aquellas palabras sin que ningún tribunal lo estuviera escuchando. No tenía valor legal. No cambiaba el informe. No cambiaba nada.

—Entonces el informe debería decirlo —dijo.

No era una acusación. Era una proposición lógica, formulada con la misma precisión con que Carlos habría formulado una ecuación de presiones hidrostáticas.

Gaver tardó en responder. Se inclinó y recogió del suelo un fragmento de mampostería —un trozo del relleno interior que el derrumbe había arrojado hasta allí— y lo sostuvo en la palma.

—Esto —dijo, mirando el fragmento— es lo que falló. Cal de mala calidad. Áridos mal gradados. Una mezcla que no alcanzó nunca la resistencia especificada porque los fondos no llegaron, porque los plazos cambiaron, porque el proveedor de La Granja entregó lo que tenía y no lo que debía.

Dejó caer el fragmento.

—No el diseño —dijo—. El relleno.

Hubo una pausa. Gaver miró el paramento norte.

—He revisado los libros de obra de octubre. —No dijo nada más durante un momento.— El parte del sobreestante Varela del día trece tiene una observación sobre las juntas de los muros transversales, zona central.

Carlos no respondió.

Gaver asintió una sola vez, como si Carlos hubiera dicho algo.

El río sonaba abajo. Una paloma pasó rasante sobre el cauce y desapareció detrás del ángulo del paramento.

—El mortero de noviembre entró en junta abierta —continuó Gaver—. Con temperatura nocturna por debajo de dos grados. Seis semanas. El frío entró, se quedó, ensanchó desde dentro. En enero, cuando el embalse subió, los muros transversales cuatro y cinco ya no tenían la resistencia calculada. El agua hizo el resto.

—Las condiciones de financiación en octubre —empezó Carlos.

—Lo sé. Los fondos estaban retenidos. Gaver llegaba en dos semanas. El informe de la Academia pendiente. Todo eso es verdad y no cambia los números.

Fue la primera vez en esa conversación que Gaver subió la voz, de manera casi imperceptible, el margen de un semitono. No era ira. Era la precisión de alguien que no está dispuesto a que las circunstancias se usen como sustituto del cálculo.

—Usted sabía lo que significaba esa humedad —dijo Gaver—. Lo sabía mejor que nadie. Había doce años de registros encima de esa mesa. Escribió *prioridad media* el mismo día que recibió el aviso del Banco sobre los fondos retenidos.

Carlos no respondió.

Carlos contó cuatro pasos de silencio.

—¿Lo dice el informe? —preguntó.

—No. El informe dice que el diseño presentaba ambición

técnica no proporcional a los recursos disponibles. —Gaver lo miró—. Que tiene la ventaja de ser también verdad.

—Entonces el informe le viene bien a los dos.

—Sí —dijo Gaver, sin inflexión—. Eso es lo que hacen los informes útiles.

Carlos se quedó mirando el paramento norte. El granito gris, limpio, aguantando. Pensó en Tomás en enero, en la palma sobre la piedra, en la cara que Catalina había descrito como la cara del hombre que sabe algo que nadie quiere escuchar. Pensó en la pluma sobre el parte del sobreestante, en el segundo que había durado escribir esa palabra y el adjetivo que la seguía.

—¿Cuánto tiempo lleva usted en esto? —preguntó Gaver, con un cambio de tono que no era alivio sino algo más frío: la cortesía de dos hombres que han terminado una conversación difícil y están aprendiendo a coexistir con lo que ha quedado sobre la mesa.

—Desde 1787. Doce años en este proyecto. Antes, con mi padre.

—Lo sé. Leí el expediente completo. —Gaver se giró hacia él —. Su padre era un ingeniero extraordinario. No lo digo para halagar: es la conclusión a la que llega cualquier técnico que lea sus memoriales. El canal del Guadarrama era factible. El proyecto era bueno.

Carlos miró el río.

—Era factible —repitió, como si estuviera verificando una suma.

—En otras circunstancias. Con la mitad de los presidiarios y el doble de años. Con un proveedor distinto. —Gaver hizo una pausa—. Lo que Floridablanca firmaba, Godoy lo cuestiona.

—¿Godoy ha firmado el decreto?

—Lo firmará cuando reciba el informe. Pero la decisión lleva tomada desde enero.

Carlos asintió. Lo sabía. Lo había sabido desde las primeras remesas con retraso. El dinero que se retira antes de que una obra se derrumbe tiene nombre: se llama desconfianza. El que se retira después tiene otro: se llama prudencia.

—¿Qué pasará con los hombres? —preguntó Carlos.

—Eso no lo determina el informe.

—No. Pero usted lo sabe.

—Torrelodones absorberá a algunos. Los menos. El resto buscará en otro sitio.

Carlos miró hacia el poblado sin responder. Cuando volvió la vista, Gaver estaba mirando también hacia allá, con una expresión que no era exactamente indiferencia pero que se le parecía bastante.

Cuando llegaron a la bifurcación — a la izquierda las casetas, a la derecha el poblado — Gaver se detuvo.

—Don Carlos. Hay una cosa más que debo decirle.

Carlos lo miró.

—He inspeccionado treinta y dos obras en dieciocho años. Puentes, canales, caminos, diques. He redactado veintisiete informes de paralización. —Gaver hizo una pausa—. Este es el único en que el diseño era correcto.

Entonces se giró. Subió el sendero sin mirar atrás.

Carlos se quedó en la bifurcación.

A ocho pasos, Manuel Lemaur esperaba. No preguntó. Carlos tampoco explicó. Se quedaron los dos mirando cómo Gaver se alejaba, hasta que la figura oscura del inspector desapareció detrás del ángulo de la caseta del almacén.

—Manuel —dijo Carlos.

—Dime.

—¿Tienes papel?

Manuel sacó del bolsillo interior un pliego doblado, sin decir palabra. Era papel limpio, sin escribir. Lo había llevado ahí toda la mañana, quizás toda la semana.

Carlos lo cogió. Lo sostuvo un momento. Luego lo dobló y se lo guardó en el bolsillo del pecho.

—Mañana —dijo.

Manuel no respondió. No hacía falta.

Empezaron a caminar hacia la caseta de ingenieros. El sol había empezado a romper la niebla y el paramento norte brillaba levemente en la distancia — blanco y gris, firme como había sido siempre, como seguiría siendo cuando todo lo demás se hubiera disuelto en el tiempo.

XXVIII. La que Montoya Firma

21–22 de mayo de 1799

———————————————————————

Montoya llegó a las diez de la mañana con un solo ayudante y sin escribano. Eso ya era una información. Un hombre que llega sin escribano es un hombre que no piensa tomar nota de lo que va a ver, lo que significa que ya sabe lo que verá, o que ha decidido que lo que vea no importará.

Venía en una berlina de dos caballos que no pudo subir el camino: las últimas lluvias habían reblandecido los tramos de tierra batida y el carruaje tuvo que detenerse. El último trecho lo hizo a pie.

Montoya era un hombre de unos cincuenta y cinco años, de complexión media y maneras deliberadamente discretas. La tela era buena, el corte sin excesos, los botones de plata sin grabar. Había servido a Francisco Cabarrús durante los años de fundación del Banco de San Carlos, y desde que Cabarrús cayó en desgracia Montoya había sobrevivido con la habilidad específica de los que saben cuándo dejar de pronunciar un nombre. Había pronunciado el de Cabarrús los suficientes años para que su lealtad constara, y había dejado de pronunciarlo en el momento exacto en que pronunciarlo habría sido un lastre. Ese era el arte de Montoya: la precisión del silencio oportuno.

Carlos había tenido cuatro reuniones con él a lo largo del proyecto. La primera, en 1791, había sido casi cordial. La segunda, en 1795, correcta. La tercera, en el invierno del noventa y ocho, la de los plazos y las advertencias veladas. La cuarta sería la última.

—Don Carlos —dijo Montoya, tendiendo la mano.

—Don Cayetano —respondió Carlos.

No había calor en el gesto ni falta de él. Era la temperatura exacta de una transacción.

Montoya pidió ver los daños antes de sentarse a hablar. Carlos lo llevó al tajo.

El paramento sur seguía tal como lo había dejado el derrumbe: los escombros en el cauce, los bloques dispersos, el hueco de cincuenta metros que dejaba ver al otro lado del valle como una ventana rota en una pared que antes había sido maciza. Cuatro presidiarios trabajaban en la orilla, apilando piedra menuda a instrucciones de un sobreestante que dirigía sin mucha convicción. El trabajo no servía para nada. Era la forma en que los trabajos inútiles se disfrazan de procedimiento.

Montoya miró el hueco durante un buen rato. No preguntó nada. Carlos tampoco explicó nada. Lo esencial estaba dicho en el informe de Gaver y lo que quedaba era el acto de mirar, que cada uno haría a su manera.

Luego Montoya se giró hacia el paramento norte.

—Ese sigue en pie —dijo.

—Sí.

—¿Intacto?

—Sin una grieta estructural visible. —Carlos hizo una pausa —. Los muros transversales de la zona central sufrieron daños capilares durante el invierno. El sur cedió porque el relleno entre ambos paramentos no alcanzó la resistencia prevista. El

norte aguantó porque la carga se distribuía de manera distinta en esa zona. No es que el norte sea más sólido. Es que el fallo del sur no lo alcanzó.

Montoya asintió despacio. El asentimiento de quien no acuerda ni desacuerda: solo acusa recibo.

—¿Cuánto costaría reparar?

—Doscientos sesenta y seis mil reales. Lo detallo en el informe que le entregué a Gaver.

—Lo he leído.

—¿Y?

—Es un número razonable —dijo Montoya. Y no añadió nada más.

Carlos entendió lo que significaba ese silencio. Un número razonable que nadie iba a aprobar seguía siendo un número. La razonabilidad no era el criterio.

Pasaron la hora siguiente en la caseta de ingenieros. Carlos desplegó sobre la mesa el plano de planta, los perfiles longitudinales del paramento norte, las notas de cálculo y el informe redactado en cuatro borradores entre el 16 y el 17 de mayo. El informe sin el párrafo honesto.

Montoya lo leyó sin prisa, pasando las páginas con cuidado, de vez en cuando volviendo una. No hacía anotaciones. Su ayudante, en el banco junto a la puerta, tampoco tomaba notas. Manuel estaba de pie junto a la ventana, mirando al tajo.

Cuando Montoya terminó, juntó los papeles con pulcritud y

los devolvió a Carlos.

—Los cálculos son sólidos —dijo.

—Sí.

—El diseño es ambicioso.

Era la misma fórmula que Gaver había empleado en el informe. Carlos se preguntó si Montoya la había leído allí o si era la frase que usaban todos los administradores cuando querían decir que algo era demasiado grande para la mano que lo sostenía.

—El diseño es correcto —dijo Carlos.

—No lo pongo en duda.

—Entonces el informe de Gaver—

—El informe de Gaver —interrumpió Montoya con suavidad— refleja las condiciones en que se ejecutó la obra, no las condiciones en que fue diseñada. Son dos documentos diferentes sobre la misma realidad. Ambos pueden ser correctos.

Era una distinción muy precisa. La clase de distinción que solo hacen las personas que se han pasado mucho tiempo pensando en cómo decir las cosas sin decirlas.

—¿Y cuál de los dos va a Madrid? —preguntó Carlos.

—Los dos —dijo Montoya—. El de Gaver como informe técnico de la inspección. El suyo como propuesta de reparación. —Una pausa—. El Consejo tomará nota de ambos.

—¿Y paralizará la obra de acuerdo con el de Gaver.

No era una pregunta.

—La decisión del Consejo —dijo Montoya— no es mía.

—No. Pero la recomendación sí.

Montoya no respondió de inmediato. Se levantó, fue hacia la ventana. Tomás Nates pasaba por el camino de abajo con dos hombres, cargando algo que Carlos no alcanzó a identificar desde esa distancia.

—Don Carlos —dijo Montoya sin girarse—, llevo treinta años gestionando proyectos de la Corona. Canales, caminos, arsenales. He visto muchos ingenieros. —Se giró—. He visto pocos con la tenacidad que usted ha demostrado. Lo digo sin ironía.

—No se lo tomo como un cumplido.

—No lo es, exactamente. Es un reconocimiento. —Montoya volvió a la silla—. La tenacidad en un ingeniero es una virtud cuando la obra avanza. Se convierte en un problema cuando la obra se detiene, porque la tenacidad no distingue entre persistir y no poder soltar.

Carlos no respondió.

—Hay un momento —continuó Montoya— en que la mejor decisión técnica que puede tomar un ingeniero es reconocer que las condiciones han cambiado. No el diseño. Las condiciones. Los fondos, los plazos, la voluntad política. Cuando esas condiciones cambian de manera irreversible, insistir en la obra es una forma de dejar de servirla.

Era una argumentación cuidadosa. Carlos la reconoció como lo que era: no un insulto, sino una absolución. Montoya le estaba ofreciendo una manera de irse que no pareciera

derrota. La generosidad de los que ya han ganado.

—¿Qué quiere que firme? —preguntó Carlos.

El documento era breve. Tres párrafos. El primero reconocía el estado de los daños y el coste estimado. El segundo declaraba que el ingeniero director había cumplido con sus obligaciones técnicas conforme a los planos y dictámenes aprobados por la Academia de San Fernando. El tercero dejaba en manos del Consejo y del Banco la decisión sobre la continuación de las obras.

Carlos lo leyó dos veces.

Ninguna de las tres frases era mentira. El segundo párrafo era incluso verdad: había cumplido con sus obligaciones técnicas. Los cálculos eran correctos. Gaver mismo lo había dicho.

Lo que el documento no decía no necesitaba buscarse. Carlos lo sabía sin buscarlo. Cogió la pluma.

Firmó.

Era la manera más rápida de interrumpir ese pensamiento. Y la única forma que tenía Carlos de separar lo que ya no podía cambiarse de lo que todavía podía hacerse: firmar la página, pasar a la siguiente, seguir.

Montoya dobló el documento, lo guardó en su cartera de cuero sin lacrar, se puso en pie y se abrochó el abrigo.

—Don Carlos, yo no tengo enemigos —dijo—. Solo tengo obligaciones.

Carlos lo miró un momento.

—Con eso basta, señor Montoya.

Montoya asintió. Hizo la pequeña inclinación de quien concluye una reunión de negocios y salió de la caseta. Su ayudante le siguió. Manuel, desde la ventana, observó cómo la berlina se ponía en marcha y desaparecía detrás del primer recodo del monte.

—¿Te quedas? —dijo Carlos.

—Si quieres —dijo Manuel.

—No.

Manuel recogió su carpeta, su sombrero y su abrigo del gancho junto a la puerta. Se detuvo con la mano en el pomo.

—Carlos.

—Sí.

—Mañana podemos revisar los planos de la jefatura de caminos. Hay un proyecto en Extremadura que—

—Mañana —dijo Carlos.

Manuel lo entendió. Salió y cerró la puerta con el cuidado de quien sabe que al otro lado alguien necesita escuchar el silencio.

Carlos se quedó quieto en el centro de la caseta.

La mesa tenía encima los planos del paramento norte, las notas de cálculo, el borrador con la mancha rectangular donde había estado el párrafo que Manuel le dijo que quitara. La mancha no era visible desde donde estaba: había que saber que estaba ahí para buscarla. Carlos la sabía. No la miró.

La caseta olía a humedad y a resina de pino, el mismo olor desde el primer día. Conocía cada tabla del suelo — la que

crujía junto a la puerta, la más ancha del centro que se había combado en el invierno del noventa y seis y que él mismo había clavado de nuevo una tarde de domingo porque no había nadie disponible y el ruido le molestaba cuando calculaba. Conocía la grieta fina que recorría la pared norte de arriba abajo, que él había rellenado con estopa y que había vuelto a abrirse tres veces. Conocía el gozne de la ventana que había que empujar a la izquierda antes de tirar hacia arriba si querías que abriera sin romperse.

Ninguna de esas cosas constaba en ningún expediente.

Se acercó al aparador donde guardaba el cuaderno. Lo cogió. Lo abrió por la última página con escritura. Pasó una hoja. Estaba en blanco.

Se sentó. Cogió la pluma. Escribió una sola frase. Cerró el cuaderno. Lo dejó sobre la mesa alineado con los planos.

Luego se puso en pie, se abrochó el último botón — el que dejaba suelto cuando había trabajo que hacer — y abrió la puerta.

Fuera, el sol de última hora daba de lleno en el paramento norte. La piedra brillaba.

Carlos la miró un momento.

Luego echó a andar.

II. Tomás Nates · 22 de mayo

Empezaron a llamarlos antes de que saliera el sol.

El sobreestante Varela tenía el listado en la mano, una hoja doblada en cuatro que había copiado la noche anterior del

registro de la alcaldía, con los nombres en columna y el número de origen de cada penado al margen. Ciento cuarenta y tres hombres. Los llamaba de uno en uno, sin prisa, y el cabo de vara que estaba a su derecha iba comprobando el nombre en el libro y marcando una raya. Un procedimiento lento y correcto, el tipo que hace sentir a todos que las cosas tienen un orden aunque ese orden no sirva para nada.

Tomás estaba de pie junto al muro sur del barracón principal, con el capote puesto a pesar del sol que ya empezaba a calentar. No porque tuviera frío. El capote era donde llevaba la libreta de Carlos, en el bolsillo interior, y lo llevaba puesto porque la libreta necesitaba estar cerca.

Las cadenas sonaban.

Ese era el sonido de la mañana: el arrastre de hierro sobre la tierra del camino, el ruido que Tomás había oído cada mañana durante doce años al amanecer y que los canteros libres habían aprendido a no escuchar porque escucharlo todos los días hacía daño y el trabajo seguía igual. Pero ese día no había trabajo. Ese día el sonido iba hacia la salida y no volvería.

Los hombres iban saliendo en fila desde el barracón con la ropa que tenían cuando llegaron o con lo que les habían dado al principio: una camisa de lino, unos calzones de lienzo, un par de abarcas. Algunos llevaban atado en un pañuelo lo que habían reunido en doce años de tajo: un cuchillo de mango de madera, un rosario, una piedra pequeña y bien formada. Esas piedras bien escogidas de los hombres que pasan años

rodeados de piedra le partían algo por dentro a Tomás que no supo nombrar.

Había uno, un hombre de unos cuarenta años al que todos llamaban el Salamantino, que había pasado los últimos tres años en el escuadrón de desbaste de piedra y que tenía un talento natural para la percusión que Tomás nunca había visto en un hombre sin formación: sabía exactamente dónde golpear un bloque para que se partiera limpio, con la primera o la segunda, sin perder material. Ese hombre en un taller de cantería habría hecho algo. En el presidio había partido piedra para que otros la colocaran. Subió el camino sin levantar la vista del suelo, con las cadenas arrastrando sobre la piedra que él mismo había ayudado a poner, y Tomás lo vio desaparecer por el primer recodo sin hacer ningún gesto.

Agustín Ferreiro salió en el grupo del mediodía.

Era el más viejo del presidio, sesenta años mal contados, con la espalda curvada de los que han cavado demasiado tiempo y las manos con los nudillos deformados por el frío de los inviernos de sierra.

Cuando pasó junto al sobreestante Varela para que le marcaran el nombre en el libro, se detuvo.

—La mezcla era buena —dijo.

Varela lo miró sin entender.

—El mortero —dijo Ferreiro—. La cal, los áridos, el agua. Lo que nosotros amasamos. Era buena mezcla. Yo sé de mezclas y lo digo.

Varela no supo qué responder y anotó algo en el margen del registro. Ferreiro siguió caminando hacia la fila y se colocó al final, con la misma pachorra con que había hecho todo en doce años.

Tomás lo vio subir el primer tramo y pensó que esas palabras eran lo más parecido a un peritaje honesto que nadie iba a incluir en ningún expediente.

El Gato llegó el último, como siempre.

Cesáreo Montalbán. Cuarenta y cinco años. Condenado por contrabando en el ochenta y nueve. Había pasado diez años aprendiendo cada recoveco del Gasco, cada hombre, cada secreto de la obra, y había vendido esa información con la misma ecuanimidad con que otros venden tela o acero. Al Gato no le gustaba la lealtad porque era cara y podía encontrarse lo mismo más barato. Lo que le gustaba era el trato, y en doce años había hecho suficientes como para irse sin deberle nada a nadie.

Se paró delante del sobreestante. Dijo su nombre sin que se lo pidieran. Varela marcó la raya y le hizo un gesto para que se uniera a la fila.

El Gato no fue a la fila. Vino hacia Tomás.

Tomás lo esperó quieto. Sabía que iba a decirle algo.

El Gato se plantó delante de él, lo miró un segundo, y luego se inclinó un poco y le dijo algo al oído.

Tomás no respondió.

El Gato se apartó, le miró la cara un momento — la cara de

un hombre que acaba de escuchar algo y ha decidido no acusar el golpe — asintió una sola vez y se dio la vuelta hacia la fila.

Subió el primer tramo del camino sin mirar atrás.

Tomás lo vio desaparecer por el primer recodo.

Durante un cuarto de hora todavía hubo movimiento en el tajo: los soldados de escolta que volvieron a recoger una mochila olvidada, el mozo del almacén cerrando los candados, Varela doblando el listado y guardándolo en la bolsa de cuero. Luego también Varela se fue, y el mozo, y los soldados, y el tajo se quedó vacío.

Tomás se quedó.

No había nada que hacer. Se quedó porque todavía no sabía cómo marcharse de un sitio en el que había estado doce años, y porque a veces uno tiene que quedarse quieto un rato para que el cuerpo entienda lo que la cabeza ya sabe.

El silencio era distinto al que recordaba. En doce años, el tajo había tenido muchos tipos de silencio: el del amanecer antes del trabajo, el de las tormentas bajo los cobertizos, el de los domingos cuando los penados miraban el monte sin hacer nada. Pero todos esos silencios tenían debajo el rumor de los hombres, la respiración de ciento cuarenta y tres personas en un sitio, la presión de tanto cuerpo ocupando tanto espacio.

Este silencio era limpio. Solo el río.

El río no sabía que la obra había terminado. Seguía bajando por el cauce como había bajado antes de que llegaran y como

bajaría después de que todos se fueran, con esa indiferencia del agua que no tiene memoria y no la necesita. Tomás lo había escuchado doce años y todavía no le había encontrado lección ninguna. El agua no enseña. El agua solo va.

Se metió la mano en el bolsillo interior del capote.

La libreta de Carlos era pequeña, de tapas de cuero marrón, con las esquinas desgastadas de tantos bolsillos y tantas mesas. La había encontrado entre los escombros la mañana del 15 de mayo, cuando buscaba heridos y no había encontrado ninguno. La había recogido porque era de Carlos y porque una libreta tirada en el barro no tiene buen final, y la había hojeado porque los hombres que recogen cosas ajenas siempre las hojean antes de decidir qué hacen con ellas.

Y había leído la anotación de agosto del año anterior: *grietas capilares en muros transversales — zona central. Prioridad: media.*

Tomás no era ingeniero. No sabía calcular cargas ni estimar resistencias. Pero era cantero desde los dieciséis años y en cuarenta de oficio había aprendido a leer la piedra de la misma manera en que otros leen el papel, con el cuerpo además de con los ojos, pasando la mano por la superficie y escuchando lo que devolvía. Él mismo le había dicho a Carlos, en octubre, que el paramento sur lloraba. Y Carlos lo había anotado. Con su letra apretada y precisa. Y había escrito: prioridad media.

Tomás miró la libreta un momento.

La volvió a guardar en el bolsillo.

Estuvo un rato mirando el paramento norte.

El muro estaba ahí, firme como siempre, con el granito brillando en el sol del mediodía y las juntas bien calafateadas y el perfil limpio contra el azul del cielo. Tomás lo sabía bueno porque él mismo había tallado parte de los sillares de la zona baja — los de la primera hilada, que son los que más importan porque aguantan todo lo de arriba. Los había tallado a escuadra con el cuidado de quien sabe que aquello va a estar ahí mucho tiempo.

Seguiría estando. Toda la obra había terminado, todos los hombres se habían ido, el expediente estaba cerrado, pero el paramento norte seguiría estando en verano y en invierno y en los deshielos de marzo, con el río pasando al pie y el monte encima, sin que a la piedra le importara lo más mínimo todo lo que había ocurrido en torno a ella.

La piedra no sabía de informes. La piedra no sabía de confianza ni de cálculos ni de párrafos quitados ni de decretos firmados por hombres que nunca habían subido por el camino en zigzag. La piedra solo sabía estar, que era la única cosa que nadie podía quitarle.

Tomás se puso el sombrero, que se había quitado sin darse cuenta.

Se dio la vuelta.

El tajo vacío era más grande de lo que había parecido nunca. Sin los hombres, sin los carros, sin el ruido, el espacio se abría hacia el cielo con una amplitud que Tomás no le había conocido en doce años de obra. Era el mismo sitio de siempre

y era un sitio distinto. Así son los lugares cuando los abandonan: se vuelven más ellos mismos.

Echó a andar hacia el camino.

Epílogo: El Nombre de la Piedra

junio de 1799

El último documento que Carlos firmó como director de la obra fue una hoja de entrega formal al depositario del Consejo de Castilla, un hombre joven que había subido desde Torrelodones con un caballo y una cartera y que esperó en pie junto a la puerta de la caseta mientras Carlos firmaba, como si el sitio le inquietara o como si simplemente no quisiera quedarse más tiempo del necesario.

El documento declaraba que las instalaciones, los materiales no consumidos, los planos originales y los instrumentos de medición quedaban bajo custodia del Consejo hasta que se determinara el destino de la obra. Carlos lo firmó y se lo devolvió. El depositario lo dobló, lo guardó en la cartera y se fue por donde había venido. No dijo nada al irse. Carlos tampoco.

Luego estuvo una hora recogiendo.

No había mucho. Doce años de trabajo dejan menos rastro del que uno piensa cuando el trabajo se hace bien: los planos, catalogados y enrollados en sus tubos de cuero; los cuadernos,

numerados del primero al séptimo, el séptimo con la última página escrita; los libros de ingeniería hidráulica envueltos en paño para protegerlos de la humedad; el compás de latón que le había dado su padre la mañana de la primera inspección, con el nombre del padre grabado en la pata derecha porque el padre era el tipo de hombre que grababa su nombre en las cosas que amaba, no por vanidad sino por claridad, para que las cosas supieran a quién pertenecían.

Había también, en el cajón del fondo del aparador, la carta de Ana desde Madrid. La había leído en mayo, en los días del informe. La cogió, estuvo un momento mirándola, y la guardó entre los planos. No porque la necesitara. Porque era el tipo de cosa que uno no puede dejar en un cajón cuando se va.

El cuaderno lo dejó encima de la mesa. Alineado con el borde, las tapas bien cerradas. El cuaderno no era suyo de la misma manera en que lo eran los planos o los libros. Era del Gasco. O era de nadie. O era de la misma piedra que había intentado levantar durante doce años y que seguía ahí, sin necesitar que nadie le diera nombre.

Manuel ya se había ido tres días antes, hacia Extremadura, con una carta de recomendación que Carlos había escrito con cuidado, con palabras precisas. Se había despedido con un apretón de manos largo y sin palabras, que era la manera de Manuel de decir todo lo que no decía, y Carlos le había sostenido la mano un momento más de lo habitual porque algunas cosas es mejor no interrumpirlas.

La caseta vacía olía igual que siempre: a humedad, a resina, al aceite de las lámparas. Carlos apagó la lámpara del aparador,

recogió el hatillo con sus cosas personales y salió.

El sol de junio llegaba todavía bajo por el oeste y alargaba las sombras del muro sobre el cauce. Carlos bajó al tajo despacio, sin ningún propósito concreto salvo el de andar por ese sitio una vez más antes de no andarlo nunca más, que es lo que hacen los hombres cuando saben que se marchan de un lugar y quieren que el cuerpo lo sepa también.

Pasó junto al cobertizo del almacén, ya con los candados echados. Junto a la boca del túnel de desvío, obstruida por los escombros, con el agua del río buscando paso entre los bloques caídos. Junto al lugar donde habían estado los barracones de los presidiarios, ya a medio desmantelar: quedaban las vigas del suelo y algunas tablas laterales, y en la tierra las marcas de los clavos y el contorno de las estacas, la cicatriz de los sitios donde los hombres habían dormido durante doce años.

El paramento norte estaba solo en el tajo. El sur seguía caído, los escombros ya colonizados por las primeras hierbas de junio que crecían entre los bloques con esa indiferencia vegetal ante los desastres humanos. Dentro de unos años el matorral cubriría los bloques y el cauce reordenaría los escombros y el hueco del sur empezaría a parecerse a una ruina antigua, de esas que uno encuentra en el campo sin saber de qué época son ni qué función tuvieron.

El paramento norte no parecería una ruina. Ese muro tendría que caerse expresamente para parecerlo.

Carlos pasó junto a él sin detenerse. No puso la mano en la

piedra. Miró el muro con los ojos del ingeniero — ángulo, junta, perfil, carga — y lo que vio fue lo que había visto siempre: un trabajo correcto.

Tomás estaba sentado en una piedra junto al cauce, mirando el río. No levantó la vista cuando Carlos pasó. Carlos tampoco habló.

Carlos subió el camino.

Al final del segundo tramo, en el recodo que daba la vuelta hacia el norte, el tajo dejaba de verse. Carlos llegó a ese punto y se paró un momento. No miró atrás. Escuchó: el río abajo, el viento en el monte, el sonido que hace un sitio cuando está vacío y quieto y ya no le pertenece a uno.

Luego siguió subiendo.

Tomás lo vio desaparecer por el recodo.

Se quedó donde estaba, con el río delante y el muro a la espalda.

El Gasco llevaba días vaciándose y Tomás lo había visto desde el tajo: los canteros libres con sus familias, los primeros en irse, cargando los carros con la ropa y las herramientas y los cachivaches que uno acumula en doce años de vivir en un sitio que nunca llegó a ser del todo un hogar pero que tampoco llegó a ser del todo otra cosa. Catalina se había ido hacía tres días con Miguel. Tomás la había visto pasar por el camino con una caja de libros bajo el brazo y le había hecho un gesto con la cabeza, y ella le había devuelto el gesto con esa manera que tenía de mirar que no era exactamente una

pregunta pero tampoco era exactamente una despedida. Simplemente miraba. Y Tomás había pensado que era la persona más honesta que había pasado por el Gasco en doce años, sin que eso le hubiera servido de nada particular a ninguno de los dos.

Después de un rato se levantó y fue a la caseta de ingenieros. La puerta estaba sin echar.

La caseta estaba vacía salvo por el cuaderno.

Estaba encima de la mesa, alineado con el borde, con las tapas de cartón negro bien cerradas. Tomás lo reconoció. Lo cogió. Lo abrió por la última página escrita.

Era una sola frase, con la letra apretada y precisa de Carlos, en tinta oscura, sin borrón:

Aquí, Carlos. Justo aquí.

Tomás miró la frase un momento. La leyó dos veces. Luego cerró el cuaderno y lo dejó donde estaba, encima de la mesa, alineado con el borde, exactamente como Carlos lo había puesto.

No supo qué significaba la frase. O quizá lo supo y no había manera de decirlo. Hay cosas que se entienden sin que el entenderlas cambie nada: cuatro palabras escritas en la última página de un cuaderno que nadie más leería, en un sitio al que nadie más volvería, sobre algo que había ocurrido o que alguien había querido que ocurriera o que simplemente era el nombre de un lugar donde alguien había estado de pie una vez y había reconocido algo.

Metió la mano en el bolsillo del capote. Sacó la libreta. La puso sobre la mesa, al lado del cuaderno, sin alinearla con nada, sin ningún cuidado particular. Solo dejarla ahí, donde pudiera estar junto a lo que le correspondía estar junto.

Salió de la caseta.

Afuera, el sol ya había bajado del todo y la luz era esa luz de última hora que hace que las cosas parezcan más ellas mismas: el granito más gris, el río más oscuro, el monte más quieto. Tomás se puso el sombrero.

———————————————————

La carta de Catalina le llegó dos días después, con el correo de Torrelodones.

Carlos Lemaur se ha marchado esta mañana. He visto su caballo subir el camino.

No ha dicho adiós a nadie salvo a Manuel. Hay cosas que no se dicen.

Tomás la leyó una vez. La dobló. La guardó en el bolsillo del capote.

Nota Histórica: Torrelodones y la Presa del Gasco

El lugar

Hay algo que la sierra hace bien: guardar las cicatrices. A poco más de treinta kilómetros de Madrid, donde el granito

empieza a asomar entre los encinares y el terreno inicia su ascenso hacia los puertos de Guadarrama, existe todavía un arco de mampostería que nadie encargó demoler. Es lo que queda de la presa del Gasco: un trozo de muro que el río rompió en la noche del 14 de mayo de 1799 y que lleva más de dos siglos en pie, no por su solidez, sino por el olvido.

Torrelodones era, a finales del siglo XVIII, una aldea de cincuenta y siete vecinos asentada sobre la llamada Falla de Torrelodones, una fractura geológica que marca el borde entre la llanura sedimentaria de Madrid y la rampa de la sierra. El paisaje dominante era el berrocal: peñascos de granito gris, denso, de grano grueso, una piedra que los canteros trasmeranos conocían tan bien como sus propias manos y que se resistía al cincel con una obstinación casi moral. El árbol que da nombre al pueblo, el lodón o latonero, crece precisamente en las grietas de ese granito, metiendo las raíces donde parece no haber sitio. Era, sin saberlo, una metáfora del proyecto que estaba a punto de llegar.

La villa vivía de su posición en el Camino Real de Castilla, la arteria principal entre Madrid y el norte peninsular. A cinco leguas exactas de la Corte, era la primera parada técnica para quienes iniciaban el ascenso a la sierra, y la última para quienes bajaban. Esto explica una desproporción que sorprende al que consulta los padrones de la época: cincuenta y siete familias residentes, catorce mesones. El más antiguo de ellos, el Mesón de la Solana, ya aparece mencionado en el *Lazarillo de Tormes* en el siglo XVI. En 1790 seguía siendo el centro de gravedad de la villa, el lugar donde un arriero cargado de lanas podía coincidir en la misma mesa con un

correo de gabinete o con un ingeniero francés que llevaba bajo el brazo los planos de la obra más ambiciosa que España había intentado construir en toda su historia.

Cuando la familia real hacía sus jornadas estacionales al Monasterio de El Escorial, la comitiva entera cruzaba Torrelodones: cientos de carruajes, escoltas militares, funcionarios y sirvientes que ponían al pueblo en un estado de alerta logística que duraba días. Carlos IV, gran aficionado a la caza, frecuentaba también los montes cercanos. Era una villa acostumbrada al paso de la grandeza, aunque esa grandeza nunca se detuviese demasiado.

Todo eso cambió en 1787.

La gente

Lo primero que cambió fue la escala. Antes de las obras, Torrelodones tenía de veinte a veinticinco vecinos (se refereía a la unidad familiar) y de 92 a 100 habitantes. Con el inicio de la construcción de la presa del Gasco llegaron cien obreros. Luego doscientos. Luego miles. En los momentos de mayor actividad, el entorno del río albergó hasta cinco mil trabajadores simultáneos: una cifra que multiplicaba por cincuenta a la población residente y que la desbordaba en todos los sentidos posibles. En las inmediaciones del Guadarrama creció un campamento paralelo de chozas y barracones, una villa dentro de la villa, con sus propias tabernas improvisadas, sus propias jerarquías y su propia lógica interna, que poco tenía que ver con los fueros tradicionales del concejo local.

La composición de esa masa humana era tan variada como inquietante. Había obreros libres llegados de toda la península, atraídos por la magnitud de la obra y la promesa de un jornal. Había destacamentos militares, utilizados primero para el trabajo pesado y luego para la vigilancia. Y había presidiarios, contingentes de condenados destinados a trabajos forzosos porque el Banco de San Carlos, que financiaba el proyecto, no siempre tenía fondos suficientes para pagar salarios competitivos. Su presencia introdujo un elemento de peligrosidad difícil de gestionar. La justicia local, ejercida por alcaldes pedáneos como Macario Urosa o Thomás Mingo, se vio repetidamente desbordada por altercados en las tabernas, hurtos de ganado y disputas por los recursos forestales. Torrelodones funcionó durante esos años bajo una especie de estado de excepción administrativo, donde la autoridad del director de obra colisionaba con frecuencia con los derechos del concejo.

En lo más alto de esa pirámide estaban los ingenieros. Y en lo más alto de los ingenieros, los Lemaur.

Carlos Lemaur padre era ingeniero militar de origen francés, hombre formado en la mejor tradición ilustrada europea, convencido de que la razón era el instrumento con el que se doma la naturaleza. En 1785, cuando presentó ante Carlos III el proyecto del Canal del Guadarrama —un canal navegable de 771 kilómetros que conectaría Madrid con el Atlántico a través de Sevilla— tenía sesenta y cuatro años, una reputación sólida y unas finanzas precarias. El proyecto era de una ambición descomunal: la presa del Gasco, pieza central del sistema, estaba proyectada para alcanzar los noventa y tres

metros de altura, lo que la hubiera convertido en la más alta del mundo en su época.

No lo vio. En noviembre de 1785, antes de que se pusiera la primera piedra, Lemaur murió en Madrid. Los registros oficiales guardaron la discreción debida a un servidor de la Corona, pero la historiografía y los documentos privados de la familia apuntan al suicidio. Las causas se acumulaban: las finanzas arruinadas, los enfrentamientos con Francisco Cabarrús —el poderoso fundador del Banco de San Carlos—, la sensación creciente de ser despreciado por una corte que admiraba sus planos pero desconfiaba de su origen. Para un hombre cuya identidad entera estaba construida sobre el prestigio intelectual, la humillación pública era insoportable.

Lo que el padre dejó no era solo un proyecto técnico. Era una deuda de honor que sus hijos asumieron como una penitencia.

Carlos y Manuel Lemaur, los dos hermanos mayores, tomaron la dirección de las obras en 1787 bajo el peso de esa herencia. Sus contemporáneos se burlaban de su juventud llamándolos "niños" en operaciones de ingeniería. Las cartas que se conservan de esos años revelan un estado de asedio psicológico constante: el Banco que llegaba tarde con los fondos, los informes hostiles de la Academia de Bellas Artes, la sospecha que recayó sobre ellos durante la Revolución Francesa y la posterior guerra contra la Convención, cuando ser de origen francés en España era poco menos que una acusación. Su única motivación declarada, escrita con esa precisión un poco rígida que tiene el que se sabe observado, era "sostener el honor de nuestro Padre".

Los otros dos hermanos, Félix y Francisco, trabajaron en la nivelación del canal. Sobrevivirían al desastre con más fortuna: terminarían sus vidas en Cuba y en México, donde la América colonial les ofreció el espacio que España les había negado.

Frente a los ingenieros, al otro extremo de la escala social, estaban los presidiarios y los canteros. Sus nombres no aparecen en los archivos. Lo que sí se documenta es el sistema que los regulaba: los cabos de vara, los destacamentos militares, la ración diaria de pan y tocino que variaba según el rendimiento, las epidemias de fiebres tercianas que arrasaban los barracones cada verano. La dieta del obrero era pan de trigo y centeno, tocino, queso y algo de vaca en los días buenos. Los precios eran objeto de supervisión municipal constante, porque la llegada de cinco mil bocas había disparado la inflación local hasta hacer la vida imposible para los vecinos del pueblo que no trabajaban en la obra.

En el vestuario también se leía la diferencia. Los trabajadores vestían capas largas y sombreros de ala ancha, el chambergo que la Corona intentaba prohibir porque servía de embozo a los malhechores. Los Lemaur y sus ayudantes lucían la casaca francesa, de talle ajustado, chupas bordadas, sombrero de tres picos: la estética de una modernidad que resultaba extraña y algo irritante para los pastores y labradores de la sierra.

El colapso y su olvido

La presa se construyó mediante un sistema de celdas: dos paramentos exteriores de granito unidos por muros

transversales cada ocho o diez metros, con el interior relleno de piedra seca, cascotes y arcilla extraída del entorno. Era una técnica que buscaba economía y velocidad, y que contenía una trampa invisible. La arcilla es un material que se expande al saturarse de agua. Dentro de unas celdas cerradas, esa expansión genera una presión lateral masiva. Si los muros exteriores no han fraguado completamente, no pueden resistirla.

El invierno de 1798 a 1799 fue particularmente crudo, incluso para la Guadarrama. El frío impidió que el mortero de cal de las hiladas superiores fraguara correctamente. Carlos Lemaur lo sabía. Había hecho el cálculo. La presa sobreviviría si no llegaba una tormenta fuera de lo normal. Apostó el proyecto a esa probabilidad y no se lo dijo a nadie.

En la noche del 14 de mayo de 1799 llegó la tormenta.

Fue una borrasca de violencia inusitada, de las que la sierra produce cuando la masa de aire húmedo choca contra la barrera del Guadarrama y descarga con furia en pocas horas. El agua saturó los rellenos de arcilla. La presión interna creció hasta superar la resistencia del mortero tierno. A medianoche, el paramento sur de la presa, que ya alcanzaba los cincuenta y tres metros de altura, se desmoronó. Unas trece mil ochocientas varas cúbicas de mampostería cayeron al cauce. El río se embaló momentáneamente detrás de los escombros y luego los arrasó en una avenida que llegó hasta Las Rozas. No hubo víctimas mortales.

Tres días después, el 17 de mayo, Carlos y Manuel Lemaur firmaron el informe oficial. Afirmaban que el daño era

reparable por doscientas sesenta y seis mil reales. Era, a la vez, un cálculo honesto y un acto de fe desesperado. El Banco de San Carlos, que llevaba años buscando una razón para cerrar el grifo, encontró en el derrumbe la excusa definitiva. El arquitecto Juan de Villanueva y el inspector Fernando de Gaver presentaron su propio informe: mala mezcla, mala piedra, mala ejecución. El 17 de mayo de 1799, el Banco ordenó la paralización definitiva de las obras.

Los hermanos Lemaur fueron dispersados. Carlos fue enviado a Santander, luego a Gibraltar. El canal quedó inacabado a lo largo de veintisiete kilómetros de excavación. La presa permaneció rota en la garganta del Guadarrama.

Lo que siguió fue el silencio. No el silencio dramático de las catástrofes que se recuerdan, sino el silencio prosaico de las cosas que se abandonan. Los vecinos de Torrelodones volvieron a sus colmenas y a sus campos de centeno. Los caminos abiertos por las yuntas de bueyes se llenaron de maleza. Los hornos de cal se enfriaron. Los barracones se deshicieron. Quedaron veintisiete kilómetros de canal abierto en la roca, algunas paredes de granito sin destino y un arco de mampostería en pie sobre el río, como la pregunta que nadie formuló del todo.

La presa del Gasco fue declarada Bien de Interés Cultural en 2021. Hoy puede visitarse por un sendero que sube desde el cauce del Guadarrama. Lo que el visitante encuentra no es exactamente una ruina: es una estructura que la historia dejó a medias, igual que el proyecto que la creó. La arcilla que la destruyó lleva siglos drenada. El granito que sobrevivió al derrumbe ha terminado de fraguar. El muro está en pie, no

por su solidez original, sino porque el tiempo hizo el trabajo que el mortero no pudo hacer aquella noche de mayo.

Nota sobre las fuentes

Esta novela se basa en documentación histórica real. Los Lemaur existieron; el Banco de San Carlos existió; la presa se construyó y se derrumbó exactamente como aquí se narra. Los informes de los ingenieros, los expedientes del Banco, las actas del concejo de Torrelodones y los análisis técnicos modernos de la estructura han sido consultados para reconstruir el contexto con la mayor fidelidad posible.

Los personajes de Tomás Nates y Catalina Deza son ficticios, aunque construidos sobre perfiles documentados: el cantero trasmerano como élite artesanal de las obras hidráulicas del XVIII y la mujer ilustrada de la burguesía en los poblados de las grandes infraestructuras. Lo que estos personajes dicen es invención. Lo que son, no.